

M

UY a menudo la consideración de la obra de un escritor tiende a establecerse bajo los parámetros de una profundidad que, con demasiado frecuencia, se equipara a la progresiva mayor complejidad del mundo que construye. Así como en la poesía muchas veces el proceso de decantación va hacia la esencia de la expresión, hacia la economía de los medios formales, en la narración parece seguir el camino contrario, el de la complicación de formas y mundos en aras también de la ampliación del universo paso a paso —libro a libro— propuesto por el creador. Y cuando tal regla general —o supuestamente general— no se cumple en escritores de nuestro gusto, el paréntesis se toma como concesión a una merecida facilidad.

Todo esto se parece algo, tiene que ver, con lo que a veces también ligeramente llamamos obras menores, esos textos o más breves o más livianos que de vez en cuando los escritores de mayor valor nos entregan como aparente descarga momentánea de obsesiones y mundos, de personajes clave y de escrituras que se suceden implacablemente a sí mismas. Pero también ocurre que, en muchas ocasiones, una obra que aparenta menor cobra un sentido —siquiera sea complementario— muy cierto en el continuo creador a que pertenece, ya sea por sus indagaciones en una temática no tan lejana —eso es inevitable en todo gran escritor— de sus compañeros, como por lo que finalmente supone en ese mismo conjunto.

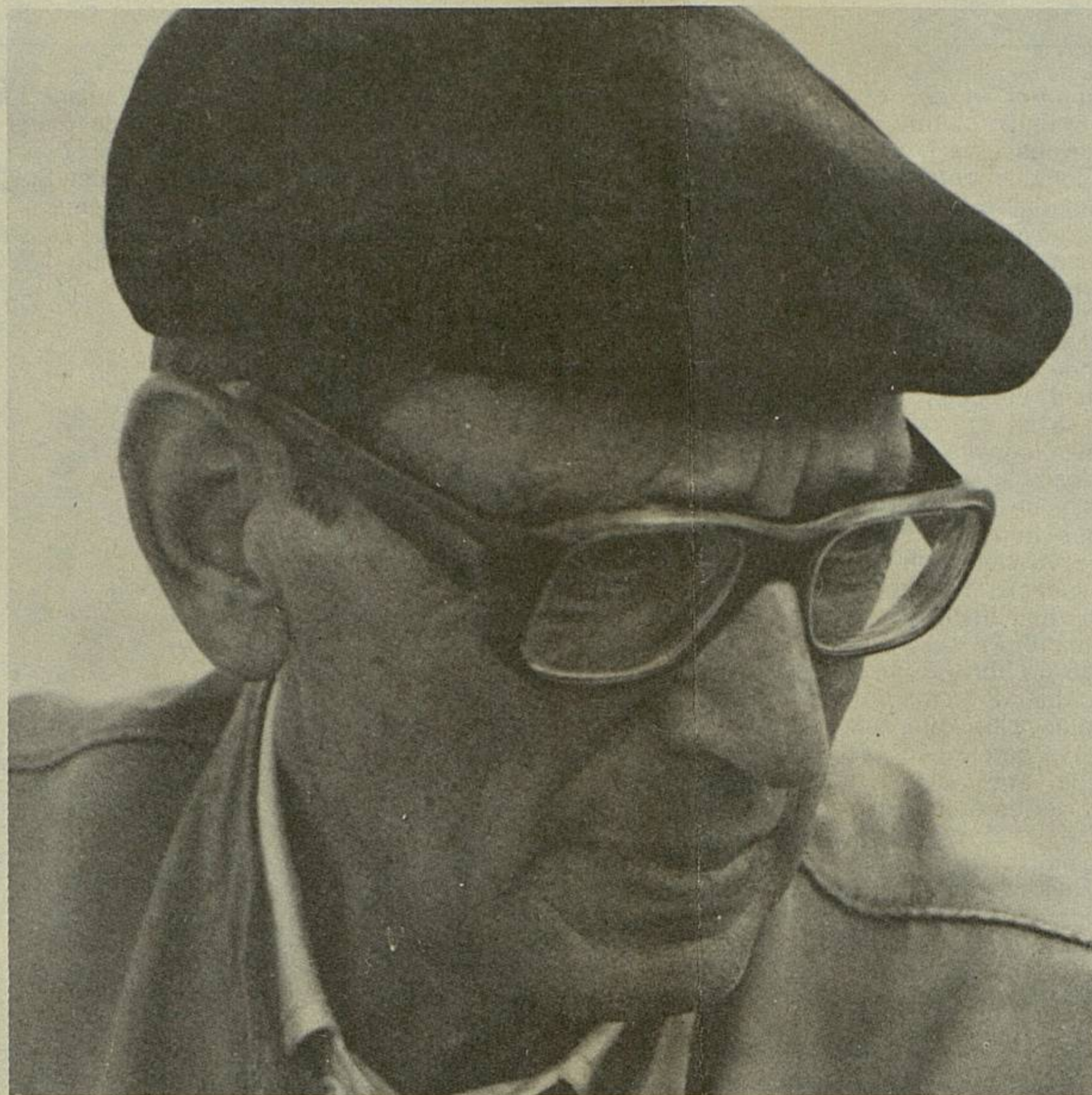
Pues bien, por ahí puede venir lo que de engañoso tenga para el lector —y no es tampoco mal punto de partida para el crítico— estas *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* (1) que constituyen la hasta ahora última entrega narrativa de Miguel Delibes. Un ejemplo de facilidad constructiva, de expresión directa, como de viñeta ejemplificadora de lo real que nace de las cualidades más evidentes de la prosa de su autor y que en su aparente simplicidad reúne también todos sus caracteres.

Però vayamos por partes. En primer lugar, Delibes parece haberse planteado una doble cuestión: por un lado, la posibilidad de, a partir de un hilo argumental firme pero muy fino, trazar una visión del mundo todo lo privada y limitada que su personaje —otra clave— le permite. Volveremos a ello. Por otra parte, la puesta en práctica de un recurso expresivo —lo epistolar— que cercano al monólogo de, por ejemplo, *Cinco horas con Mario*, pero menos ambicioso en su extensión, le permite intentar una suerte de ejercicio de estilo que es, a la vez, un recurso de dicción perfectamente válido. Nada nuevo, pues, todo ello en el autor de *El camión*, quien pocas veces ha cedido a la tentación de la puesta en cuestión de sus propias maneras expresivas —*Parábola del naufragio* es casi el único momento en que ello ocurre de una manera evidente— y que,

MD

Luis Suñén

Lección menor de Miguel Delibes



Miguel Delibes

sin embargo, ha construido una obra de una unidad incuestionable tanto en sus obsesiones temáticas como en sus constantes de estilo.

Delibes, en realidad, plantea a su lector un juego. La novela ofrece una clave a su fin que rompe la expectativa lectora para convertirla en víctima de un engaño. La sorpresa es el factor decisivo en un desenlace que podía haber sido otro —igualmente trágico en realidad— pero que así aparece como ejemplo del derecho del narrador a subordinar a su criterio personajes y acción. Aún más, hasta lectura. A los pocos días de leer la novela, cuando redacto estas líneas, pienso

que habiéndome complacido sobremedera la maestría narradora de Delibes, no siento interés por volver de nuevo a su texto. Digamos que su clave, su desenlace, me sorprendió una tarde mientras viajaba en ferrocarril por la provincia de Zamora y siempre lo asociaré a ese momento, pero desde la sensación de la lectura, incluso desde sus circunstancias, nunca desde la conciencia de su contenido. Es como si cumplido el juego se supiera ya su mecánica y la sorpresa ocupara el lugar de la admiración, se lo usurpara. Pero no quiero decir, es evidente, que estas *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* sean sólo las de un puro juego o se

sucedan como las páginas de una simple obra menor, aunque de hecho la novela sea las dos cosas. Hay en ella toda la sabiduría, que es tanta, de Miguel Delibes. Aunque también haya lo otro, se rastreen los datos de una voluntaria obra menor, de un ejercicio tan correcto como, y dicho sea sin ánimo peyorativo alguno, poco ambicioso. Porque de lo que no cabe duda alguna es de que en esta su última novela, Miguel Delibes se muestra como un perfecto constructor de arquitecturas formales, como un dominador de las proporciones. En tal aspecto, la novela es una obra perfectamente trazada a la que sólo falla su desenlace, su correcta conclusión que es, por otra parte, lo que la convierte en una voluntaria y correctísima obra menor dentro de la producción toda de Miguel Delibes. La personalidad de Eusebio, su protagonista, se veía venir, difícilmente iba a encajar con la de su corresponsal, una viuda sevillana a la que acabará seduciendo Baldomero, el eterno superior de Eugenio. ¿Mejor haberse quedado en el desolador encuentro del restaurante o en el silencio definitivo de Rocío? Quizá con eso el lector hubiera dado más importancia al texto, lo hubiera retenido por sí mismo más que por su desenlace. El Eusebio arquetipo hubiera podido entrar en la galería de figuras de su autor y no se hubiera quedado al margen en su condición de ridículo engañado. De acuerdo, por otra parte, en que los desenlaces decepcionantes —decepcionante, por otra parte, quizá sólo para quien esto escribe, que puede estar equivocándose— no definen las obras menores. Pero es que aquí de ese desenlace depende gran parte de la valoración total de una obra en la que la progresión dramática —al margen de los datos personales de los personajes que complementan esa progresión y son la otra vertiente de un relato que tiene mucho de retrato de época— aparece muy en función de su final. Es cuestión de ver si para el viaje eran esas las alforjas.

Però al margen de estos reparos, *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* ofrece a quien lee una buena ocasión para acceder a su varia lección desde la conciencia de que su guía es, desde luego, el Delibes de siempre. En primer lugar, la novela, como digo, es un ejemplo de proporción. Una obra en la que sólo el final —que, sin embargo, llega en su momento justo— parece desentonar algo. La perfecta naturalidad de su lenguaje, la progresión de la pasión de su protagonista —paralela a la progresiva pérdida de interés de su corresponsal (y al final sí que se sabe bien por qué)—, la reflexión que sobre la vida de un español como Eusebio Sanz Vecilla nos ofrece el texto revelan la capacidad de Delibes cuando se encuentra en su elemento. Las referencias al paisaje castellano, a la caza, a la vida interna de un periódico, a esos pequeños tópicos de la existencia en provincias encarnadas en esa suerte de egoísta problemático que es Eusebio, revelan un cuidado constructor y una inteligencia observadora —y narradora— de primer orden.

Así es. Eusebio es un personaje que aparece perfectamente delineado a través de sus cartas a Rocío, la viuda sevillana que desde las páginas de una revista pedía correspondencia con caballero formal para entablar relaciones conducentes a un matrimonio futuro. Periodista de provincias, encumbrado domésticamente por razones de funcionalidad política —por eso se declara ferozmente apolítico, inducido a aceptar cualquier circunstancia por el bien de la empresa que le paga—, conservador, obsesionado por su propia infancia y la figura insoslayable de su hermana Rafaela, pendiente del dinero desde una economía privada en la que la voluntaria precariedad aparece como consecuencia lógica del resto de su ordenamiento vital, Eusebio es sobre todo lo que el título de la novela denota. Un sesentón que no ha conocido mujer y se ha hecho, sin embargo, un experto, dueño de un bagaje teórico que sin duda le permitiría en su momento pasar a la acción con esta Rocío que parece despertar sus ansias hechas ya carne probable.

Toda la novela, pues, es este Eusebio que sólo de sí sabe hablar, que arrima permanentemente el ascua a su sardina aprovechando el pretexto más nimio, que de todo lo que pueda tener de limitado —y él sabe muy bien qué es— puede sacar virtudes. Que al fin se ve engañado en su voluptuosidad —la falsa imagen física que a través de unas no menos falsas fotos se hace de Rocío. Incomprendido en sus protestas de honradez vital, es un escéptico que llega al escepticismo más por asumir su timidez del modo más mentalmente estético posible que por convicción vital.

Y en este Eusebio, voluptuoso sexagenario frustrado en su última intentona, está toda la amargura y el humor, la piedad y la desilusión de esa existencia que, irrepentible, se pierde en la pendiente de un abandono que nunca se debió dejar de ver como irremediable. También es aquí Delibes el mismo Delibes de siempre, con su sabiduría un punto desencantada, como de haber visto y vivido tanto para mostrar el mundo tal cual es, sin forzar las tintas pero cargando la mano suficientemente, con un escepticismo mucho más consciente que el de su personaje de esta vez. Aquí, el drama es personal e intransferible, trivial si se quiere para quien no sea Eugenio Sanz Vecilla periodista jubilado, pero bien al contrario para quien sepa moverse en el mundo propio de su creador, en esa categoría tan propia que ha ido conformando en el tiempo la prosa de Miguel Delibes.

(1) Ediciones Destino, Barcelona, 1983.



Angel Basanta

Transcurridos ya más de 35 años desde que M. Delibes ganara el Premio Nadal con una novela primera, **La sombra del ciprés es alargada** (1948), la actualidad literaria viene confirmando año tras año el inmenso prestigio del escritor castellano, consagrado entre críticos y lectores a partir del esfuerzo de superación formal y depuración estilística constantes que culminaron en el acierto rotundo de **Cinco horas con Mario** (1966), una de las obras maestras de la novela española de posguerra y quizás la más perfecta en su construcción formal y en su expresión abarcadora de la España del inmediato pasado.

La última novela de Miguel Delibes

Ya es habitual que el anuncio de una novela de Delibes provoque altas dosis de curiosidad en el mundo literario. Pero estas **Cartas de amor...** llegaron a convertirse en la obra más esperada del novelista vallisoletano. Habrá que buscar las razones del fenómeno en el prestigio y la popularidad del autor, la coincidencia de publicación en el otoño de obras de algunos de nuestros mejores novelistas, la novedad —en este tiempo— de la forma epistolar, el tema del amor —que nunca había sido tema central en la obra delibeana— y también en el cebo erótico del título.

La novela está formada por 42 cartas que un periodista jubilado escribe a una viuda sevillana de 56 años. Por la primera carta sabemos que todo parte de un anuncio de la viuda en «La correspondencia sentimental». A continuación, siempre en forma epistolar, se desarrolla la creciente relación amorosa «a distancia» entre ambos, de modo que el lector, a través de las cartas de Eugenio —las únicas que se ofrecen en la novela—, va descubriendo su evolución sentimental al mismo tiempo que sus costumbres, su vida pasada y presente, y también algunos detalles significativos de la mujer con quien se cartea (cualidades referidas o aludidas en las respuestas que él le da). En el presente narrativo Eugenio es un oscuro individuo de 65 años que después de alcanzar importantes puestos en «El Correo de Castilla» se jubila con la frustración de no haber

llegado a la dirección del periódico, y se retira a la vida apacible del campo en un pueblo cercano al de sus antepasados. Pero desde este presente narrativo, situado entre abril de 1979 y octubre del mismo año —fechas de la primera y la última carta—, la narración practica continuas retrospectivas al pasado, porque el jubilado va refiriendo su vida a la destinataria de sus confesiones: este sexagenario de salud levemente quebrantada es un solterón amante de las buenas costumbres, regordete, metódico y solitario; fue el menor de cuatro hermanos, un tardío de nacimiento en una familia proclive al celibato, quedó huérfano desde niño y creció bajo la vigilancia de su hermana Rafaela, por quien llegó a sentir una fuerte atracción sensual. Antes de la Guerra Civil trabajó como subalterno de «El Correo de Castilla»; después de la guerra consiguió el carnet de periodista por recomendación y, con ocasión de las depuraciones en el periódico, fue elevado a redactor del mismo llegando más tarde a convertirse en el cerebro gris del diario en los últimos años del franquismo. Con la llegada de la democracia quedó apartado de su labor.

El novelista va configurando a la vez la trayectoria vital del personaje y las referencias a algunos momentos de la historia del periodismo en estrecha relación con el contexto político-cultural de la posguerra: corrupción en la concesión de carnets, depuraciones en la profesión, vigilancia y censura en la prensa, referencias a

la Ley Fraga, etc. Al mismo tiempo el lector va recomponiendo una idea fidedigna de la conducta de este jubilado incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos porque vive anclado en actitudes casi decimonónicas. Eugenio se afirma como un hombre autodidacta y muy meritorio porque se ha hecho a sí mismo, lo cual aumenta su frustración profesional. Pero su justificación nunca podrá ocultar lo que en realidad ha sido: un tipo muy frecuente en la posguerra —y aún en nuestros días—, un acomodaticio «apolítico» de derechas, medianamente culto, reservado, bastante sórdido, sabelotodo, aprovechón, oportunista y arribista que ha ido escalando puestos por amiguismo más que por méritos propios.

El tema central —el tardío enamoramiento del solterón— sigue el esquema clásico de la narración: planteamiento en las primeras cartas, nudo en la mayor parte de las restantes con el progresivo rejuvenecimiento y apasionamiento romántico del sexagenario, y desenlace con la caída de todas las ilusiones ante el engaño de Rocío y la vuelta a la autenticidad del maduro pretendiente. La narración avanza con rapidez, y en su progresión el autor aprovecha todos los elementos formales de la carta, de modo que la intensidad de las relaciones reflejada en los sentimientos expresados en las sucesivas cartas queda realzada por los encabezamientos —desde los iniciales «Distinguida / Estimada / Apreciada amiga» hasta los apasionados «Mi pequeña Rocío, mi gran amor», «Queridísima»— y por las despedidas, con idéntica evolución —desde «Con respeto y amistad» hasta «Sueña contigo», «Te idolatra». De este modo encabezamientos y despedidas son indicadores significativos de la marcha del relato, junto con otros elementos internos en la redacción de las cartas, como el paso del tratamiento de usted al tuteo o el progresivo despliegue de la voluptuosidad del secentón en todos los órdenes de su vida, no sólo en el plano amoroso: desde el regusto de sus aficiones gastronómicas y la voluptuosa descripción del placer de los puros que fuma o del pulcro aseo matutino hasta sus reiteradas preferencias por la «calidad de carne», los sueños eróticos con su hermana Rafaela y luego también con Rocío, cuya foto examina y describe con todo detalle. Tal intensificación culmina en el confiado empleo de léxico erótico (la carta 25 es muy ilustrativa) y en la romántica cita a distancia para ver la luna (cartas 33 - 34) para caer bruscamente en las dos últimas cartas. Más esta caída no es tan inesperada como parece; es rápida porque también el comienzo lo es, pero aun cuando todo parece marchar bien el lector puede recoger indicios suficientes que anuncian el fracaso final: reprimendas de la viuda, que lo acusa de «sátiro incestuoso», de cómodo trepador en el periódico, de modos vulgares porque antepone el adjetivo «difunto» al referirse a

sus muertos. Son reproches que sugieren el fracaso, intuido especialmente al malograrse la cita para ver la luna por el olvido de Rocío entretenida con la serie televisiva **Grandes Relatos**. El desplante final sólo hace más cruel lo que ya se intuía, al ser el protagonista engañado por un amigo y por el único amor de su vida. Y no se olvide que ya el lema de Proust que antecede a la novela es otro indicio claro que incide en el aspecto negativo del solterón.

Tradicición y renovación

Estas **Cartas de amor** constituyen la novela de un fracaso, en la profesión porque Eugenio no consigue justificar su conducta y sufre un resentimiento profesional, y en el amor porque es engañado por seres queridos. Al final nos quedamos con un relato triste, lleno de melancolía, fruto de una mirada sombría a la vida y dominado por la soledad y el patetismo, todo el patetismo y la desolación de los consultorios sentimentales. El fracaso del sexagenario puede inspirar piedad, pero no del todo, pues el autor ha puesto la ironía y el humor suficientes para hacer ver el lado negativo y ridículo de su personaje. Tanto que este jubilado acabaría siendo un buen marido de Carmen Sotillo, la viuda de **Cinco horas con Mario**, pues como allí se noveliza ahora el punto de vista de la parte interesada de modo que algunas justificaciones del personaje -narrador se transforman en reproches contra él, al tiempo que también aquí a través de la voz de uno solo de los personajes se descubren algunas facetas del otro.

La forma epistolar de la novela, además de contribuir a una consciente —quizás también inútil en los tiempos que corren— reivindicación de la carta, responde a la preferencia de Delibes por la modalidad soliloquio o monodialogada de la narración. Como en **Cinco horas con Mario** o **Las guerras de nuestros antepasados** se oye aquí la voz de un personaje que narra los hechos desde su perspectiva; y Delibes ha vuelto a acertar en el respeto y la fidelidad artística a un personaje por el que no siente simpatía alguna. Tal fidelidad artística permite que el narrador -protagonista exponga sus ideas desde su punto de vista y con toda libertad; en cambio, una vez más, el punto de vista del personaje es completado y corregido por la visión de un joven, el hijo de la viuda, que acusa a Eugenio y rechaza sus cómodas e interesadas explicaciones.

En suma, el acierto de Delibes está en su fidelidad artística con un personaje con el que no sólo no simpatiza sino que es su propia antítesis. Estamos aquí en el extremo opuesto de **El príncipe destronado**, ante el final pesimista del ciclo vital, pues este sexagenario, en algún sentido comparable al jubilado de **La hoja roja** por el tirón de la soledad, no es más que un antihéroe que busca lo sublime y acaba en lo grotesco.

ULTIMAS NOVEDADES



Colección

 Traducción
 VICTOR FREIXANES

edicions xerais de galicia, s.a.

A venta na súa librería habitual

Doctor Marañón, 10. Tlfs. 296116 - 296232. VIGO-11



AS PALLOZAS
 [Mark Gimson]

AS PALLOZAS DE GALICIA ESTUDIADAS POR UN ARQUITECTO INGLES

EDITORIAL GALAXIA, Reconquista, 1 · Tlfs.: 218204 · 218211 · VIGO-1



El general Escobar, momentos antes de ser fusilado.

Adelanto en exclusiva de «La guerra del general Escobar», premio Planeta de Novela 1983

LA HISTORIA DEL GUARDIA CIVIL QUE NO QUISO SER TRAIADOR



«La guerra del general Escobar» ha valido al escritor José Luis Olaizola el premio Planeta de Novela 1983. El relato ganador recrea con amplia base documental la histórica peripecia del general Antonio Escobar Huertas, miembro de la Guardia Civil, católico, fusilado, el 8 de febrero de 1940, en los fosos del castillo de Montjuich, por haberse mantenido fiel a la legalidad republicana. Murió con un crucifijo entre las manos, tras haber oído misa y comulgado. «DISIDENCIAS» ofrece hoy, en exclusiva, algunos fragmentos de la novela de José Luis Olaizola, que Editorial Planeta pondrá a la venta en los próximos días.

Págs. V-VIII



Tiene en imprenta una nueva obra

MIGUEL DELIBES

«Mis novelas son la resonancia de mis miedos»

El escritor vallisoletano Miguel Delibes ha dado a la imprenta una nueva novela, «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», que aparecerá en las librerías, editada por Destino, en las próximas semanas. El autor de «La sombra del ciprés es alargada», «Diario de un cazador» y «Cinco horas con Mario» —entre otras obras, hasta un total de treinta y cinco— indaga en su nueva novela en la vida afectiva de las personas mayores a través de la correspondencia sentimental de sus protagonistas. Humor, melancolía y ribetes de erotismo son algunos de los componentes de esta novela de Miguel Delibes, entrevistado por Manuel Hidalgo en las páginas II y III de «DISIDENCIAS».



ROSA CAMPOS

Delibes ha publicado, como promedio, un libro por año desde que, en 1948, ganara el Nadal.

LUIS ANTONIO DE VILLENA CRITICA LOS DOS ULTIMOS LIBROS DE TERENCE MOIX Pág. IX

EL DIRECTOR MIGUEL NARROS ESCRIBE SOBRE SU VERSION DEL «DON JUAN» Pág. IV

Manuel Hidalgo

Manuel Hidalgo — *Es la primera vez que escribe una novela con la técnica epistolar, ¿no?*

Miguel Delibes — Sí, la primera. Hoy es difícil hacer una novela epistolar si no es partiendo de donde yo he partido, de esa correpondencia sentimental entre personas maduras que aparece en periódicos y revistas. Hoy, quitando los negocios, ya nadie escribe cartas.

M.H. — *¿Por qué le ha atraído la correspondencia sentimental entre personas mayores?*

M.D. — Ya en «La hoja roja» noté el tirón del jubilado, de su soledad, y me interesé por ese tipo de correspondencia. Fue tomando cuerpo la idea de hacer una novela sobre eso, y me ha salido una novela corta, como las últimas más, pero es que la cosa no daba para más.

Estímulos

M.H. — *Usted tiene la teoría de que las novelas deben ser cortas, para que, además de leer, se puedan hacer otras cosas, ¿no?*

M.D. — Sí. El futuro de la novela está en hacerlas cortas. De vez en cuando, se puede escribir una de mil páginas, pero para que la gente pueda convivir con otros estímulos —la televisión, la música, el cine, el deporte...— hay que ofrecerle novelas cortas.

M.H. — *¿Ha documentado su novela largamente con material extraído de esa correspondencia sentimental de las revistas o, simplemente, ha partido de ahí como mera inspiración?*

M.D. — Sí, ha sido un simple punto de partida. No he hecho ninguna recopilación exhaustiva. Es pura imaginación.

M.H. — *¿Cómo es el amor a los sesenta años?*

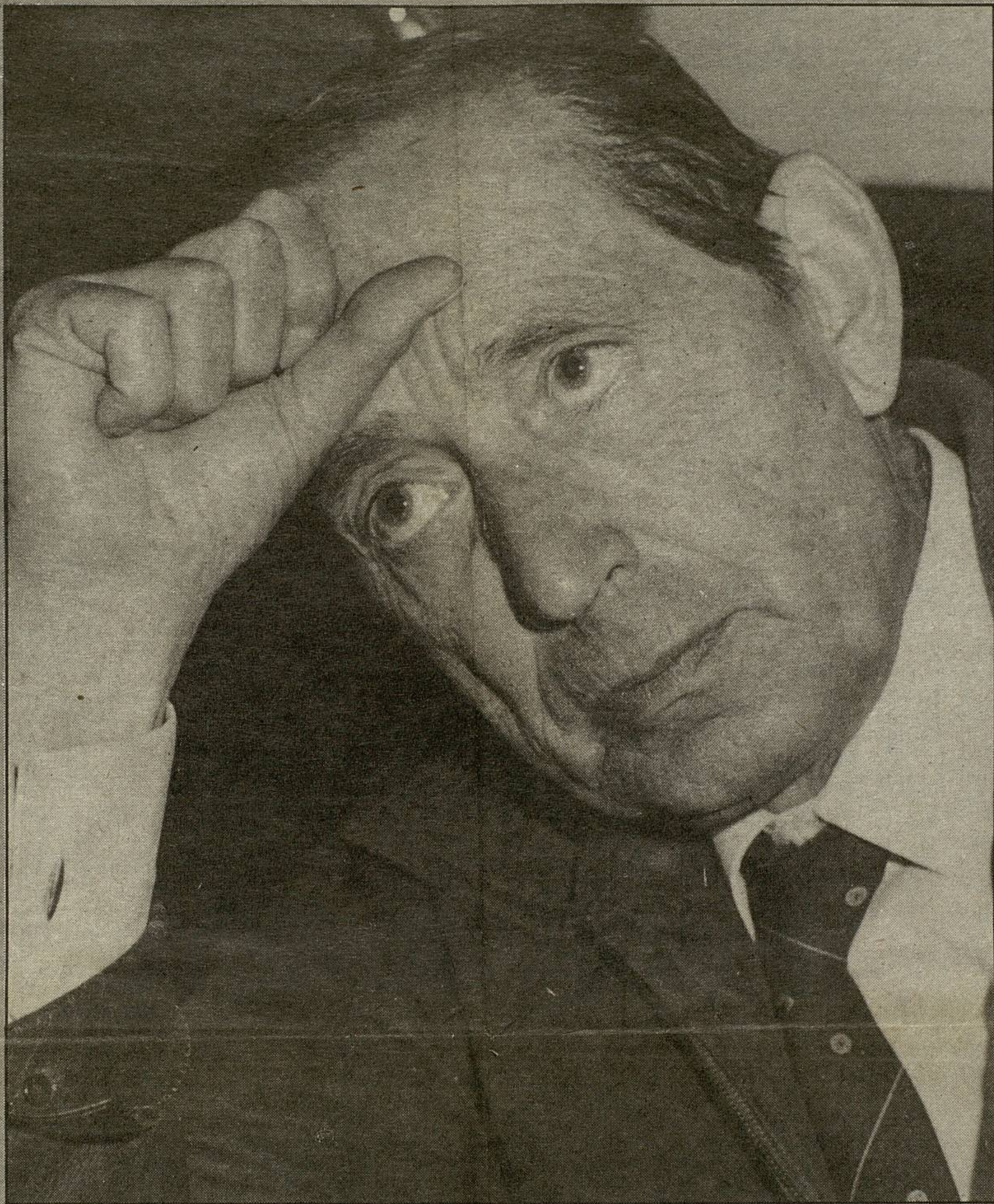
M.D. — Para mi personaje empieza a ser una llamada para aliviar su soledad y termina con sus ribetes de erotismo. (Se ríe Delibes.)

M.H. — *El sexo, de primeras, parece quedar excluido del amor a los sesenta años. Sin embargo, la palabra «amor» unida a la palabra «sexagenario» sugiere, por vía fonética, la existencia de sexo. ¿Lo pensó así, maliciosamente, al determinar el título de su novela?*

M.D. — (Carcajadas) No, no, ni se me había ocurrido. Es completamente casual.

M.H. — *Se va a aburrir de que le pregunten si es usted el «sexagenario voluptuoso», con sus sesenta y tres años...*

M.D. — No, no soy yo. Mi personaje es mi antítesis en todos los sentidos. Es un periodista que se considera muy meritorio, un autodidacta, cuando, en realidad, ha subido por las circunstancias y por el amiguismo. Se ve envuelto en un conflicto en un periódico, y pierde la oportunidad de dirigirlo por su vinculación al régimen anterior. Todo lo



«Todas mis novelas se resumen en la lucha generalmente inútil del ser humano contra el entorno social.»

Inminente aparición de «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso»

DELIBES

«Soy un hombre donde el miedo tiene asiento»

«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», que próximamente publicará Editorial Destino, hará el número 35 en la cuenta particular del escritor y académico Miguel Delibes desde que, en 1948, ganara el Premio Nadal con «La sombra del ciprés es alargada». El escritor vallisoletano, tan célebre cazador como reputado novelista, se adentra en el universo sentimental e, incluso, erótico

de las personas mayores en una novela cuyo título, a primera vista, contrasta con la imagen pública de este hombre tranquilo y neurótico, serio y buena persona, provinciano que presume de paleta, liberal y católico, periodista depurado por el régimen anterior, que nos ha regalado libros tan magníficos como «El camino», «Diario de un cazador», y «Las ratas».

contrario de lo que me ocurrió a mí en «El Norte de Castilla».

Voluptuosidad

M.H. — *¿Y cómo existe la palabra «voluptuoso» en el diccionario de un escritor arraigado en una ciudad y en un paisaje tan escasamente voluptuoso como son Valladolid y Castilla?*

M.D. — Conste que no falta voluptuosidad en Valladolid, ¿eh? La voluptuosidad no debe entenderse parcialmente, es el placer de todos los sentidos. El protagonista de la novela muestra inquietudes gastronómicas y hace unas descripciones de los purillos que se fuma que parece que estuviera con Claudia Cardinale. Además, tiene su erótica, hay voluptuosidad, aunque no haya realizado el amor, en sus planes amorosos.

M.H. — *«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso». El título, en fin, hace intuir una mezcla de melancolía y humor en la novela...*

M.D. — El humor está presente, sí. Y la melancolía, hasta cierto punto, porque el tipo que he trazado es perfectamente infumable, no es un tío agradable.

M.H. — *¿Ha pretendido llamar cucamente la atención del lector con un título semejante?*

M.D. — En absoluto. Es que no se podía titular de otra manera.

Estrategias

M.H. — *O sea, que usted no sufre la presión de plegarse a ciertas estrategias del mercado editorial...*

M.D. — No. Yo ya tengo mi forma de escribir, y a mis años no voy a cambiar. Tengo una conciencia clara de mis límites, de manera que si a los treinta años podía soñar con hacer una novela genial, ahora ya sé que, mejores o peores, las novelas que escriba estarán en la tónica de las anteriores.

M.H. — *¿Y usted se siente, o hacen que se sienta, una especie de clásico vivo de las letras españolas?*

M.D. — Eso es hacerme mucho favor. Lo que creo es que estoy fuera de esas corrientes renovadoras del género que arrancaron del «nouveau roman» francés. Tampoco me he anclado en la novela tradicional, pues creo haber modernizado ciertos elementos de la narración. Lo que ocurre es que yo nunca me he atrevido a atentar contra lo que para mí es la esencia de la novela: la historia.

Si no tengo una historia que contar, soy incapaz de sentarme ante la máquina. A esos ejercicios de pura verborrea, a esas estructuras sin rellenar, deberían de llamarles «antinovelas».

M.H. — *Ante esa imagen suya, campestre y provinciana, uno se pregunta cuáles son, aparte de la vida, las fuentes de su creación, de su formación.*

¿Ha leído usted mucho?, ¿tiene incluso una educación intelectual sofisticada?

M.D. — Ni yo mismo puedo contestar a esa pregunta. Desde luego, muy leído no estoy. Ni en novela siquiera. He leído, sí, a los rusos, a los franceses, a los españoles, pero yo tengo una mentalidad y una manera de ser de paleta, de hombre solitario, de campesino, y todas mis novelas van por ahí.

Y como se ve sobre todo en «El mundo que agoniza», soy un hombre donde el miedo tiene su asiento. Mis novelas son un poco la resonancia de mis miedos, el pataleo, el intento de vivir contra una sociedad hostil que nos presiona. Todas se resumen en la lucha generalmente inútil del ser humano contra el entorno social.

Misiles

M.H. — Un paleta no dice estas cosas...

M.D. — Lo que quiere decir es que yo expreso las cosas muy directa y sencillamente, poco intelectualmente. Ante todo este tinglado de los misiles, por ejemplo, tan indignante, yo mandarí a la mierda a los rusos y a los americanos. Esta es una filosofía elemental, de labriego. Yo trabajo muy poco con ideas, por eso no escribo ensayos ni apenas artículos.

M.H. — Pero usted tendrá sus curiosidades intelectuales, digamos, privadas...

M.D. — Me gusta leer biografías. Acabo de terminar la de Consuelo Bergés sobre Stendhal. Y, más que la novela, me interesa el ensayo ecológico: la razón por la que desaparece el quebrantahuesos o el águila manchada en Estados Unidos, o cómo viven las colonias de hormigas... Hombre, y también leo novelas para estar «à la page».

M.H. — ¿Qué piensa un ecologista de toda la vida del ecologismo que está en boga?

M.D. — Pues que en España, y en otras partes, está muy mezclado con la política. Yo sería partidario de un ecologismo limpio, que ahora para pedir la paz no hubiera que hablar de que si la OTAN o no la OTAN, sino, sencillamente, exigir la paz a rusos y americanos.

Naturaleza

M.H. — ¿La naturalidad de su estilo nace directamente de su estrecho contacto con la naturaleza?

M.D. — Posiblemente. He acabado hablando y escribiendo como los viejos de los pueblos castellanos.

M.H. — ... que hablan con un lenguaje representativo de una cultura que desaparece...

M.D. — Sí, y con ella, centenares y miles de vocablos. Hay un empobrecimiento tremendo del castellano, que yo no he visto reflejado en ningún trabajo, y que a mí me apena muchísimo. Con el abandono de los pueblos y la desaparición

«No tengo madera de exiliado. Arrancarme de lo mío me costaría no sé si la vida, pero sí la razón de vivir»

ción de muchas labores campesinas, se ha perdido una enorme riqueza lingüística. Además, ahora, los jóvenes de los pueblos ya hablan como en las ciudades y no conocen los nombres de las cosas que tienen, o tenían, a su alrededor.

Parece que yo me he entretenido en crear personajes-límite con un lenguaje-límite, un lenguaje que quizá, con el tiempo, haya que repasar con un diccionario.

M.H. — Y ese lenguaje, ¿lo ha ido absorbiendo naturalmente en sus salidas al campo para cazar o pescar o ha tenido una actitud, cuaderno en ristre, de «cazador de palabras»?

M.D. — Con un cuaderno nunca he ido. Nunca te salen, por día, más de una o dos palabras que no conozcas, y muchos días, ninguna. Pero cuando pesco alguna, me acuerdo de ella y luego la busco en el diccionario.

M.H. — Aparte, supongo, de por mil razones personales imposibles de resumir aquí, ¿por qué se ha quedado siempre en Valladolid?, ¿se protegía de algo?, ¿iba al encuentro de algo sin moverse de su ciudad natal?

M.D. — Pensé que quedándome en Valladolid me libraría del farrago, del exceso, de la marabunta de la civilización. Y eso me ha fallado ahora porque Valladolid es ya una ciudad tan ruidosa y caótica como Madrid. Esto me ha cogido a una edad muy cumplida para pensar en cambios.

En tiempos, me planteé ir a otro sitio, pero prevaleció el quedarme donde siempre, más por rutina que por fidelidad. Soy un hombre rutinario.

Siempre me ha horrorizado la vida, por ejemplo, de los embajadores, siempre de un lado para otro, que cuando te estás acostumbrando a un sitio te largan a otro, y cuando te quieres fijar dónde estás resulta que ya te estás muriendo.

Viajes

M.H. — Por contraste, usted es un andarín, y también ha viajado lo suyo...

M.D. — Sí, pero siempre que viajaba —incluso



«Si no tengo una historia que contar soy incapaz de sentarme a la máquina.» ROSA CAMPOS

cuando estuve en la Universidad de Maryland un semestre— pensaba en el regreso, tenía conciencia de provisionalidad, estaba a la espera de volver a las raíces. No tengo, por ello, madera de exiliado. Arrancarme de lo mío me costaría no sé si la vida, pero sí la razón de vivir.

M.H. — ¿Es usted, de verdad, tan de una pieza? Ante los hombres que parecen ser de una pieza, uno tiene la duda si...

M.D. — ... de si son peligrosos.

M.H. — ... de si son así o, en realidad, son grandes fingidores.

M.D. — No me considero muy de una pieza. Mi madre sí lo era. El hecho de ser comprensivo, tolerante y nada ambicioso destruye esa idea de mí. El hombre de una pieza es quizá el que va a lo suyo e ignora todo lo demás, y yo creo que no estoy en esa situación.

Prolífico

M.H. — Usted ha escrito treinta y cinco libros y ha tenido siete hijos. Dado el cuidado que exigen, tanto los libros como los hijos, ¿en qué se considera más meritoriamente prolífico?

M.D. — Desde la perspectiva actual, en lo de los hijos. Hoy una pareja razonable no puede tener siete hijos, sería un disparate. Escribir, en fin, treinta y cinco libros está al alcance de cualquiera.

M.H. — Hombre, de cualquiera, tampoco.

M.D. — Yo, además, empecé teniendo un niño y publicando un libro; un niño y un libro, un niño y un libro... Estaba horrorizado, pensaba dejar de escribir.

M.H. — Lo lógico hubiera sido dejar de pensar en tener hijos, porque, ¡mire que si llega a tener treinta y cinco!

M.D. — (Risas.) ¡Buenoooo!

M.H. — Cuando le dieron las quince mil pesetas del premio Nadal, en mil novecientos cuarenta y ocho, por «La sombra del ciprés es alargada», teniendo usted veintiocho años, ¿pensó que ya iba a vivir de la literatura?

M.D. — Nunca lo pensé. Luego, las tiradas de mis libros han aumentado una enormidad, y también están las novelas que te llevan al cine y a la televisión. Ahora

estoy con el proyecto de llevar al cine «Los santos inocentes», que lo va a hacer Mario Camus, y yo estoy muy ilusionado con esta idea, porque Camus me parece un hombre sólido.

M.H. — En realidad, escritores como usted deberían figurar siempre en las listas de «best-sellers», no ya por sus libros nuevos, sino por los antiguos. Por ejemplo, de «El camino», ¿cuántos ejemplares sigue vendiendo cada año?

M.D. — ¡Ah!, pues igual unos cien, porque, claro, lo recomiendan a los chicos en los colegios o en la universidad...

M.H. — Se ha dicho de usted que es un «rousseauiano», y también una espe-

cie de liberal a la antigua usanza.

M.D. — Ser liberal a la antigua usanza hoy supone poco. Yo me consideraría un liberal de izquierdas, socializante. Veo con simpatía todo esto de la supresión de las clases, de las castas y la liberación económica.

Lo ideal sería que se llegara a un socialismo libre, utópico, no sé, un socialismo al estilo cristiano como, a veces, se ha formulado. Desde luego, si el mundo no desaparece con una guerra, los rusos tendrán que abrir y los americanos tendrán que socializar.

M.H. — Hablando de cristianismo, ¿es usted creyente y practicante?

M.D. — Sí, me considero creyente, más bien como un asidero íntimo, pero dis-

crepo de muchas cosas de la Iglesia, incluso de disposiciones papales. De modo que sí que se puede decir que soy creyente, que estoy dentro de la Iglesia, pero discrepo de muchas actitudes actuales.

M.H. — Leí una vez que usted había dicho que se conformaba con que al hacer su valoración global como escritor se dijera: «Acertó a pintar Castilla». ¿Dijo eso porque creía decir mucho o porque se conformaba con poco?

M.D. — (Risas.) Lo dije porque, como realmente no he hecho otra cosa que pintar Castilla, si he acertado es que he sido un buen novelista.

Autenticidad

M.H. — Gonzalo Sobejano, en el estudio introductorio a la versión teatral de «Cinco horas con Mario», afirma que el tema central de sus obras es «la búsqueda de la autenticidad». ¿Ha sido y es también el lema de su vida?

M.D. — Sí, sí..., sí. (Pausa.) Está bien, está bien. Lo que pasa con estos tipos auténticos como Mario —y también hablo de mí— es que son un poco cargantes y bastante infumables. Estos hombres, que son conciencia de los demás, son cargantes, sí. Y esto es lo que yo no quisiera ser en absoluto (risa), pese a mi búsqueda de la autenticidad.

Manuel Alcorlo
ha resultado ganador del
Premio PENAGOS
de dibujo
Organizado y patrocinado por:
MAPFRE VIDA
en su 2.ª convocatoria con la
obra titulada «El Pelele».

Este cuadro y las demás obras seleccionadas están expuestas en la
Sala de Exposiciones MAPFRE
(Bárbara de Braganza, 16)
del 26 de Octubre al 11 de Noviembre.

José Rubio quiere ser Valentino

TODO tiene un fin en esta vida, y aunque a ustedes les parezca mentira, que probablemente les parecerá, **José Rubio**, Pepe para los amigos, dice adiós el próximo 8 de noviembre a la obra de **Paso** «Enseñar a un sinvergüenza», con la que llevaba dando vueltas a España —y siempre volviendo a Madrid— desde hace unos doce años, o sea, una cosa bien explotada, que se dice.

—Tengo para mí que ha enseñado a más de un sinvergüenza.

—Y usted que lo diga. Así estamos como estamos.

—Y no lo digo con ánimo de señalar. Lo cierto es que Pepe había convertido la obra en una especie de «show» personal y a su justa medida: cada día hacía una función nueva, metía «morcillas» de actualidad, cambiaba el diálogo, hablaba con los espectadores; del desaparecido Paso solamente quedaba la columna vertebral de la función. Con este significativo hecho teatral, Pepe Rubio se sumaba a la larga y vieja saga de actores-autores, como **Shakespeare**, un suponer, y perdón por la comparación.

Me imagino que Pepe debe sentir lo mismo que siento yo cuando tengo que tirar esos viejos zapatos, tan cómodos, con los que he andado y que ya no tienen posible remiendo. Pero la vida sigue, y el actor quiere poner en pie, nada más matar al «sinvergüenza», una comedia musical italiana que resucita la figura de **Rodolfo Valentino**, una que hizo por Roma **Marcello Mastroianni**, en la que tiene que cantar y bailar. Ahora a todo el mundo le ha dado por cantar y bailar, como si pasaran examen de una asignatura llamada Broadway.

—¿Y el Rubio hará de Valentino?

—Así amenaza.

—Pues será cosa de ver.

Y de oír. ¡Oh!, qué magnificencia. La cosa no podía quedar en el Día del Padre, el Día de la Madre y el Día de la Suegra o de la Mamá Política. No, claro que no. Ahora, el alcalde de Miami acaba de declarar el 15 de octubre como el **Día de Julio Iglesias**.

* * *

Benny Hill, el cómico británico, hijo de la tele británica, anda ahora por Marbella pegándole cosa fina al fino y bailando flamenco con muy buenos modos, que por algo ha venido mucho por aquí y con una señora al lado impresionante. La

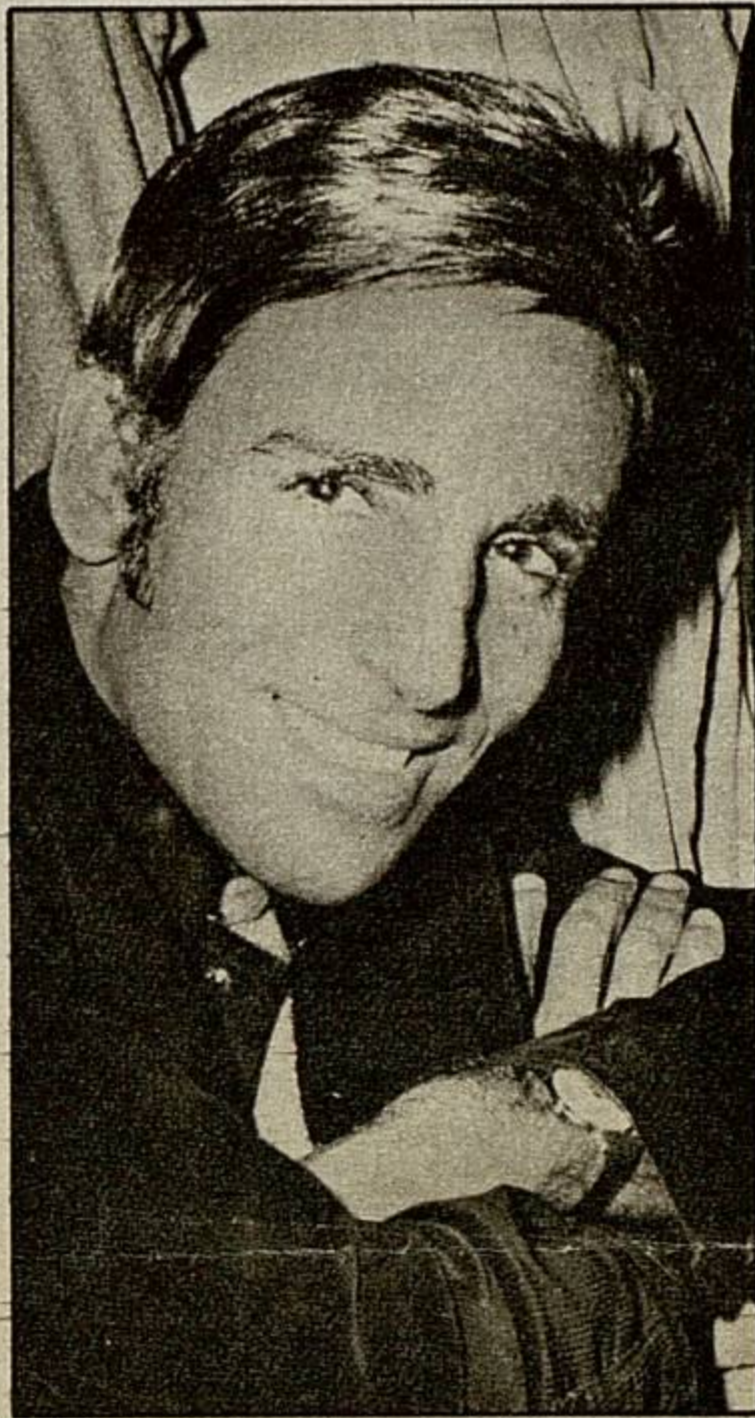
Policía Municipal de Santurce ha detenido a un individuo con mulletas; aquí roban ya hasta los que no pueden huir. Ha nacido el primer niño probeta japonés.

—¿Llora a pilas?

—Parece que sí.

Y es muy posible, pero que

muy posible, que las naranjas valencianas tengan este año otro color, si no sobrevienen pronto los fríos que se supone han de llegar en el otoño-invierno. O sea, hasta las naranjas se pueden volver rojas, que era lo que les faltaba. Y como quien



José Rubio quiere montar una comedia musical que resucite la figura de Rodolfo Valentino. Miguel Delibes acaba de cumplir sesenta y tres años. Y Jesús Puente confiesa que, por más que insiste, Licia Calderón no quiere casarse con él

no quiere la cosa, muy sencillamente, **Miguel Delibes** ha cumplido sesenta y tres años en su Valladolid. Salió a comer con la familia y luego nosotros, el **Yale** y yo, le cantamos desde Antena 3 el «feliz, feliz en tu día, amiguito que Dios te bendiga...». Hablamos, recordando que se acaba de abrir la veda, del día que cazó con el **Rey Don Juan Carlos I**.

—Lo que más me gustó del Rey —recuerda Delibes— es que se aviniera a cazar el humilde conejo. No es como otros jefes de Estado europeos, que solamente se dedican a la caza mayor.

—¿Tiene alguna cacería pendiente con Su Majestad?

—No, de momento, no...

El próximo libro de Miguel se titula «Cartas de un sexagenario voluptuoso».

—No será usted...

—No, no, yo de voluptuoso, nada de nada, mi buen amigo. Cuando se llega a los sesenta y tres, uno entra en cierta decadencia, incluso física. Y también le entra a uno cierta decepción y cierto escepticismo.

—¿En ésas estamos?

—En ésas.

A mí Delibes, y no me pregunten ustedes por qué, me inspira ternura. Como **Jesús Puente** y **Licia Calderón**, sí, sobre todo Jesús, que resulta que ahora me entero, porque él me lo cuenta, naturalmente, que sabe tanto de antigüedades que hubo una época en la que hasta los anticuarios le llamaban para consultarle sobre la estimación o valoración de algunos objetos, incluso de cuadros.

—Y hasta descubrí un **Zurbarán** —me dice.

—Con decir —dice ella— que hasta me descubrió a mí...

—No —replica él—, a ti te ha descubierto **Manolo Collado**...

Se refiere a la interpretación que Licia hace, como se recordaba ayer en estas páginas de hueco, en la obra «Esta noche, gran velada...», del muy aplaudido **Fermín Cabal**. Bueno, pues yo aprovecho la circunstancia para decirles que a ver cuándo se casan, que ya es hora de sentar las cabezas, que a ver si va a resultar, como dicen por ahí las lenguas de triple filo y de la madrugada, que un día contraerán matrimonio para dar ejemplo a sus nietos.

—Es que ella no quiere —me explica Jesús—; yo insisto, pero ella no quiere...

Para mí que Jesús no le ha pedido la mano como Dios manda. O así.

AMILIBIA

MD



Miguel Delibes autor de
Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso
EDICIONES DESTINO

Eugenio Sanz Vecilla, nuestro protagonista, es un jubilado sexagenario que un buen día ve en una revista un anuncio de una se-

ñora que pide correspondencia. Una última tentadora curiosidad ha encendido su lucecita. Se escriben, pero en el libro sólo hay las cartas del hombre que poco a poco va descubriendo su pequeño presente, los testimonios de un pasado que carta tras carta vamos adivinando. Personajillo contradictorio que escala con ambigüedad un elevado puesto en la redacción de un periódico, en ocasiones se muestra inteligente, quizás sensible, voluptuoso casi siempre, sin conocer el amor más que en equívocos ensueños. Impertinente, redicho y pagado de sí, pero... Miguel Delibes ha sabido utilizar con maestría la vieja técnica epistolar para escribir esta novela situada entre el humor y la sátira. En cada carta vamos penetrando en la intimidad —tan a flor de piel— de dos seres que un momento cruzarán sus vidas, fingidas o reales, hasta la sorpresa de un final malicioso y quizás hasta cruel para algún lector, como una ligera aventura real de corazón.

6

Entreviu Nov. 1983

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
 Miguel Delibes

EL PAIS LIBROS

MD

Jorge Ibarquengoitia y Arturo Azuela, dos narradores mexicanos / 5

La última biografía sobre el general Perón / 7

Hermann Heller, a los 50 años de su muerte / 9

AÑO V, NÚMERO 211 / DOMINGO 6 DE NOVIEMBRE DE 1983

La última novela de Miguel Delibes

El escritor y la piel del personaje

RAFAEL CONTE

CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO

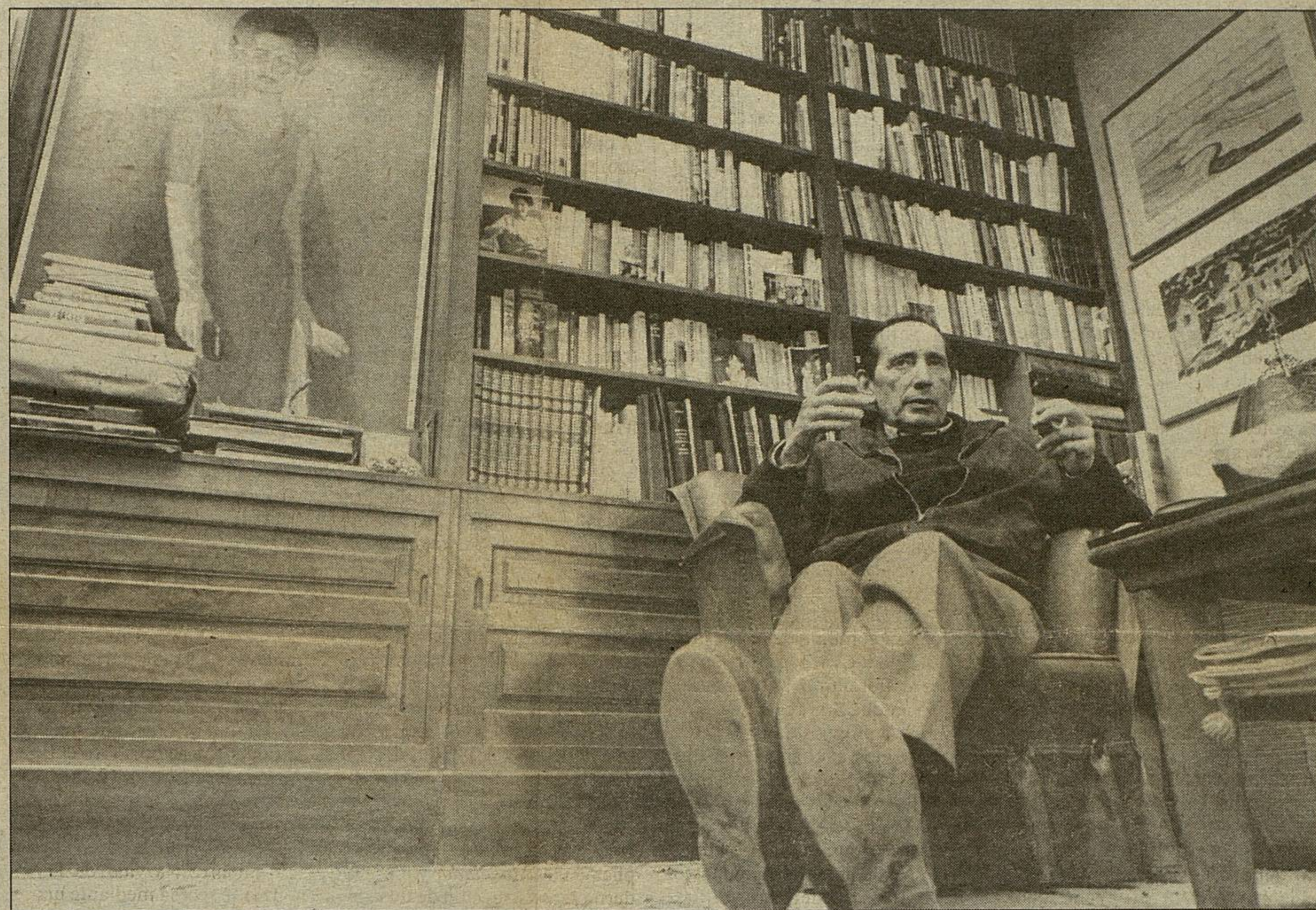
Miguel Delibes
Colección Ancora y Delfin.
Ediciones Destino.
Barcelona, 1983. 152 páginas.

Este seco, revuelto y como paráltico otoño que estamos padeciendo, nos está proporcionando una de las *rentrées* literarias más importantes de los últimos años. Raras veces han coincidido como estos días los astros de nuestra narrativa en una conjunción auténticamente estelar. Juan Benet —*Herrumbrosas lanzas*—, Camilo José Cela —*Mazurca para dos muertos*— y ahora Miguel Delibes con estas peregrinas *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* nos dan cita conjunta en la serie de informaciones y actos socioculturales de estos últimos días y, lo que resulta mucho más importante, en los escaparates de las librerías.

Este dato, de reseña inexcusable, es más espectacular que profundo, desde luego, pues después cada libro se sostiene sólo, y la trayectoria de cada escritor configura un camino global por encima de todas estas coyunturas. Pero al menos, la conjunción astral de este otoño incita al optimismo y muestra que la normalización del mercado literario sigue su curso a través de las variaciones sociales, políticas y económicas y hasta de toda suerte de premios y espectáculos en auge o en declive. Pues este es el terreno de lo fundamental, el de los libros y sus autores, y todo lo demás está —o debe estar— a su servicio, políticos, editores, libreros, periodistas y críticos, para llegar al otro polo de la operación, que son los lectores. Entre la obra y el lector se juega la verdadera partida, y todo lo demás es —somos— añadidura.

Hablar de amor

Así las cosas y pidiendo perdón por la divagación, parece como si Cela fuera el viejo profesor gruñón y exigente, al que la cercanía de la jubilación exacerba irritaciones y ternuras; como si Benet fuera a su vez el primero de la clase, implacable y respondón, pero repleto en el fondo de toda la sabiduría tradicional; y como si Miguel Delibes finalmente resultara el padre de familia que observa el fenómeno escolar con cierto distanciamiento bondadoso, siguiendo su camino y marchándose de caza los fines de semana. Su última pieza cobrada, estas *Cartas de amor* le acercan a un tema en el que nunca ha profundizado demasiado —el amor y el sexo— pero en el que una vez



Miguel Delibes en su biblioteca.

CHEMA CONESA

más da una especie de suave y humorística larga cambiada, manifiesta en la segunda parte del título: *de un sexagenario voluptuoso*.

Delibes ha tratado siempre el tema amoroso como con pinzas, con un cuidado extremo, observándolo desde fuera, siempre con seriedad y ternura, pero como si en el fondo le atemorizara. Él mismo suele citar los cuatro grandes temas de su obra: la muerte, la infancia, la naturaleza y las relaciones humanas. Aquí no figura el amor, si no es en el cuarto apartado, pero sin llenarlo, desde luego. Tal vez sea su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada* (1948), la única en la que el amor haya sido contemplado desde su interior, con un pudor implacable y una intensidad tanto más conmovedora cuanto que su expresión narrativa no había alcanzado las cotas de sus obras maestras posteriores.

No cabe deducir por ello que no hay amor en la obra de Delibes. Lo hay, y bien contado, pero siempre como algo accesorio al tema central; y en muchas ocasiones lo que hay es una especie de amor falseado, o caricaturizado, como en *Mi idolatrado hijo Sisi* (1953) o en una obra maestra como *Cinco horas con Mario* (1966). Hay más amor de pareja en *La hoja roja* (1958), o en otras de sus manifestaciones como en *El camino* (1950), *Las ra-*

tas (1962), *El príncipe destronado* (1973) o *Los santos inocentes* (1981).

Y el humor

La vertiente humorística, siempre como en sordina y hasta levemente crítica, aparece tarde en la obra de Delibes, pero alcanza cotas inolvidables. Se trata de un humor repleto de ironía y de ternura, austero y castellano, que resplandece sobre todo en sus *Diario de un cazador* (1955) y *Diario de un emigrante* (1958) y más últimamente en esa fábula moral y política mucho más profunda de lo que aparenta, *El disputado voto del señor Cayo* (1978). Humor que se exagera en exceso en *Parábola del naufrago* (1969) y que se hace eminentemente verbal para suavizar la tragedia de *Las guerras de nuestros antepasados* (1975).

En esta su decimoquinta novela, Miguel Delibes regresa a esa parcela de su obra que puede parecer menor, y que algunos hasta califican de *divertimento*, como es la fábula corta, suavemente irónica y satírica, con sutiles implicaciones morales. Pero no hay —no puede haber— *divertimento* excesivo en la obra de este castellano riguroso y radicalmente independiente, donde hasta el humor adquiere unos significados siempre mucho más profundos. Y sobre todo, teniendo

también en cuenta que se trata asimismo de una especie de burla de la "novela idílica", equivocada etiqueta que se ha intentado aplicar a su obra.

Un viejo solterón castellano, periodista jubilado que regresa para vivir solitario en el pequeño pueblo de sus mayores, establece una correspondencia progresivamente amorosa con una viuda andaluza, a través de la sección correspondiente de una revista sentimental. El breve relato se apoya en el retrato que el personaje hace de sí mismo en un principio, y sobre todo en lo que a través de sus palabras deja traslucir al lector. Es un voluptuoso, desde luego, pero sin demasiados medios a su alcance para serlo de verdad, y con un enfoque hasta podría llamarse decimonónico. Relativamente frustrado en su profesión —periodista durante el franquismo, apartado a la llegada de la democracia—, sexualmente virgen, gastrónomo dentro de lo que cabe, levemente enamorado de la naturaleza y cuyas expansiones verbales van siempre más allá que sus propios actos, la historia de su romance otoñal sería verdaderamente cruel de no ser por la voz que le ha prestado el escritor.

Volvemos a encontrar aquí esa extraordinaria capacidad lingüística de Miguel Delibes, que resplandece en *Los santos inocentes* con el

brillo de la tragedia, pero en su vertiente vulgarizada y hasta caricaturesca, cuya cumbre fue calificada por Isaac Montero de "lenguaje del Limbo", en *Cinco horas con Mario*. En esta ocasión el personaje es más culto, aunque no demasiado dadas las limitaciones que su época y educación le han impuesto, y tampoco hay tragedia, pues nadie muere salvo ese amor deforme que no llega a nacer más que en las fantasías verbales del protagonista.

Las manías, los achaques de la edad, las osadías verbales del personaje y su fundamental timidez, chocan con la historia maravillosa del amor que sueña, imagina y pretende convertir en real. Pero el Limbo también es culpable, el hombre no puede ser más de lo que él mismo ha hecho, y todo un romanticismo proveyo y lamentable se disuelve ante los engaños, hipocresías, mentiras y trampas de la implacable realidad. Novela de lectura rápida y fácil, con un recreo verbal ya magistral a estas alturas del escritor, pero que exige una atención constante para calibrar su real profundidad. ¿Fábula menor? Desde luego, pero en Castilla no existen categorías menores, no se olvide.

En EL PAIS SEMANAL de hoy se publica un amplio fragmento de esta última novela de Miguel Delibes.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

La última novela de Miguel Delibes

Reivindicar la epístola, reconstruir el tiempo

ÁNGELES GARCÍA

La palabra que mejor cuadraría para definir a Miguel Delibes es fidelidad. Es fiel a su literatura, a su paisaje, a sus amigos, a Castilla —“que sigue igual que hace cincuenta años”—, a su pesimismo, a su lenguaje.

El académico y escritor vallisoletano vive un momento de tranquilidad personal y literaria, organizada en función de su ritmo vital, por lo que ahora es cuando está dedicando su tiempo a las cosas que realmente le gustan y apetecen. Vive en un piso grande y moderno situado en el centro de Valladolid, en el que mantiene estrechas relaciones con sus siete hijos. Dos días a la semana, por lo menos, se traslada a su casa burgalesa de Sedano y se dedica a la caza, la actividad que más le gusta. Su cátedra en la Escuela de Ciencias Empresariales, sus viajes a la Real Academia Española de la Lengua —“donde cada vez me aburro más”—, la pesca, los paseos y el cuidado esporádico de sus nietos, cuando sus hijos van al cine, le ocupan prácticamente todo su tiempo.

Pregunta. ¿A qué se debe la elección del género epistolar en su último trabajo?

Respuesta. He querido usar una técnica diferente respecto a mis narraciones anteriores, y además ya no se hacen novelas epistolares. Porque hoy la carta, la epístola, se refugia casi exclusivamente en los consultorios sentimentales. La gente ya no se escribe. Prefiere llamar por teléfono. Yo sólo tengo cartas de muy lejos, porque las conferencias cuestan mucho. Veo a mis hijos que recurren constantemente al teléfono para solucionar cualquier cosa y me da lástima que se pierda una costumbre tan entrañable como la de escribir cartas.

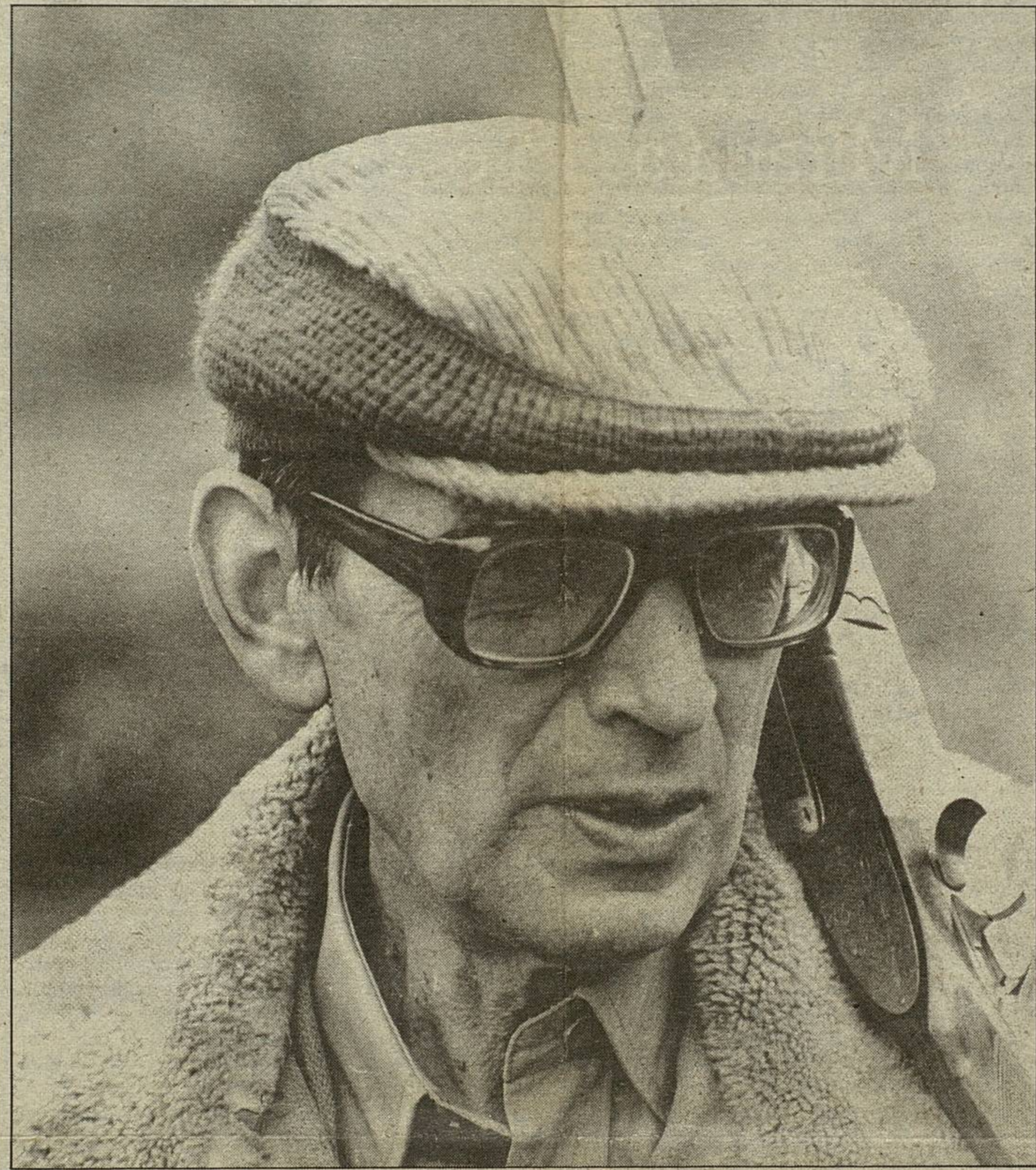
En la novela se recogen las cartas que el protagonista, un hombre de 65 años, envía a una mujer de cincuenta y tantos años. En esas cartas del hombre vamos sabiendo cosas de ella a través de las reacciones de él. Es un poco lo que ya hice en *Cinco horas con Mario*. A ella se la conoce a partir de la excitación del viejo por las reacciones de ella.

Un amor tardío

P. El paisaje habitual de sus novelas, el entorno castellano, también parece haber sido modificado en esta obra.

R. He contado una historia en la que mezclo el entorno urbano y rural. Es un relato en el que cuento un amor tardío. El protagonista es una persona totalmente infumable. Empiezo la novela con una frase de Proust totalmente apropiada: “Hay hombres que se dedican a señalar los defectos ajenos sin ver los propios, que son mucho mayores que los ajenos”. Es un hombre que presume de ser autodidacta, de haberse hecho a sí mismo. Pero es un oportunista que aprovecha las circunstancias de la guerra civil para entrar en el periodismo con malas artes y conseguir un carné de mala manera. Con esas artes, más o menos torpes, va subiendo. Sin embargo, no logra su ambición ni en el periodismo ni en el amor.

El mundo rural aparece en la historia de este individuo porque es un hombre de pueblo que se



Miguel Delibes.

traslada a la capital en busca de éxito, de manera que, una vez más, he podido hablar del tema que más me importa: el campo castellano. Muestro las diferencias de ambos mundos que traté en libros como *El disputado voto del señor Cayo* o *Los Santos Inocentes*.

P. Usted fue durante años director de periódico, de *El Norte de Castilla*, y ha tenido y tiene un contacto constante con los periodistas. ¿Ha conocido en este tiempo alguien tan infumable como dice que el sexagenario que protagoniza su novela?

R. No exactamente; pero cuando yo entré en el periodismo, cosa que ocurrió por pura casualidad, sí conocí actitudes arribistas como las que cuento. Yo entré porque en *El Norte* habían destituido a cuatro periodistas, entré ellos el director, por masones o comunistas, que les daba igual. Necesitaban apoderarse del periódico. Yo entonces era caricaturista y por eso estaba en el periódico. Hicieron unos cursillos para dar los carnés de Prensa. Y yo me examiné. Vi con gran pasmo, porque yo era muy joven —tenía 24 años— que a gente que ni se había examinado le daban el carné igual que a mí. Era un paripé lamentable. Recuerdo que un buen señor, ya mayor, que se puso a mi lado copiaba todos mis folios, e incluso yo veía que ni le daba tiempo. Pues bien, en las calificaciones a él le dieron el número cinco y a mí el ventitantos. Era una broma de mal gusto. Estas cosas salen a relucir en la historia del viejo.

P. Casi unas memorias periodísticas...

R. Sí, claro, porque el personaje lo que hace en sus cartas es un intento de justificarse ante la mujer de todas estas cosas que hizo. Que cuando la historia nos abre la

puerta, hay que entrar por ella. Es un tipo poco grato que se ha dado muy abundantemente y que no hay que olvidar. Porque, claro, hay que ver la de cosas que estos hombres han hecho luego en los periódicos.

La relación con Fraga

P. ¿Qué recuerdos guarda usted de esa etapa activa en el periodismo, en la que dice que entró por casualidad y salió por Fraga?

R. Fue una etapa tremenda. Porque a mí Fraga me pilló de director. Llegó con la ley esa de libertad de Prensa y nosotros dijimos: ésta es la nuestra. La situación del campo castellano era de una miseria absoluta. Y empezamos una campaña diaria a base de artículos furibundos y fotografías enormes y espeluznantes para denunciar esa miseria y reclamar una reforma. Empezaron a llamarme de Madrid todos los sábados, porque, según ellos, me excedía. Me llamaba Jiménez Quiles, segundo de Fraga en el invento. “Esto no puede seguir así”, me decía. “Quieres decir que miento”, le contestaba yo. “No; no es eso”, proseguía el diálogo de besugos. “Entonces es que no hay libertad de Prensa...”, insistía yo. “Sí, hombre, sí. Libertad, sí. Es un problema de términos”. Casi me daba pena, porque ahí le pillaba. Si era cuestión de términos, que dijera cuáles. Fíjate la cantidad y riqueza de sinónimos que hay en el castellano. Yo volvía a Valladolid y le decía: “Nada. Seguid igual, pero eliminad tal y tal palabra”. A la semana siguiente, vuelta a empezar. Con este juego estuvimos meses y meses. Hasta que este Fraga tuvo una idea: llamó al Norte. Pidió que echásemos al subdirector y nombrásemos uno. A mí me dejaba. El

subdirector fue a Madrid y volvió horrorizado de las voces. Le dijo Fraga que su responsabilidad era controlar mis desmadres, y que si no lo hacía, le echaba. Yo di la información en primera plana y me fui. No sin antes colarles otro gol con unas entrevistas que Gironella hizo a don Juan de Borbón. Nos prohibieron la última, en la que hablaba de la necesidad de democratizar el país. Entonces ideé la broma siguiente: irme a Barcelona, retratarme con Gironella y hacerle una entrevista en la que yo le preguntaba a Gironella sobre el contenido de la entrevista. Salió todo exacto. Sin tocar una coma. Y se la tuvieron que tragar.

P. Y desde entonces se desvinculó de los periódicos.

R. No, porque me divierte mucho. Sigo con el Norte, con reuniones semanales en las que revisamos el funcionamiento del periódico. A mí me gusta el contacto con la redacción. Yo empecé escribiendo antes artículos que novelas. Yo me divertía mucho, porque estabas en constante tensión. Fue una etapa que estuvo muy bien, pero es muy duro vivir así.

P. ¿Le divierte tanto la redacción de un periódico como su actividad de académico?

R. Nada. No me divierte nada. Hasta el punto de que cada vez voy menos a las reuniones semanales de la Academia. Para mí es algo inútil porque creo que me llamaron por aquello de que yo soy un hombre de campo, animales y plantas. Y yo creí al principio que podía hacer un trabajo interesante en ese sentido. Pero me equivoqué. Llevo meses con una lista de cuarenta términos para definir otras tantas especies de pájaros para los que no hay definición en el diccionario. Pues bien: sólo he

podido leer diez y no se ha acordado nada. Y luego se pierden sesiones y sesiones discutiendo por términos para mí clarísimos, como el de *maletilla* o *estar sentado en la banqueta*. En fin, que mis compañeros de Academia están, en términos generales, lejos de lo que a mí me interesa. Por eso no me gusta ni divierte, y estoy decidido a ir menos veces de las que voy.

P. Se le considera a usted uno de los escritores que más dinero gana con sus novelas.

R. Mucho dinero, no. Facilidad de vida, sí. Pero todo llega tarde. Estás treinta años malviviendo y luego, de repente, te haces más conocido. Y unos se venden más, otros menos. Llevas cosas al cine o al teatro. Me hubiera gustado vivir bien a los cuarenta, no a los sesenta, como me ha ocurrido a mí.

P. La situación de Castilla, tantas veces descrita en sus relatos, ¿ha cambiado también con el tiempo?

R. No. Nada. Es terrible, pero nada ha cambiado. La población sigue como en el siglo XIX. Ahora pueden pedir y quejarse, pero nada ha cambiado. Hay una zona, que es la que más me preocupa a mí, que es la zona montañosa de la Castilla dura: el norte de Burgos, Palencia y Soria, donde los pueblecitos están totalmente abandonados. No queda ya ni el señor Cayo. Los que quedan son mayores de setenta años que ya no pueden procrear. Son pueblos que como comunidad hay que darlos por muertos. Quedan para que unos cuantos nos reunamos en verano, como Sedano, el pueblo de Burgos en el que yo tengo una casa.

P. ¿Sigue usted yendo a cazar y a pescar habitualmente?

R. A pescar, no, porque no hay truchas en menos de cuatrocientos kilómetros de distancia; pero cada cada vez que puedo me voy a Sedano y al menos dos días los paso cazando perdices, liebres y conejos. Me gustaría cazar jabalíes, porque es un animal sucio, vil, asqueroso, rastrero e inhumano. Soy incapaz de matar un ciervo o un gamo porque es como matar a un semejante.

P. Pero es una diferenciación bastante arbitraria.

R. La perdiz es un bodegón; pero soy incapaz de aguantar el ojo de un ciervo agonizando. Además, puede que sí, que sea arbitrario, pero mi respeto está en función del tamaño del animal. Cuanto más se aproxima al hombre, más respeto me produce. Además, nadie se plantea problemas cuando fumiga las moscas de una habitación.

P. ¿Qué cosas le siguen importante humana y literariamente?

R. Literariamente, seguiré haciendo las mismas cosas. Ya sé que no haré esa gran novela que pensé que iba a hacer hace veinte años. No habrá jorobas. Mi mayor preocupación e indignación vital es el hecho de que dos bloques mínimos dominen a todo el mundo. Me indigna el cinismo de Andropov cuando se rasga las vestiduras porque Reagan ha invadido Granada. Y no hace tanto que ellos han hecho lo mismo en Afganistán. Hacen una comedia a la que asistimos pasivamente 5.000 millones de seres con la boca abierta, a la espera de que nos estalle en ella la bomba de neutrones. No creo que lleguemos a ello, pero vivimos bajo el terror. La convivencia sería tan fácil que indigna lo contrario. Después de la guerra pensé que la vida iba a ser más justa. Pero qué va...

SANIDAD

Agustín Ortega, nombrado nuevo secretario general del Insalud

Madrid Agustín Ortega Limón, hasta ahora director provincial del Insalud en Cádiz, ha sido nombrado secretario general del Insalud. Sustituye en el cargo a Jaime Pérez López-Santamaría, destituido por el ministro de Sanidad, Ernest Lluch. El hasta ahora secretario general ocupaba el mismo cargo con el anterior Gobierno, pero fue ratificado en él tras la formación del Gabinete socialista.

Por otras órdenes del Ministerio de Sanidad se ha produci-

do el cese de la subdirectora general de Programas y Promoción de la Salud, de la Dirección General de la Salud Pública, Elvira Méndez Méndez, y el nombramiento de Ricardo Gutiérrez Martí como subdirector general de Asistencia Sanitaria y Prestaciones Sanitarias del Insalud. El cese de Elvira Méndez está relacionado con unas declaraciones en las que desmentía el anuncio realizado por Lluch de un programa específico contra la esterilidad en las parejas españolas.

Siempre he pensado que **Delibes** tenía que escribir este libro. *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*. En la conversación, Miguel dice "rijoso", que ya es peyorativo, con un menosprecio judeocastellano, casi vacceo, hacia el sexo. Ahora, por fin, ha entrado en tema, aunque tarde. Solitario del amor y la muerte, hacia los sesenta descubre irónicamente la voluptuosidad, esa limosna inevitable que hay que darle a la carne. Y aquí de **Juan Ramón**: "La carne, en otoño, dice, / transparente, que no había / más en ella, que ella pue-

SPLEEN DE MADRID

Miguel

FRANCISCO UMBRAL

de / ser el más que ella se quita". —Miguel, seguro que no conocías esos versos de Juan Ramón. —Seguro. La carne, en otoño, dice. *Rosas de otoño* de don **Jacinto Benavente**. "En el otoño de la vida, cuando se aquietan las pasiones, puede surgir aún una segunda floración del amor, como rosas de otoño que todavía pueden perfumar una existencia". **Josep Vergés**, que descubrió a Miguel en el 47, con el Nadal, saca ahora esta novela epistolar, que se ajusta, así, a la mejor tradición de la novela romántica,

amorosa: *Werther*, *Las relaciones peligrosas*, etc. Si el amor, tantas veces, se entretreje de cartas, parece que el género natural del amor literario ha de ser el epistolar. Lo que pasa es que el romanticismo tardío de Miguel es provinciano, pequeñoburgués, de consultorio, o sea, irónico y distanciado: lúcido. "Muy señora mía: Por puro azar tropecé ayer con su mensaje en *La Correspondencia Sentimental* cuando aguardaba turno en la antesala del doctor. Yo solamente hojeaba la revista por encima, pero al transitar por la página que inserta su minuta, algo tiró de mí, se diría que aquellas líneas estaban imantadas, cobraron de repente relieve y movimiento, de modo que no pude sustraerme a su llamada". En este arranque está todo el gran escritor, más **Balzac** y **Flaubert**. "Muy señora mía", dice el entrado y provinciano a la mujer a quien se piensa beneficiar. "Tropezó" con el mensaje de la dama. Es un hombre vulgar que no se ha parado a pensar en "encontré", "descubrí", "hallé". Miguel —sabiduría inmensa de escritor tenido supuestamente por realista, pero tan lejos de lo catastral—, deja que su personaje utilice el verbo más vulgar y tórpido: "Tropecé". Ya tenemos definido al personaje por su escritura, como a otros personajes por su habla. Siempre he dicho que lo que mejor sabe Miguel es poner voces. Aquí pone voz de hombre vulgar, sesentón y enamorado. Llama "doctor" al médico, o sea que quiere quedar fino. Toda la carta guarda el protocolo equivalente a la rueda del pavo real o el canto del urogallo, antes del amor. "Al transitar por la página que inserta su minuta". Elige el redicho "transitar", lo que le define como cursi de clase media, mejor que el vulgarísimo "pasar". Lo cursi es una sublimidad frustrada (ver ensayo de **Gómez de la Serna** en *Cruz y Raya*, de **Bergamín**). Sabe, el remite, que minuta vale por carta, aviso, llamada o cosa así, y cae en el mal gusto (que él cree bueno) de utilizar un término ya casi exclusivamente gastronómico: la minuta del restaurante, con lo que denigra aquello que está queriendo estilizar. He aquí un ser dado mediante el lenguaje, mediante el monólogo interior, como los de **Joyce** o su secretario, **Samuel Beckett**. ¿Se le puede llamar a esto un escritor realista en el sentido galdo-barojiano de la palabra? No. Los estructuralistas, ya tan remotos, nos enseñaron —o sencillamente nos recordaron— que la literatura consta de palabras, y que el que escribe *atestado* / *atiborrado*, de primera intención, sin distanciamiento, no es escritor. Cada una de estas cartas de **Delibes** es un acontecimiento de poesía conseguida mediante el encuentro lirismo / vulgaridad: cursilería. Y el libro todo, un anti / *Werther*, un ejemplo de amor cotidiano, cabizbajo y tardío. Como realmente es. Siempre supe que Miguel, reservón en el tema, haría este gran libro de amor.



Nuevo Opel Corsa TR Berlina

Ingeniería alemana a su alcance.

Con todo lujo de detalles.



*Datos homologados por el INTA.



Opel Corsa TR Berlina es el coche más completo entre los coches de su categoría.

Por equipamiento, técnica, diseño, seguridad y economía.

Ahora, la diferencia se ha hecho aún más ostensible.

Opel Corsa TR incorpora, a sus justas dimensiones exteriores y gran espacio interior, todo el lujo y confort de su equipamiento Berlina: alfombrado total incluso en el maletero, motor y guantera con luz, consola central y panel de instrumentos completo a tono con la tapicería, cuentarrevoluciones, cuentakilómetros parcial, caja de cinco velocidades, volante de cuatro radios, reposacabezas basculantes y ajustables... y muchos detalles más. Descúbralos en la amplia red de Concesionarios Opel, con más de 150 puntos de Venta y Servicio.

El Opel Corsa TR Berlina ya está esperándole. Y con un consumo de tan sólo 4,7 litros a 90 Kms/h.* Un depósito de 42 litros que le permite recorrer hasta 893 kilómetros sin repostar y un gran maletero de 430 litros, el maletero más amplio de los coches de su segmento.

Nuevo Opel Corsa TR Berlina. Conózcalo ahora con todo lujo de detalles.

OPEL DA MAS

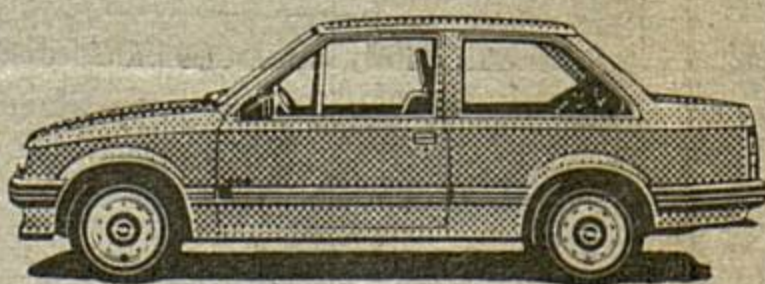
- Garantía:** un año sin limitación de kilometraje.
- Asistencia:** un año, en España y 25 países de Europa, con el carnet Opel Euroservice Assistance.
- Mantenimiento:** una vez al año o cada 15.000 kilómetros.



Innovaciones en marcha.



Corsa TR Base.
Motor 1.2 S
Desde 537.800 Ptas. F.F.



Corsa TR Luxus.
Motores 1.2 S y 1.3 S
Desde 585.300 Ptas. F.F.



Corsa TR Berlina.
Motores 1.2 S y 1.3 S
Desde 612.000 Ptas. F.F.

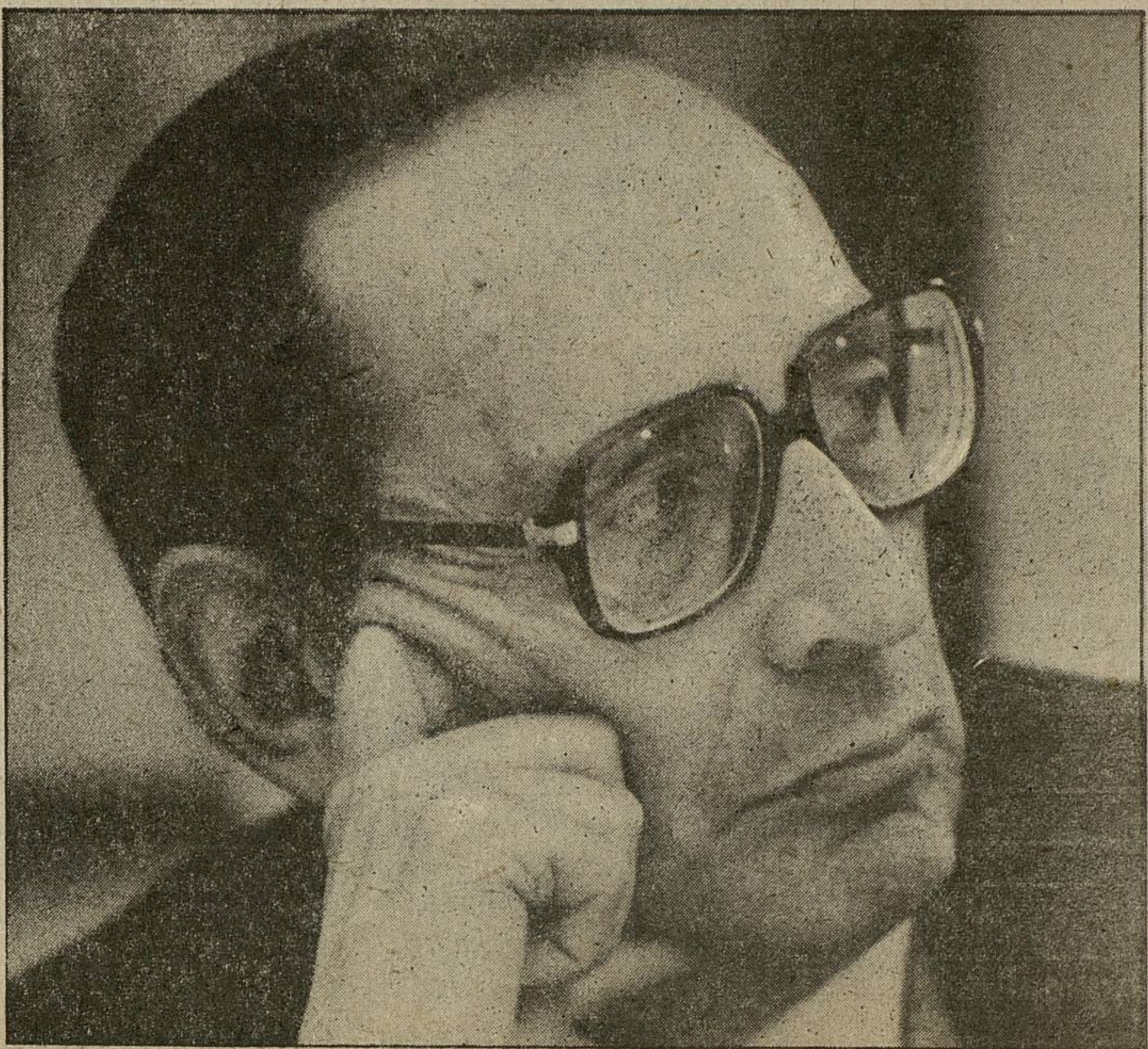
adolfo dominguez

NECESITA VENDEDOR / A PARA SU TIENDA DE MADRID

- Estudios universitarios, con o sin título.
- Servicio militar cumplido.
- Inglés o Francés.
- Edad máxima, 25 años.
- Buena presencia.
- Sueldo a convenir.

Llamar laborables, de 9 a 2
Teléfono 415 35 61
Ref. MNM-1.546

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



El literato Miguel Delibes, ayer en Pamplona (Foto Jorge Nagore)

Miguel Delibes: «Los niños son mucho más listos de lo que creemos»

—En mi opinión hay poca diferencia entre escribir literatura infantil y literatura para mayores. La única concesión que yo he hecho ha sido evitar las digresiones, porque al chico hay que contarle todo seguido. Yo ponía voz de tonto, como se habla a veces a los chicos, pero enseguida me di cuenta de que los niños son mucho más listos de lo que pensamos. Por eso «Tres pájaros de cuenta» lo escribí como si no fuera para niños.

«Tres pájaros de cuenta» son el cuco, la grajilla y el cárabo, pájaros familiares del paisaje castellano que vive y describe una y otra vez el escritor vallisoletano, miembro de la Real Academia de la Lengua.

—En la Academia me he llevado una decepción, y casi ya no voy, me aburro. Yo esperaba aportar lo que sé, el vocabulario del mundo rural, pero el aire puro no les gusta, les gusta la polilla de la biblioteca... Un inglés me comentó que muchos pájaros no tienen nombre en el diccionario y yo llevé el de 40. Los primeros diez me los aceptaron, pero los restantes no, decían que son muchos pájaros...».

Así lo comentaba ayer Delibes en Pamplona y en idéntico sentido se pronunciaba en una entrevista que publicó el domingo «El País», en cuyo suplemento se reproducían fragmentos de la última novela de Delibes: «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso». La novela, en género epistolar («ya las cartas no se utilizan más que en situaciones similares a las de mi novela»), saldrá próximamente a la calle en Ediciones Destino.

La situación que plantea es la de un solterón castellano, virgen sexualmente, periodista durante el franquismo y apartado de la profesión a la llegada de la democracia, que mantiene una correspondencia amorosa con una viuda andaluza respondiendo a la misiva que ésta había publicado en el consultorio sentimental de una revista que cae por azar en manos del jubilado. Miguel Delibes, castellano, periodista durante muchos años en «El Norte de Castilla», padre de siete hijos y ahora viudo, niega cualquier identificación con el personaje.

—Más bien somos antitéticos, él es mayor que yo, es un tipo redicho, petulante, vive un amor tardío (yo me hizo novio a los 18 años) y extemporáneo... Por supuesto siempre tiene algo mío, como la profesión, el estómago débil, el frío en los pies, por que el frío en los pies solo lo puede describir quien lo sufre... Pero en lo fundamental no tengo nada que ver con él.

Es la primera novela amorosa de la docena larga que lleva publicadas, y que se han centrado, como temas, en la muerte, la infancia, la naturaleza castellana y las relaciones humanas. La primera, «La sombra del ciprés es alargada», apareció en 1948. Algunas de ellas han sido escenificadas (como «Cinco horas con Mario») o están siendo llevadas al cine, como ocurre en estos momentos con «Los santos inocentes», publicada en 1981.



Delibes y sus cartas de sexagenario voluptuoso

De cómo escribí mi primera novela de amor

Una nueva novela de Miguel Delibes. Escrita aquí, en Valladolid, en su recóndito despacho de la calle Dos de Mayo, a "sólo un cigarrillo" de distancia de cualquier lector de "Hoja del Lunes, como dice la publicidad inmobiliaria al uso.

Por tanto, somos los vallisoletanos los lectores con más derecho —al menos con más ganas— de saber cómo se gestó esta novela, cómo la fue Delibes fraguando mientras paseaba, a grandes y erectas zancadas, por Campo Grande, por Acera de Recoletos, por la calle Santiago.

VALLADOLID. R. C.

«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», así se titula el nuevo relato de nuestro novelista, que dentro de una semana estará a la venta en las librerías de toda España. La expectación levantada en el ámbito literario es enorme, como cualquiera de los anteriores títulos de Delibes. «Hoja del Lunes» se ha acercado al novelista para preguntarle no de qué se trata la novela —pronto podremos saborearla—, sino cómo y por qué la escribió.

—¿Cuándo te nació la idea de escribir estas «Cartas de amor»? —Hubo de verdad una sala de espera de un médico, donde Delibes se topó con un «consultorio sentimental».

—Siempre que he topado con esos consultorios sentimentales —no sólo en la antesala de algún médico— he pensado en cuánto drama cuánta soledad, se encerraría en cada una de aquellas llamadas y, en consecuencia, cuántas novelas posibles. Yo sólo he escrito una de ellas.

MI PRIMERA NOVELA DE AMOR

—¿Podríamos decir que es tu primera novela de amor? ¿Qué papel ha jugado el amor en tu novelesca?

—Pues sí, podrían decirlo. Sin embargo, el amor funciona bien entre la Anita y Lorenzo el cazador, Régula y Paco, el Bajo, etc. Y no funciona en «Sisí», «Mario», «El Príncipe destronado», porque de haber funcionado no habría habido novela.

—Hoy se escriben muy pocas cartas. Quizá hasta pocas cartas de amor. ¿Por qué has optado tú por el género epistolar en tu novela?

—Precisamente porque se escriben pocas, por reivindicar el género epistolar en el pequeño mundo donde aún pervive la epístola: los consultorios sentimentales.

—¿Qué se puede decir en una carta que no se pueda decir en una novela, en una narración tradicional?

—La vibración del relato epistolar, creo que es más íntima, más próxima, más directa, más cálida, más personal y, al menos aparentemente, más sincera.

—Hay novelas —yo diría que muchas— sobre el nacimiento del amor, novelas del llamado «primer amor». ¿Sería esta tuya una novela del «último amor»?

—No, no, nada de eso. Esta es una novela de «primer amor». Un poco tardío, un poco extemporáneo, pero «primer amor» al fin y al cabo.

—En «Cinco horas con Mario» conocíamos a un hombre a través del retrato de su mujer. ¿Ocurre aquí lo contrario? ¿Conoceremos la identidad de la viuda sevillana a través de las cartas del protagonista Eugenio Sanz Vecilla?

—En efecto, conoceremos a la viuda a través de las sensaciones epistolares de su corresponsal, pero, especialmente, conoceremos a éste.

EL PROTAGONISTA ES MI ANTITESIS

—Has confesado ya en alguna entrevista que el protagonista de tus «Cartas de amor» tiene muy poco que ver contigo en cuanto al aspecto sentimental. ¿Y en cuanto al físico? «Desde niño —dice el protagonista— fui sobrio para comer, pero como hombre de paladar me gustan los alimentos sazonados y en su punto». «Desde niño he sido muy sensible al frío, o por mejor decir, al frío y al calor» «... soy hipotenso y las temperaturas extremas me afectan mucho. A partir de octubre los pies se me enfrían y no reaccionan ya hasta bien entrado mayo. ¿Y qué decirle del calor? La canícula me muele, literalmente me hace polvo...», etc., etc.

—Bueno, sí, pero el hecho de que al protagonista se le enfríen los pies y tenga 60 años, no impide que sea mi antítesis.

—¿Qué hay de Valladolid en tu nueva novela?

—Quizá alguna anécdota, alguna referencia, partes de alguna historia; poco, en definitiva. Aunque en la novela no se mencione el escenario, éste se deduce y no es Valladolid.

—El protagonista de «Cartas de amor» es un viejo periodista jubi-

lado que nos cuenta su vida profesional, sus andanzas, a lo largo del periodismo franquista. ¿Has tratado de hacer una crónica de dicha época del periodismo español —puede que hasta del vallisoletano— en tu novela?

—No, por favor, esta novela, que es más breve, como todas las últimas mías, no es tan ambiciosa. Para hacer dicha crónica necesitaría muchas más páginas.

TITULOS LARGOS, TITULOS CORTOS

—Una pregunta curiosa. Tus novelas se podían dividir en dos grandes grupos de acuerdo a sus títulos: las de título corto y las de título largo, e incluso larguísimo. A las primeras pertenecerían «Las ratas», «El camino», «La hoja roja»... Y a las segundas «La sombra del ciprés es alargada», «Mi idolatrado hijo Sisí», «Viejas historias de Castilla la Vieja», «El disputado voto del señor Cayo», y por supuesto esta última: «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso». ¿Cómo titulas tus novelas? ¿Por qué, a veces estos títulos largos y hasta un tanto barrocos?

—Los temperamentos cambiantes tienen estas cosas: unos días respondemos con monosílabos y otros no sabemos callar. De todas maneras entre tanto libro tiene que haber de todo y a los títulos cortos y largos que tú citas yo opongo algunos de los intermedios: «Aún es de día», «El príncipe destronado», «Diario de un cazador», «Los santos inocentes», etc.

«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» estará a la venta de aquí a unos días. Tendremos tiempo de leerla y de comentarla. Pero, como vallisoletanos, queríamos saber cómo y por qué la escribió nuestro paisano Delibes. «Hoja del Lunes» se lo preguntó y éstas han sido sus respuestas.

la entrevista del Lunes

Miguel Delibes, epistolario de amor

La prosa de Delibes es la de siempre. Quiero decir que las innovaciones en materia estética son algo difícil, rara vez se logran y, una vez conseguidas, extraña vez se innovan. En Delibes ocurre algo así. Miguel Delibes es poseedor de algo tan difícil como un estilo. Acaso, no sé, tengamos que hacer caso a aquello que Borges nos propusiera: «Un estilo no es otra cosa que el conocimiento de las propias limitaciones», cierto, pero no hay que olvidar que esas limitaciones, parafraseando a Gil de Biedma «hay que merecérselas», y Delibes, obviamente, se las merece. Creo que el principal logro de la nueva prosa de Delibes consiste esencialmente en su vinculación con un género a extinguir. Miguel Delibes ha escrito, nos regala, un Epistolario. Supongo que en la civilización de los «mass-media» de Mackluhan «el mensaje es el medio» la cibernética y las multinacionales de, digamos, la «press» es extraño que un novelista se decante, precisamente, por esta forma de novelar. Y, claro, semeja más extraño todavía que lo haga precisamente sobre tema tan manido como el amor. Resulta que, delicadamente, Delibes nos ofrece, eso: un Epistolario de amor.

Un hombre de sesenta y cinco años, un hombre vulgar, un hombre común, un hombre hijo y heredero de todos sus tópicos, contacta, por carta, con una viuda que se hace anunciar en una nota de revista, dentro de esos viejos y apolillados semanarios sentimentales. Hasta ahí la trama, la cosa argumental. El resto es literatura. Reivindicar, sin altisonancias, la Epístola, la carta, como medio de comunicación es, según lo entiendo, apostar por un sentido literario de lo verbal-escrito y por una sublimación, lírico-imaginativa, de las relaciones. Escribimos cartas, nos escribimos en ellas, supongo, para que otros al descubrirnos no nos teman y, en cierto sentido nos salven en el reconocimiento. Es algo así de simple, algo así de humilde. Y Delibes, novelista que hace bueno aquello de Ortega referido a Azorín, escritor de «los primores de lo vulgar», construye con semejante esquema una prosa rica, matizada, dulce,

JOAQUIN CALOMARDE

« Yo solamente hojeaba la revista por encima pero, al transitar por la página que inserta su minuta, algo tiró de mí, se diría que aquellas líneas estaban imantadas, cobraron de repente relieve y movimiento, de modo que no pude sustraerme a su llamada.» Lo mismo me ocurre a mí siempre que comienzo, de nuevo, a leer la prosa de Delibes. Es como si algo, que no acierto a definir, tirase de mí, sin quererlo lo sé, pero con efectividad, con tino, con una cierta vehemencia. Y esto, a lo que aludo, se vuelve a reproducir al leer ese Epistolario amoroso, tierna, irónica y dulcemente amoroso que es «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», la última producción novelística de Miguel Delibes.

suave, melancólica, irónica y sobria con la que describe espléndidamente todo aquello que pretende contar. Eso, lo que pretende contar, no es sino la repetición constante de la monotonía, la repetición constante de lo vulgar, de lo genuinamente humano, de lo simple y lo elemental. ¿Cuáles son las características del personaje? Veámoslas: «Soy un hombre irresoluto y, a veces, pienso con amargura que me moriré sin conocerme. ¿Sabe usted en todo momento a qué obedecen sus decisiones? ¿Nunca se dejó arrastrar por las circunstancias? ¿Jamás actúa por intuición, indignación o temor? Justo eso. Un hombre vulgar, soterrado, solo y melancólico. Es este ser, este hombre, quien sin saber por qué, aciegamente, incia esa correspondencia amorosa y, justo en ese hecho radica su voluptuosidad: en atreverse a escribir, en atreverse a franquear el umbral suicida de la comunicación para ponerse en contacto con un personaje típicamente novelesco, inexistente pero tangible. La silueta borrosa de un nombre de anuncio. El lenguaje epistolar de Delibes es comedido, extremadamente austero, sin ninguna concesión a algo que no sea castellano. Delibes, lo dije hace tiempo al comentar «Los santos inocentes», es el escritor de Castilla por excelencia. Pero hay que tener en cuenta que la Castilla entrañable del novelista es la mísera y pobre, la Castilla de las milanas y los oscuros conventos a lo largo y ancho del mar amarillo, la Castilla aquella que cautivase a Machado: «tierras tristes, tan tristes que tienen

alma»; la Castilla de Miguel Delibes es Valladolid o Burgos y esto le suena extraño, próximo también a un Mediterráneo, deben ser cosas de la miseria.

Miguel Delibes, el gran novelista, ha escrito un largo y hermoso Epistolario de amor. Porque, a veces, cuando el tiempo ha pasado, cuando ni las ilusiones ni las sublimaciones adolescentes existen ya, supongo, el amor debe ser esto: la búsqueda sola de compañía y nombre, el amor debe de parecerse mucho al café con leche, a las sábanas limpias, a las alacenas repletas de membrillos o codornices, al calor de un brasero, sobre todo cuando, como el personaje voluptuoso de la epístola delibesiana uno ha entrado ya en la última recta, en el camino sin ribera y sin retorno, en el último sendero que lleva a ninguna parte. Ahí, en ninguna parte, desde ella, se erige la soberbia prosa de Delibes. Prosa que no asombra por lo austero, pero que cautiva por lo humilde, respetuoso y sincero. Leer a Miguel Delibes, leerle despacio, como se merece, con el ritmo lento que él impone a su prosa, es entrar en un mundo recreado, lírico, de sugerencias e insinuaciones, delicado, matizado.

«Pero a lo que iba, señora. Yo soy un enfermo saludable o, si lo prefiere, un enfermo que nunca se muere ni acaba de sanar del todo.» Quedan lejos la Régula o el Azarías de «Los santos inocentes»; queda lejos aquella especie de esperpento castellano. Aquí la prosa de Delibes se quiebra, se hace más honda, más familiar, más íntima, más



entrañable, también más desesperanzada, aquí no ocurre nada, es una historia trivial de una trivialidad: la cotidianidad, la vejez, la remembranza, la muerte, el amor. El viejo de la «Hoja roja» lía, una y otra vez, su cigarrillo eterno con el papel amarillento de estas cartas. En cierto sentido este Epistolario es una síntesis de los temas principales de la novelística de Delibes: el campo, la miseria, la naturaleza, lo elemental, lo humano, lo vivo, la muerte, el tiempo, la conciencia y la descripción de unos seres toscos, quizá primarios, lejanos, por ejemplo a los de Cela, pero incrustados como un matojo en una hilera de trigo de cualquier meseta. La prosa de Miguel Delibes es eso: campo castellano, milanas, cielo azul, cartas a una viuda, amor desentrañado, extranjero, agonizante, un cigarrillo en un casino, castellano adusto y seco, adjetivación exacta, limpieza. Y uno termina el libro, la prosa, con una sensación de infinita angustia, amargura. La vida es esto, a veces, ni eso. Delibes se atreve a contarlo, a contárnoslo, con la sutileza y extremada delicadeza que le caracterizan. El amor, la soledad, la vejez y la muerte bien valen un Epistolario. Sobrevivir, a veces, exige unas cartas, aunque sean a una desconocida de quien ninguna respuesta esperamos, quizá por ello entonces escribamos eso, cartas, esparcidas letrillas, un epistolario de amor.

Delibes, Miguel:
«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso»
Destino: Barna, 1983.

ABC
entrevista

Miguel Delibes, la vida en gris

Como para cazar al lector, al lector furtivo —al otro lo apresó Delibes hace treinta y tantos libros— ha utilizado de reclamo la misma astucia que emplea cada domingo para hacerse con la «brava patirroja». El cebo, esta vez, lo ha subido al título: «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», que acaba de aparecer en las librerías. Pero sólo el título se libra de esa especie de magma de tristeza, patetismos y soledades que reina dentro. La cuestión es que nunca dice haber levantado curiosidad tan grande un libro suyo, nunca tan esperada la novela y tan reclamado el escritor como ahora mismo. Y sospecha que debe ser por esas señas falsas que ha lanzado al aire, pero que, de verdad, no se ha creído nadie. Por lo demás, sigue Miguel Delibes tan apacible y tan triston como habitualmente. La misma expresión, que parece un barbecho de melancolías; los mismos ojos,

Es la hora en que Miguel Delibes lee un rato y contesta las cartas recibidas. Después de comer. Y mientras nos observa ese padre con su hija del cuadro de Vela Zanetti «que tanto me ha acompañado estos años», va contando con calma y sin entusiasmo alguno que esta última novela es una historia de amor tardío, triste como ella sola, entre un jubilado y una mujer a quien no conoce, pero vislumbra a través de la correspondencia que le proporciona un consultorio sentimental. El sexagenario va rejuveneciéndose carta a carta y acaba pareciéndonos un adolescente apasionado.

«Siempre vi en estos consultorios una especie de filón novelístico, por todo el patetismo y la desolación que encierra este tipo de correspondencia que, por otro lado, es la única viva, detenida, apasionada y minuciosa que queda. El resto de los asuntos no se resuelven ahora por carta, sino por teléfono. Así que, apelando a este resquicio que el tema epistolar me brindaba, comencé hace casi cuatro años a tomar las primeras notas. De finales del setenta y nueve data el comienzo de la novela, que refleja un trasfondo de la realidad española de aquellos días.

La antítesis de Delibes

El sexagenario en cuestión es la antítesis de Miguel Delibes. Es un tipo arribista, sórdido, «sabelotodo», aprovechón, que, a juicio de su autor, no merecía correr mejor suerte. El único sentimiento que le ha inspirado en estos dos años de trato con él ha sido el de piedad. «Pero como a mí me encanta poner voces —dice Delibes—, me encuentro muy a gusto cuando logro desdoblarme en un personaje tan ajeno a mí y contar su vida. Hay, de todos modos, en la novela, varias apoyaturas reales. El

protagonista ha sido, como yo, periodista y catedrático; también yo me rompí, como él, el peroné, y algún otro detalle está arrancado de mi vida.»

Así como literariamente Delibes sitúa a estas cartas relativamente cerca de «Cinco horas con Mario» —«aquí también vamos conociendo a dos personajes a través de las manifestaciones de uno de ellos», biológicamente corresponden al final de ese mundo de ilusiones que

mitad dulces, mitad verdes; la voz tan tibia y tan modesta, y metido como siempre en su cazadora, ajustada como para toda la vida. Miguel Delibes tiene ahora sesenta y tres años y ese aire de buena gente y esa esencia de hombre libre van tomando en él cada vez más consistencia. Sólo una novedad ofrece en apariencia. Se ha pasado de la picadura, que le ha acompañado cuarenta años, a los cigarrillos normales. Porque pasar completamente del tabaco, me dice, hubiera sido demasiado. El resto, igual, pero con un poco más de escepticismo: «Yo siempre he mirado a la vida desde su ángulo sombrío y, lógicamente, con los años las ilusiones se adelgazan y las creencias casi, casi, desaparecen. No es cuestión de motivos, sino de genes. Sé que no voy a cambiar. Bueno, sí. Sé que voy a ir a peor...», asegura sonriente y lacónico, bastante feliz en el fondo, con sus hijos y sus libros todo el tiempo rodeándole

lado. Una vez que me sumerja en ese magma que es una novela en formación estoy siempre en disposición de meterme hasta el fondo en el personaje, sea cual fuere su edad y su calaña.

La vida en gris

—Hay quien dice que lo más autobiográfico de «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» es ese aroma triste y depresivo que destila.

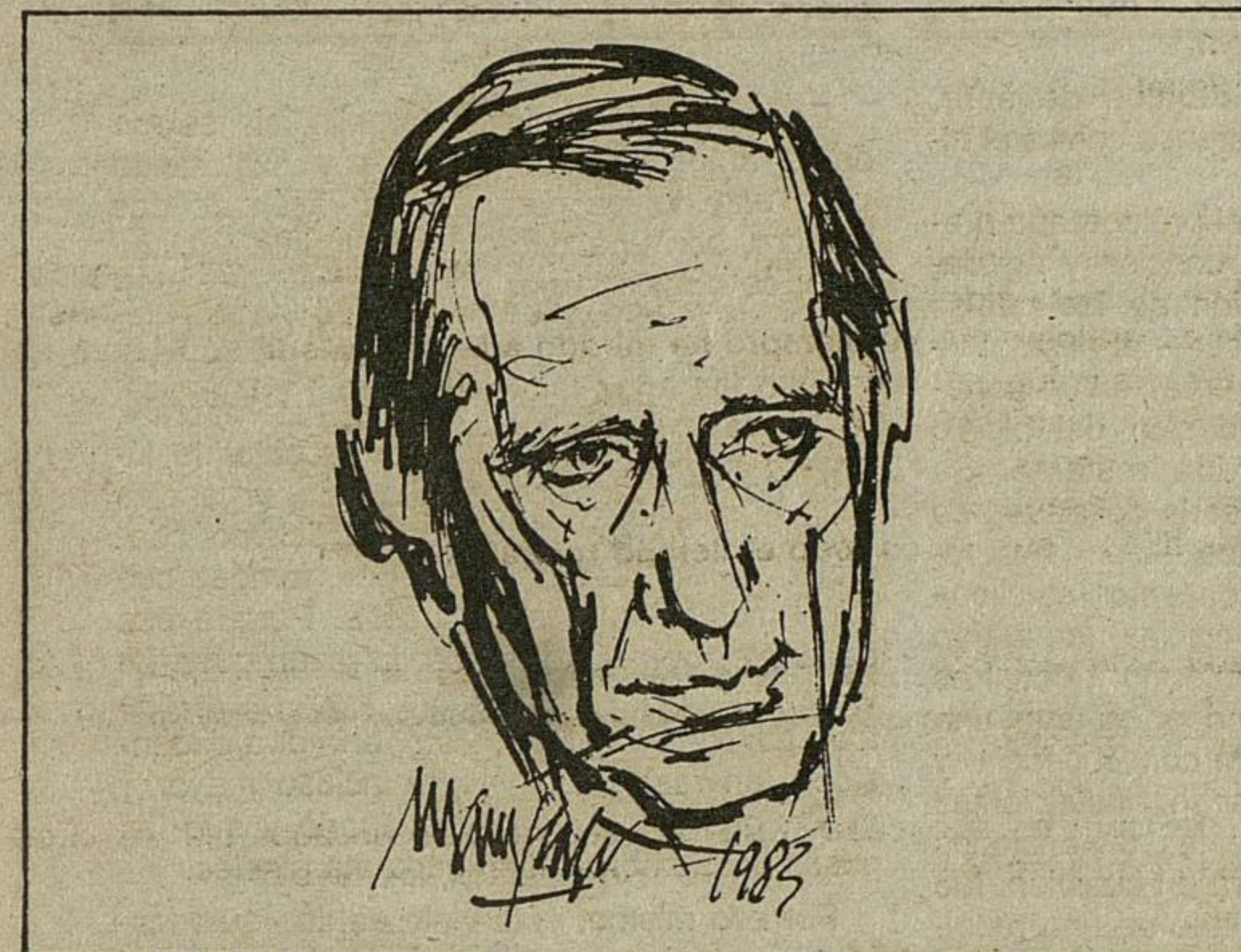
de motivos, sino de genes. Yo no tengo duda de que esto será siempre así. Ciertos momentos de exaltación y optimismos que serán en seguida desbancados por los otros momentos, los de siempre.

Cuesta abajo por esos descampados, y con una naturalidad pasmosa, Delibes cuenta que a su congénita depresión se va sumando con el tiempo una dosis respetable de escepticismo. «Esto, sí —dice—, es cuestión de años. Vas aumentando años y vas quitando ilusiones y cosas en las que esperar y creer. Yo ahora no creo en casi nada y en casi nadie. ¡Qué pocas cosas me quedan en las que creer!»

—¿En qué cree, por ejemplo?

—Pues, pese a los atentados diarios que veo contra ella, creo en la familia; creo en los hijos y creo en los padres, que ya desaparecieron. Considero que es una forma no ya cristiana, sino lógica de conformar la sociedad. La de los pájaros, la de los peces no se conforman de otra manera. Yo en mi familia creo a pies juntillas. Mi familia ahora son mis hijos, y es, sin duda alguna, lo más importante que tengo. Vivo habitualmente con Camino, la pequeña, y los fines de semana vienen Adolfo y Juan, que están solteros. Y arriba, con una escalera interior, vive Elisa con su marido y sus cuatro niños pequeños. Así que los oigo continuamente y estoy siempre con gente.

También creo —dice como para desdramatizar, como para quitar esos flecos de ternura que hayan podido quedar— en lo malo y dañino que resulta el tabaco para la salud. Yo he dejado la famosa picadura, que atraía tanto a los fotógrafos y que fumaba desde los quince años, y la he sustituido por el pitillo convencional, menos entretenido, pero también menos dañino para la



salud. Y en alguna otra cosa creo, aún en el diccionario de la Real Academia, pero que hace poco ha sabido el nombre de todos los que no están porque un biólogo inglés

Los pájaros, en la jaula del diccionario

También en lo rural, en las gentes del campo, en las cosas pequeñas. A Miguel Delibes le dan una pena terrible las gentes que tienen que vivir en una gran ciudad. Más pena todavía las que pudiéndolo evitar no lo hacen. Este es, fundamentalmente, el motivo por el que Delibes apenas pisa la Real Academia. Le horroriza Madrid y el alboroto, la pérdida de tiempo, la prisa y la vaciedad que trae consigo. Con la Academia, además, se siente un tanto defraudado. Y no es que, «como se ha dicho por ahí», se encuentre lejos de los académicos, es que «creo, sinceramente, que no tengo nada importante que añadir ni nada que enriquecer como no sea del mundo de la caza y de la pesca, del que soy en la Academia el único representante. Yo creo que en este terreno sí podría hacer algo. Pero hace cinco o seis años que tengo en la lista de espera a unos cuarenta pájaros que no hay forma de poderlos meter en la jaula del diccionario. La cosa me disgusta porque estas definiciones, y también algunas expresiones de tipo rural, estaban ya supervisadas y corregidas por los más prestigiosos ornitólogos que hay en España, que son los de Doñana. Y no veo el motivo del retraso del pobre charrancito o del serín, y tantos otros.»

Cuenta Delibes que desde mucho tiempo atrás conocía el nombre de numerosos pájaros que no estaban

en el diccionario de la Real Academia, pero que hace poco ha sabido el nombre de todos los que no están porque un biólogo inglés

- **Se prepara en París el estreno de «Cinco horas con Mario», se traduce al eslovaco «El príncipe destronado» y se rueda en Cáceres «Los santos inocentes»**
- **«Tengo pergeñadas tres próximas novelas que hablarán de la guerra civil, de la arqueología y de la vida de un escritor»**
- **«Nunca ha despertado tanta curiosidad un libro mío como este último»**

ha escrito una tesis sobre los pájaros españoles y ha dedicado uno de sus capítulos a enumerar los que todavía no están recogidos en ningún diccionario español. «Figúrate estos días «Los santos inocentes», dirigida por Mario Camus. Y piensa ir Delibes a supervisar el rodaje. Sólo he visto el guión que Camus puso en mis manos para que atusara los diálogos y ese lenguaje propio del mundo de las cacerías, que no suele ser de conocimiento común. De Azarias hace Paco Rabal y creo que está espléndido.

Insiste en que otra cosa no puede aportar a nuestra lengua y que su lenguaje literario lo encuen-

«El protagonista de mi última novela es la antítesis de Miguel Delibes»

tra los fines de semana cuando sale a cazar o pescar, según la temporada. Entonces —dice— encuentra también el momento más feliz de la semana.

A la caza de la perdiz

—Este domingo saldré también al campo. A cazar perdices. Iré con un hermano mío y con dos de mis hijos, cazadores también, y pasamos por lo general un buen día el domingo. Somos felices así. Salimos muy temprano en coche, porque el cazadero está en la provincia de Burgos, en Santa María del Campo, y cazamos hasta las tres de la tarde. Sólo perdices, sí. Después vamos a comer a un asador muy simpático que hay en Quintana del Puente, al lado de Torquemada, y charlamos y comentamos el día

Se hace mucha ilusión, sí, ver en la pantalla moverse y hablar en alto a estos personajes míos. Supongo que el resultado será bueno.

También en París —dice Delibes con cara de asombro— quieren hacer teatro «Cinco horas con Mario», según me ha dicho por carta una escritora francesa, y, puesto a darte las últimas noticias, «El príncipe destronado» acaba de salir traducido al eslovaco.

Tres próximas novelas

Se encuentra últimamente Miguel Delibes sumergido en la relectura —«lo que hago fundamentalmente es releer; no, no he leído ninguna de las novelas españolas aparecidas últimamente»— del último tomo de la obra de Proust —«que es el que a mí me da las claves de todo lo demás»— y releiendo también «La biblia de España», de Borow, que le resulta de los libros más divertidos que han caído nunca en sus manos. Y sumergido, sobre todo, en una pasión, todavía incipiente, a la que le ha empujado uno de sus hijos. Se encuentra ahora Delibes apasionado con la arqueología. Tan apasionado que piensa ya meter a una de las tres novelas que tiene ahora «in mente» poco menos que en un dolmen o algún otro hallazgo arqueológico importante, «porque tengo ya el veneno dentro y he comprendido que es un mundo fascinante que merece la pena sacarlo de las profundidades y de los siglos».

Otra novela también pergeñada abordará la guerra civil española. No quiere decir aún desde qué ángulo y de qué manera, y otra tercera va a relatar el caso de un escritor y su desdoblamiento continuo en los distintos personajes de sus novelas. «Será la biografía de un escritor, que tampoco sería yo, con un análisis profundo de su verdadero ser y su apariencia.» ¿Cuándo? Pronto. Yo soy un escritor que publica casi una novela por año. De ahí mi asombro por el caso que todavía me siguen haciendo. Sobre todo con esta última novela, de título tan sospechoso y delatador. Debe ser precisamente por eso por lo que se habla de ella, porque después de treinta y tantos libros...

Blanca BERASATEGUI

tontería de andar con podómetro"

Miguel Delibes, el famoso escritor de Valladolid, ha descrito el largo rosario de soledades y justificaciones de Eugenio Sanz, el ex periodista que protagoniza su última novela, *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*. Lo ha hecho a través de un monólogo en el que se unen la ficción, sus experiencias periodísticas y Castilla

El rosario de fracasos del último solitario desplazado

El periódico- 19-11-83

Miguel Delibes, a sus 63 años, se mantiene adicto a una propensión: al Delibes solitario, «mas bien apartado y huraño. Lo que no quiere decir que luego me pase muy bien en una reunión con poca gente». Confiesa que un encuentro de seis es una cifra correcta. Lo sigue repitiendo y la boca se le ensancha de cordialidad cuando dice: «Soy enemigo acérrimo de las grandes concentraciones, de las concentraciones de escritores en la Casa del Rey y de los mítines. El público del fútbol me saca de mis casillas. La muchedumbre me abruma. He llegado a decir que amo a mis semejantes de uno en uno, pero en moneda, no».

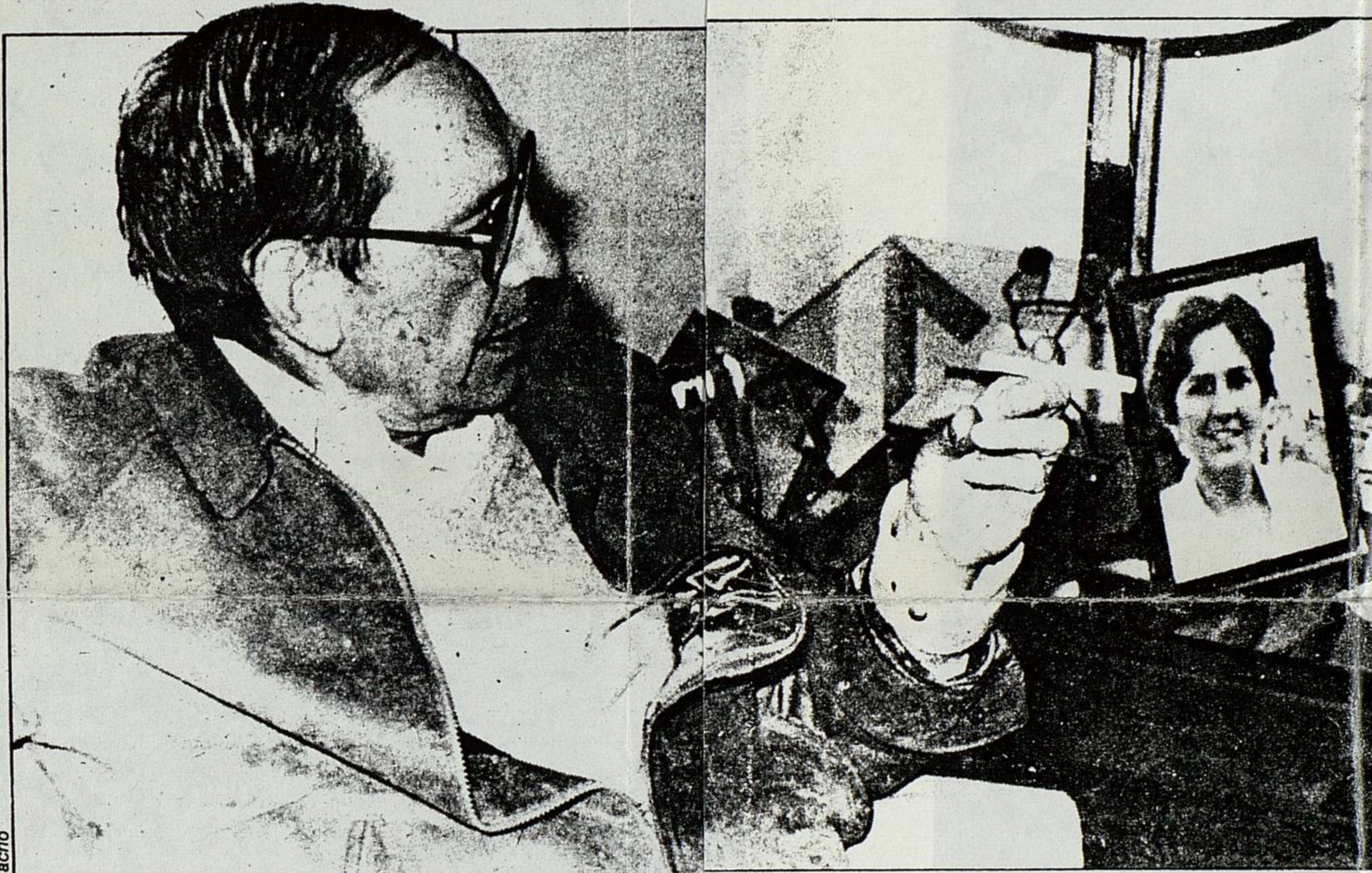
Rehúsa ir a presentaciones de libros y declina el honor de hacerlo con los propios, propensión que le ha llevado a un acuerdo con su editorial: presentar sus obras una vez cada tres años, «y este año me toca», dice.

El monólogo de Eugenio

En su última novela, recién publicada, *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, Delibes cuenta las fantasías de un ser solitario que, mientras habla de sí mismo, habla también de todos los demás. Eugenio Sanz, el protagonista de 65 años, ex periodista, recapitula y justifica su vida a través de las cartas que escribe a una interlocutora que conoce por medio de un consultorio sentimental.

«Los consultorios me han llamado la atención desde que la gente ha dejado de escribir cartas. Los he consultado como mera curiosidad. La carga de humanidad que lleva cada uno de ellos es como un SOS. En cada pequeña minuta, como dice el cursi de Eugenio, veía una novela y ésto desde hace tiempo. Desde hace dos años noté que tenía que escribir. Lo que ocurre es que la novela que yo veía la más triste, la más dramática».

Cartas de amor es el monólogo de un ser fracasado. «Fracasa, fracasa —dice Delibes— pero creo que los tipos como este señor, si no en la vida, en las novelas deben fracasar, porque si no, dejarían un registro muy amargo. Un ser que va tejiendo una amada invisible, y ante esta mujer, quiere pare-



Miguel Delibes, vocacionalmente apartado, en su casa de Valladolid

MIGUEL

cer intachable, no ya bondadoso, sino ejemplar, lo mismo hace en su trayectoria profesional y sentimental». No reconoce que busca mujer, ni su arribismo profesional, ni sus deseos incestuosos con sus hermanas. «El se argumenta a su manera. ¿Usted no ha sido nunca llevada por su propio deseo? Desear es pecar ya. ¿Cómo puede uno contradecir su propio deseo?». El escritor Delibes, con treinta títulos publicados, sigue fiel a su premisa: «Para construir una novela se necesita un hombre, un paisaje y una pasión». En su último libro, trata de frente por primera vez el tema del amor. El paisaje sigue siendo Castilla.

Un hecho real

Las cartas son su pretexto para dar voz a un personaje. «La Castilla que describo, la localizo en la parte de

Burgos, por la zona de Villarcayo. Es la Castilla Alta, montuosa, con vegetación, realmente pobre en todos los sentidos, porque si no hay cereal, tampoco hay ganadería. Una Castilla despojada o con una población muy vieja. Los de ciudad van allí sólo a pasar sus vacaciones».

El ex periodista Eugenio Sanz es la síntesis de unos hechos reales que Delibes vivió a través del periódico *El Norte de Castilla*. En 1943, se echó al director, Francisco de Cossío, y a tres redactores más.

«Al imponer el director, temimos que nos obligaran a aceptar otros tres redactores, de modo que fui a Madrid a presentarme a un examen para obtener el carnet. Nunca me propuse ser periodista. Depusieron al director y reintegraron a los periodistas, de modo que

nuestro temor fue excesivo. Pero en la novela lo hago real».

También integra en el relato su experiencia como director de este diario. «Es el director que echan porque inicia una campaña a favor del campo castellano. Fue con Fraga. Dimítte porque no podía callarme, ni tampoco quedarme como un hombre de paja».

Andar, cazar

Miguel Delibes tampoco se propuso ser escritor. Estudió economía por hacer algo. «Recuerdo que ya leía los libros de Garrigues, el que murió, con interés literario. Pero siempre tuve aficiones artísticas. Hacía caricaturas, los rasgos por lo menos los conseguía».

Cultiva su afición a la caza de un modo selectivo. Sólo mata piezas pequeñas, perdices y liebres, «los bichos

grandes me parecen cadáveres. Tampoco cazo como esos señores que los asalariados les empujan la caza al puesto. A mí me gusta andar y hacerme mi propia suerte». Pasea todos los días unos diez kilómetros. «Como vivo en Valladolid fácilmente puedo irme al campo. Llegué a la tontería, hace años, de usar un podómetro, un cuentapasos, que me regalaron mis hijos como una broma. Me lo plantifiqué en el pantalón y todos los días media los nueve, once, doce y así. Lo perdí, y casi me alegro, porque uno acaba casi maníaco. Llegaba a casa y si sólo había andado los nueve y medio, me daba dos o tres vueltas por la manzana para completar. Ahora vivo mucho más tranquilo. Paseo por campo abierto y sólo voy a mi casa de Sedano cuando hace buen tiempo». — María Pila.

Pesimismo ante el futuro de Castilla

La Castilla de ahora la ve mal. «No acabo de encajar que haya aquí un parlamento; llevamos tantos años dependiendo de Madrid... Siento que en Castilla no se siente la autonomía. Nos la han dado por añadidura, pero cuando casi nadie la pedía».

En el aspecto económico, la entrada en el Mercado Común no va a ser una panacea para los productos de nuestra tierra. La remolacha que nosotros producimos, el trigo y el centeno se producen más baratos en la Comunidad».

Hace un gesto amargo y prosigue: «Hay una parte de Castilla a la que veo abandonada y arruinada, es la parte alta, ésa del libro, se ha quedado sola, han abandonado los pueblos de la montaña primero, ahora los de los bajos, porque no hay un solo puesto de trabajo. Y en eso culpo a las autoridades de Madrid y quizá también a nosotros los castellanos, a la falta de iniciativa. La veo irrecuperable porque la población es vieja. ¿Qué se puede esperar? ¿Que los de la ciudad vengan a colonizar el campo? Van a pasar allí sus vacaciones, pero no volverán a la tierra. Los núcleos urbanos se convierten en grandes cabezas para unos miembros entecos. Valladolid tiene alrededor de 400.000 habitantes y la provincia 10.000. No veo fácil la salida de Castilla, no sé si cabría una industrialización».

CULTURA

«Carta de amor de un sexagenario voluptuoso», la última entrega de Miguel Delibes

MADRID. (Colpisa).—A don Eloy, el entrañable jubilado de una de sus novelas, le salió, tal como lo temía, la hoja roja en su paquetero de papel de fumar. Significaba un aviso: El paquetero se iba a acabar. En la vida jubilada de don Eloy tenía una significación: Le había llegado también su hora vital. Miguel Delibes hasta hace poco tiempo fumaba cigarros que se hacía él con las manos; ahora, ya no. Ya no le podrá salir pues la hoja roja en su paquete de papel de fumar.

Confiesa, de todos modos, que la posibilidad de que le salga la hoja roja en su capacidad de escritor es obsesión antigua, que le viene desde la tercera o cuarta novela —y ha escrito quince historias largas—; obsesión ésta que ha sabido sacudírsela de encima, escribiendo novela tras novela. Desde hace unos días está en las librerías «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», su última entrega, que ha publicado, como casi siempre, su editor, José Vergés, de Destino.

«Es evidente —dice Delibes de entrada— que cada historia, cada novela, requiere un tratamiento, y mientras uno no tenga la técnica en que va a expresar esa novela, esa novela no puede nacer.»

Desde el mismo título sabe el lector que le espera en el interior del libro: Una historia de amor contada a través del género epistolar. «Me divierte —se explica el novelista vallisoletano— recoger en mis libros, tipos, personajes, técnicas de novelas que están pasadas o están pasando a la historia. Así he descrito personajes en situaciones límites: El ratero, Cecilio Rubes, el jubilado y la



ARCHIVO

criada analfabeta de «La hoja roja» y tantos otros. Hoy, supongo que no será fácil encontrar un ratero que viva de cazar ratas o un burgués de la vacuidad de Cecilio Rubes o unos tipos tan elementales como don Eloy y Desi... En este caso, en esta novela, que acaba de aparecer, me ha llamado la atención la técnica epistolar que tanto se cultivó antaño y no tanto hoy día, pues las cartas han sido sustituidas por las llamadas telefónicas. Como novelista he ido al único mundo en donde las cartas siguen siendo protagonistas, el mundo de los solitarios que están buscando compañía.»

TIPOS Y TIPOS

El procedimiento recuerda un tanto a una de las más célebres y mejores novelas de Miguel Delibes, «Cinco horas con Mario», pero con una diferencia capital, le apunto al escritor. En «Cinco horas con Mario», a través del monólogo de Carmen, su mujer, el lector va conociendo el personaje Mario, cosa que en este caso ocurre mucho menos, dado que Eugenio Sanz, el «sexagenario voluptuoso», apenas deja en-

trar a Rocío, la mujer sevillana, interlocutora epistolar. «Mi intención, con esta técnica, y si ocurría con «Cinco horas con Mario», es conocer a los dos personajes a través de las manifestaciones de uno sólo. Lo que ocurre con Eugenio Sanz es que es demasiado proclive a las divagaciones, a las digresiones y deja poco lugar a los demás. Cosa que no ocurre con la otra novela, que era más larga, también, no hay que olvidarlo, y en donde las reconvenções de Carmen a su marido, Mario, le hacían adquirir a éste más relieve, más importancia, que el de esta correspondencia sevillana.»

Un escritor como Delibes, que ha creado personajes tan inolvidables como Dani («El Machuelo»), don Eloy, Lorenzo, etcétera, que debe sentir ante personajes tan «impresentables» y tan patéticos, a la vez, como este Eugenio Sanz. Delibes sonríe: «Siento un desprecio piadoso hacia estos personajes, que desgraciadamente son tan frecuentes como los otros. Y un novelista no cumple con su deber si no retrata a tipos presentables e impresentables.»

Eugenio Sanz, el último personaje salido de la pluma de Delibes, es un ser, ya queda dicho, bastante «impresentable»; es un jubilado que no tiene nada que ver con aquel otro jubilado, don Eloy, el de «La rosa roja». Entre uno y otro han pasado más de veinte años. Se me ocurre pensar que la visión del hombre que tiene Delibes ha cambiado, se ha hecho más negativa. El novelista me tranquiliza en seguida. «No, no, no es más negativa. Lo que ocurre es que la vida de aquel viejo entrañable ya la había contado y no me iba a repetir, ahora tenía que contar la historia de otro jubilado, distinto, desde luego, y el resultado es este tipo contradictorio, muy pagado de sí mismo, que es el protagonista de esta novela.»

COMPARTIR OCIOS

Eugenio Sanz es ahora un periodista jubilado, un tanto trepa, que vivió el periodismo de los años cuarenta y cincuenta. Tal vez, como el hijo de Rocío, en la novela, el lector joven se quede un tanto desencantado, porque Delibes, que conoció a fondo aquella época, desde «El Norte de Castilla», de Valladolid, se ha quedado corto mirando atrás o, tal vez, como me confirma inmediatamente el escritor, no ha querido escarbar por ahí. «Claro, mi finalidad no era ésta, dar una visión de los años cuarenta, sino caracterizar al personaje a través de lo que fue el periodismo de aquella época, aunque sin ahondar demasiado. Está claro, desde luego, que personajes como Eugenio Sanz existieron, evidentemente que sí.»

Esta última entrega de Delibes, en cuanto a volumen, no ha sido tampoco una sorpresa para su lector habitual. Por supuesto, que el número de páginas de un libro es anecdótico, pero es un hecho que Delibes cada vez escribe más corto.

El escritor, desde luego, tiene su justificación: «Ya he dicho muchas veces que la gran revolución de la literatura del final del siglo XX es hacer libros más cortos. Y esto por una razón sencilla, la novela interminable es propia de épocas en las que los ocios burgueses eran también interminables y la lectura era la única posibilidad de llenarlos. Hoy, el lector está solicitado por cientos de estímulos, la música, el deporte, la televisión, el video, etcétera, y en consecuencia, piensa que para que este género, la novela, perdure, y no entre en ese estado de premuerte en el que se le quiere situar, debe hacerse compatible con otros ocios.»

Javier GONI

IERAL ESCOBAR

comprender fuera de la época en que actuaba, y aun así.

Bien, todo ello es dramático, pero no necesariamente novelesco, y otro medio de expresión lo hubiese conducido igualmente a término sin estar cargado con esta salvedad. Ello no quiere decir que la biografía del coronel Escobar como personaje típico de una guerra, tan decisiva en un episodio clave de ella, carezca de interés. Un personaje histórico tan escueto no consigue ser un héroe de novela serenamente examinado. Es algo más valioso: nos un personaje

Antes de comprar o vender un piso
Vea nuestra sección de FINCAS PISOS
(páginas de anuncios por palabras).

LA ÚLTIMA NOVELA DE MIGUEL DELIBES

SOLEDAD Y DESAMOR PARA UN SEXAGENARIO

Por EMILIO SALCEDO

Eugenio Sanz Vecilla vive acaso la única ilusión de su vida mientras redacta unas cartas, de un 25 de abril a un 20 de octubre de 1979. Hace algunos descubrimientos: creará que ha descubierto el amor, pero quizá lo que aflora en sus recuerdos, más bien parcos, es la conciencia de una generación que ha perdido todos los trenes de la existencia, que alguna vez sólo pudo subir a los topes en precario equilibrio, sin plena conciencia de ello. «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» es la última novela de Miguel Delibes.

La literatura amorosa ha ido adquiriendo distinta forma de expresión, a tenor del cambio de los usos sociales que significan también un concepto distinto del amor, desde el Código de Tendre (amor cortesano), hasta los hábitos actuales, tan naturales para unos y tan escandalosos para quienes esclaudos en el tiempo no advierten las trampas de puritanismos fortificados en simulaciones, en razones contractuales. La novela ha sido proclive a la forma epistolar desde el «Werther», de Goethe, o «Las relaciones peligrosas», de Chardelos de Laclos. Aunque el estilo ha cambiado, ya Flaubert, en «La educación sentimental», es ter-



minante en éste haciendo una novela para el futuro, lo que nunca abandonará la novela amorosa es su carácter de «Bildungsroman», novela formativa. Así será en Henry Miller, con toda su crudeza, o generaciones antes, en Henry James, con el más penetrante de los psicologismos.

Miguel Delibes retoma el estilo epistolar, acaso porque es el uso de la segunda persona en alternancia con la primera, lo que le permite mejor un diálogo o, por ser más exactos, un monodialogo en el que el objeto del amor o reproches se va haciendo latente por su vacío, por su ausencia, por el eco, como hizo en «Cinco horas con Mario», que es una gran novela de amor y desamor, de dolor y reproches.

Hay una edad en que el hombre puede soñar con pescar sirenas en la bañera; es el momento de la plenitud que anuncia un ocaso vital, los últimos fulgores que preludian lo que se ha dado en llamar la andropausia. Eugenio Sanz Vecilla, soñando con medrar en un trabajo para el que estaba medianamente dotado desde su autodidactismo y del tren que casi sin darse cuenta tomó en marcha, arrullado por el cuidado fraterno —siempre el hermano menor de la hermana autoritaria— que veía con complacencia a la otra hermana en sus visitas periódicas colmando, como la imagen de la madre, el ideal de la feminidad del niño que se inicia en la adolescencia, no ha tenido tiempo de soñar en sirenas; acaso sólo se duchaba y bajo el chorro de agua fría es más difícil retener el sueño escurridizo y ondulado de las nereidas. Sentirá, como si fuese un mensaje de naufrago, la voz de la sirena: «Señora viuda, de Sevilla, 56 años, aire juvenil, buena salud. Cincuenta y tres kilos de peso y 1,60 de estatura. Aficionada a música y viajes...» en la revista «La correspondencia sentimental», leída al azar en la sala de espera de un consultorio médico. Que la voz, el canto de sirena, sea audible en la letra impresa para un hombre que ha pasado su vida en una redacción, oyendo el teletipo y campanilleo regular de las matrices en las linotipias, es algo de una naturalidad que encaja perfectamente con lo maravilloso, lo inesperado dentro de lo habitual.

Una historia de amor hace sentir en el enamorado la necesidad de hacer partícipe al mundo de lo que considera su felicidad, es una especie de tributo. El discurso amoroso es un juego serio, en el que hay que ir desvelando la personalidad, muchas veces el que se quiere ser o se piensa que se es, hasta

que se impone el ser real. El sentimiento amoroso es una respuesta a la fascinación, de ahí su sentido hermético, inexpresable: el deslumbramiento, la articulación de las mismas palabras en todas las historias. Aquel «no sé qué, que quedan...», de Juan de la Cruz, en su «Cántico espiritual», es la expresión de lo inexpresable, de lo inefable, que, a escala humana, vive todo enamorado. El amor está sostenido a veces por los silencios, por un lenguaje sin palabras y, en la distancia, por el recuerdo siempre deformante.

Las «cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» juegan con la posibilidad de la sorpresa, de aprehender lo desconocido y real y hacerlo próximo y tangible. Eugenio Sanz Vecilla va descubriéndose a sí mismo, con circunlaquios que no son tanto intento de falseamiento como de llegar a saber realmente quién es. De la viuda sevillana, Rocío, realmente sabemos mucho menos, acaso porque su realidad es la más oculta por las propias simulaciones y engaños. Lo sublime y lo ridículo se pueden amasar en un resultado que sólo produce melancólica ternura. No estamos en el caso trágico del periodista del «Post Dispatch», de Nueva York, que ha de consolar a los lectores desde un consultorio que firma con nombre femenino y morirá asesinado por su deseo de hacer menos desdichados a hombres y mujeres.

Es la historia de «Miss Lonelyhearts», del gran novelista americano Nathanael West. Eugenio Sanz no leía las secciones sentimentales, no creía en ellas y sólo la casualidad ha llamado su atención. Sus cartas serán privadas, un idilio progresivo hasta su final que empieza con los encabezamientos de «Muy señora mía», «Apreciada amiga», «Querida amiga», que deja asomar ya algún «amor mío» o simplemente «amor» para concluir con un desgarrado «Señora».

Es un pequeño mundo de cuya atonía y vulgaridad apenas si puede liberarse con sus sueños. Es asombroso cómo vamos aceptando, con los años, la degradación de nuestra naturaleza, acaso porque tardamos en advertirla ante el espejo diario y nos la denuncia la foto de unos años antes. Pero el ser humano con-vive y con-muere con sus achaques. Las historias de amor son romanzas de otoño en do menor y lo dramático para los personajes de Delibes es que no pueden compartir recuerdos. «Adiós, amor, vigila tus transaminasas. Yo estoy otra vez con la acidez». No son lo que fueron, no podrán ser lo que sueñan y realmente se desconocen aunque se encuentren frente a frente. «Lo importante en la vida es disponer de un interlocutor. Se vive para contactarlo, en función de un destinatario. ¿Qué hacer si éste, de pronto, desaparece?». El personaje de Miguel Delibes, ¿ha tenido realmente algún interlocutor? No ha podido unir su soledad a otras soledades, su voluptuosidad es la de unos pocos, muy pocos recuerdos, y sus achaques. La ironía con que Delibes trata al personaje se torna melancólica por el triste destino de una generación perdida.

AERPONS

MERCANCIAS POR AVION A CANARIAS

Varias salidas diarias
Mercancías en contenedores
Desgravaciones fiscales
Tráfico internacional
Precios sin competencia

— Ctra. Burgos, Km. 120,200. Teléfonos 338937 - 333822. Valladolid.
— C./ Alfonso Gómez, 39. Teléfonos 7540100 - 7540104. Madrid-17.

Cultura y Sociedad

«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», su última obra

Miguel Delibes: «Cada historia requiere un tratamiento»

A Don Eloy, el entrañable jubilado de una de sus novelas, le salió, tal como lo temía, la hoja roja de su paquetillo de papel de fumar. Significaba un aviso: el paquetillo se iba a acabar. En la vida jubilada de Don Eloy tenía una significación: le había llegado también su hora vital. Miguel Delibes hasta hace poco tiempo fumaba cigarros que se hacía él con las manos; ahora ya no. Ya no le podrá salir, pues, la hoja roja en su paquete de papel de fumar.

Confiesa, de todos modos, que la posibilidad de que le salga la hoja roja en su capacidad de escritor es obsesión antigua, que le viene desde la tercera o cuarta novela —y ha escrito quince historias largas—. Obsesión ésta que ha sabido sacudírsela de encima, escribiendo novela tras novela. Desde hace unos días está en las librerías, «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», su última entrega, que ha publicado, como casi siempre, su editor, José Vergés, de Destino.

«Es evidente —dice Delibes de entrada— que cada historia, cada novela requiere un tratamiento y mientras uno no tenga la técnica en que va a expresar esa novela, esa novela no puede nacer».

Desde el mismo título sabe el lector qué le espera en el interior del libro: una historia de amor contada a través del género epistolar.

«Me divierte —se explica el novelista vallisoletano— recoger en mis libros tipos, personajes, técnicas de novelas que están pasadas o están pasando a la historia. Así, he descrito personajes en situaciones límites: el ratero, Cecilio Rubes, el jubilado y la criada analfabeta de «La hoja roja» y tantos otros. Hoy, supongo que no será fácil encontrar un ratero que viva de cazar ratas o un burgués de la vacuidad

de Cecilio Rubes o unos tipos tan elementales como Don Eloy y Desi... En este caso, en esta novela, que acaba de aparecer, me ha llamado la atención la técnica epistolar que tanto se cultivó antaño y no tanto hoy día, pues las cartas han sido sustituidas por las llamadas telefónicas. Como novelistas he ido al único mundo en donde las cartas siguen siendo protagonistas; el mundo de los solitarios que están buscando compañía».

TIPOS Y TIPOS

El procedimiento recuerda un tanto a una de las más célebres y mejores novelas de Miguel Delibes, «Cinco horas con Mario», pero con una diferencia capital, le apunto al escritor: en «Cinco horas con Mario», a través del monólogo de Carmen, su mujer, el lector va conociendo el personaje Mario, cosa que en este caso ocurre mucho menos, dado que Eugenio Sanz, el «sexagenario voluptuoso», apenas deja entrar a Rocío, la mujer sevillana, interlocutora epistolar. «Mi intención, con esta técnica, y si ocurría con «Cinco horas con Mario», es conocer a los dos personajes a través de las manifestaciones de uno solo. Lo que ocurre con Eugenio Sanz es que es demasiado proclive a las divagaciones, a las digresiones y deja poco lugar a los demás. Cosa que no ocurría con la



otra novela, que era más larga, también, no hay que olvidarlo, y en donde las reconvencciones de Carmen a su marido Mario le hacían adquirir a éste más relieve, más importancia, que el de esta correspondencia sevillana».

Un escritor como Delibes que ha creado personajes tan inolvidables como Dani, «El machuelo», Don Eloy, Lorenzo, etc., qué debe sentir ante personajes tan «impresentables» y tan patéticos, a la vez, como este Eugenio Sanz. Delibes sonríe: «Siento un desprecio piadoso hacia estos personajes, que desgraciadamente son tan frecuentes como los otros. Y un novelista no cumple con su deber, si no retrata a tipos presentables e impresentables».

Eugenio Sanz, el último personaje salido de la pluma de Delibes, es un ser, ya queda dicho bastante «impresentable». Es un jubilado que no

tiene nada que ver con aquel otro jubilado, Don Eloy, el de «La hoja roja». Entre uno y otro han pasado más de veinte años. Se me ocurre pensar que la visión del hombre que tiene Delibes ha cambiado, se ha hecho más negativa. El novelista me tranquiliza en seguida. «No, no, no es más negativa, lo que ocurre es que la vida de aquel viejo entrañable ya la había contado y no me iba a repetir, ahora tenía que contar la historia de otro jubilado, distinto, desde luego, y el resultado es este tipo contradictorio, muy pagado de sí mismo, que es el protagonista de esta novela».

COMPARTIR OCIOS

Eugenio Sanz es, ahora, un periodista jubilado, un tanto trepa, que vivió el periodismo de los años cuarenta y cincuenta. Tal vez, como el hijo de Rocío, en la novela, el lector joven se quede un tanto desencantado porque Delibes, que conoció a fondo aquella época, desde «El Norte de Castilla», de Valladolid, se ha quedado corto mirando atrás o tal vez, como me confirma inmediatamente el escritor, no ha querido escarbar por ahí. «Claro, mi finalidad no era ésta, dar una visión de los años cuarenta, sino caracterizar al personaje a través de lo que fue el periodismo de aquella época, aunque sin ahondar demasiado. Está claro, desde luego, que personajes como Eugenio Sanz existieron, evidentemente que sí».

Esta última entrega de Delibes, en cuanto a volumen, no ha sido tampoco una sorpresa para su lector habitual.

JAVIER GOÑI

26-41-83

18

MD

ABC

SABADO CULTURAL

Número 148

26-noviembre-1983

ME aclararon mucho sobre la manera de escribir de Stendhal unas palabras de Paul Valéry, en las que acierta a verlo como un Quijote que busca siempre lo sublime o lo extraordinario, que no lo encuentra jamás, y que cae en lo grotesco, pero no le importa... Y no sé por qué ha venido a mi memoria la cita al seguir las andanzas —las escrituras— de este antihéroe que nos presenta Delibes en estas *Cartas...* Con la idea, o con el argumento en las manos, dueño de la médula de esta historia, vestida de farsa, pero profundamente dramática, al novelista le habría sido fácil construir una fábula extremada. Una sabia contención le ha hecho discurrir por estas páginas con diferenciación y personalidad. Y ocurre que el personaje escribe, se escribe, con una rara medida que nos hace pensar en un enamorado verdadero —según sus posibilidades—, en un imaginativo —al que no le lleva demasiado lejos su imaginación—, pero sí hasta las lindes de que ha sido dotado, y que no le importa caer en lo ridículo o en lo grotesco. El es quien es, y se ofrece como es, y en un proceso de amor, donde lo lógico, en quien desea conseguir la voluntad de su *enemiga*, es aderezar un poco su *aliño indumentario*, y anímico, y hasta físico, desde el primer momento apecha voluntariamente con las limitaciones que Dios le ha dado y con las que él se ha procurado crear.

Todos conocemos, porque ya se ha hecho popular en notas y comentarios anticipados, la síntesis de la historia. Eugenio Sanz Vecilla, periodista sesentón, a través de un consultorio sentimental, inicia una correspondencia que desde el comienzo se proyecta hacia *finis matrimoniales* con una viuda de cincuenta y seis años —que acaso no miente—, «aire juvenil, buena salud, cincuenta y tres kilos de peso, y 1,60 de estatura». El confiesa en su segunda carta que tiene sesenta y cinco años —edad que ella ha puesto como límite a su posible correspondencia—, que es soltero, que tiene la estatura de ella, y que pesa 85 kilos. Habla de su buena salud, pero no oculta sus goteras. Y escribe en seguida y pródigamente de sus gustos, de sus aficiones y de su pasado. Es discretamente sórdido —lo que se va deduciendo de sus cartas, y «no ha conocido mujer, hablando en el sentido bíblico», para lo que no se anda con rodeos en su confidencia.

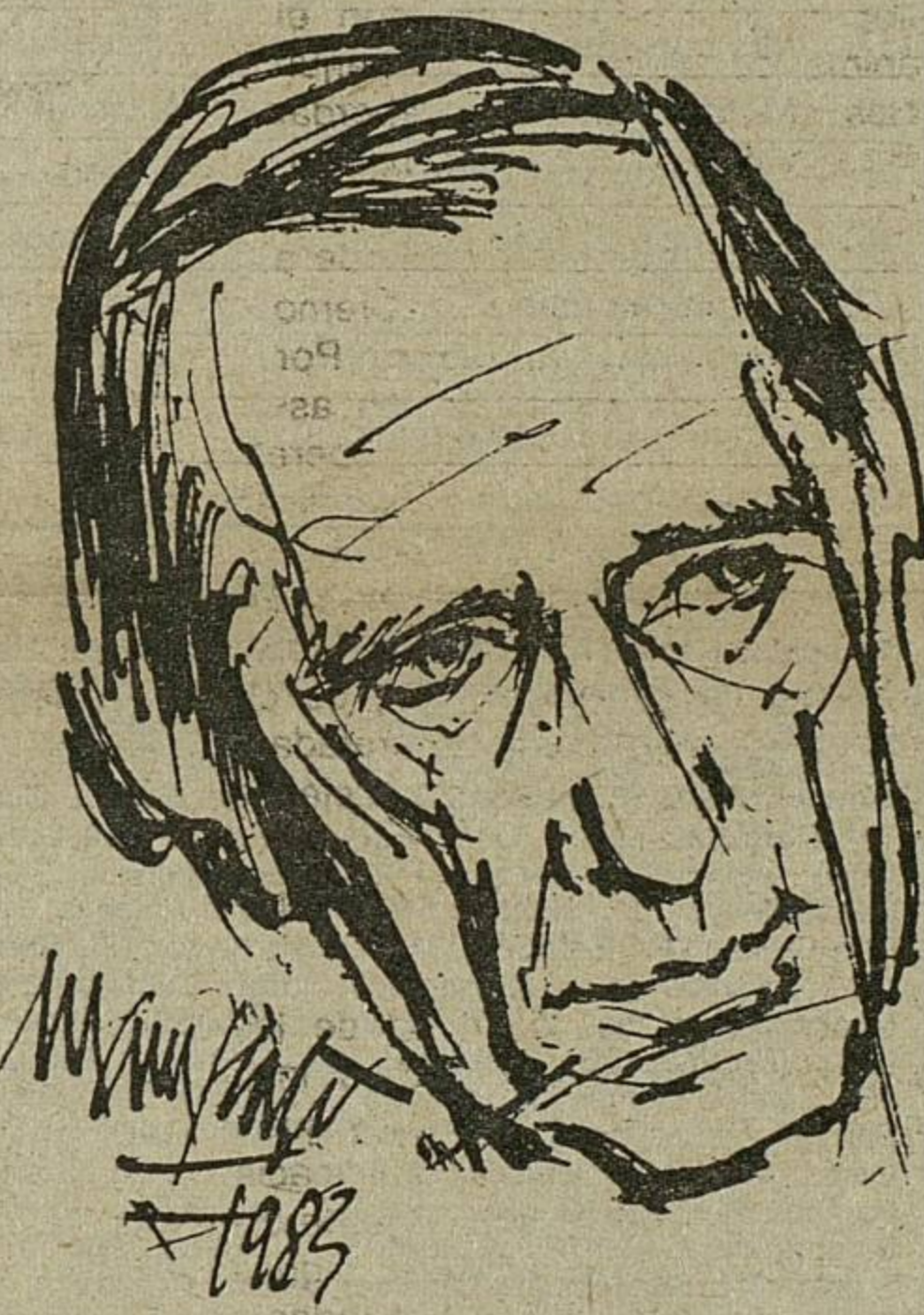
Y ya es hora de hablar del novelista. Miguel Delibes ha dicho en una entrevista que no le gusta el héroe de su libro. Sin embargo, al conformar su imagen le adorna —¿vale la palabra?— con calidades indudablemente biográficas y juega con absoluta maestría los dos platillos que alternan en la balanza de toda personalidad. Hay cierta ingenuidad, que se dibuja muy pronto, en esas confesiones primeras que ya nos prepara para que no nos

El libro de la semana

CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO

MIGUEL DELIBES
Ediciones Destino

veamos inclinados a magnificar al personaje. Pero también pronto, o un poco después, pese a la vulgaridad de este jubilado, conocedor de muchas cosas, enfrente de lo podríamos llamar cotidianidad de alma de este «encendido admirador», se levanta el fantasma



del amor que hiere con sus implacables y no conocidas armas a un hombre sencillo, inexperto y, hasta el trance propuesto, pálidamente feliz.

No quiero caer en pedantería alguna —y menos ante el autor, si me atrevo a decir que el personaje, como tantas veces ocurre, se ha alzado sobre la línea de lápiz con que Delibes dibujó inicialmente a su criatura. El amor salva siempre a quien lo da y a quien lo recibe; a quien no lo acepta y a quien lo ofrece al vacío. Creemos en la pureza de este amor, y hasta en su grandeza, por más que ese antifaz de voluptuosidad, con el que se nos ha intentado cegar, desde el título, nos haga creer a ratos en la crasitud moral o superficial del personaje. Aunque el enamorado nos diga —y le diga a ella— que prefiere «calidad de carne a cara bonita», ésa y otras observaciones que se deslizan en las cartas y que nos quieren mantener en una prevista caracterización, hay algo dramático que nos va ganando en el relato y mueve simpatía hacia este ser verdaderamente atormentado cuando una ventana insospechada se abre entre sus

mezquinas tinieblas. Ese mismo romanticismo de pequeña categoría —¿qué enamorado, por otra parte, no se aníña y toca el ridículo en sus demostraciones afectivas?— está perfectamente diseñado y es conmovedor

en un ser de su naturaleza y costumbres. Cuando le propone a ella mirar a la luna a una hora determinada para así encontrarse más unidos, le recuerda en una nueva carta: «No lo olvides. Día 25, a las doce de la noche, tan pronto Radio Nacional interrumpa su programa para emitir el informativo.» Y el golpe de humor del humor eficaz y escogido de Miguel Delibes causa en nosotros, lectores fatalmente identificados con el personaje, una dolorosa sensación de infinita tristeza.

Se apunta en estas cartas un haz de motivaciones que han podido conformar conciencia e inconsciencia del protagonista. Su origen humilde, su profesión, sin pena ni gloria, o con pequeños y artificiales éxitos, la nunca declarada inclinación por su hermana Rafaela... Y luego sus prosaicos detalles sobre la comida o sus trastornos ideológicos. Todo ello va conduciendo a torpezas que un enamorado, un poco más ducho y más habilidoso en los juegos del idilio, no cometería. De modo que cabe suponer que la tensión amorosa de ella o no existió nunca o se fue debilitando apenas iniciada. Y así la derrota final no sabemos, no lo sabremos nunca, si ocurrió verdaderamente por un acontecer inesperado o se la fue *ganando* triste y fatalmente la propia víctima del drama.

También le hubiera sido fácil a Miguel Delibes extender esta novela, indudablemente corta, pero suficiente. El escritor Miguel Delibes, capaz de hacer durar hasta lo increíble, y sin perder emoción, esas densas horas con Mario, o que se puede detener tan positivamente en sus soliloquios de cazador, aquí opera con una casi suicida economía de sentimientos. Es el lector el que está construyendo el drama con las finísimas pautas tragadas por el autor y con *media* correspondencia tan apartada de lo tenido por literario al uso.

Hay, por otra parte, una habilidad nueva, una maestría de otra índole a aquella a la que nos tiene acostumbrados el novelista. Principio y final del libro parecen apresurados. Se entra muy pronto en la acción y se sale de ella precipitadamente, sin aprovechar lo que el tema podía ofrecer. Pero es que lo sustancial está conseguido y cierto desasosiego nos queda, y nos quedará por mucho tiempo, al recordar a este amador que al tomar cuerpo cae bajo las columnas del templo que levantó, sí, él tan tosco, como un Quijote que hasta acepta lo que llama el «acre refinamiento» de su contraria.

José GARCIA NIETO
de la Real Academia Española

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

DELIBES

Publica una nueva novela sobre la ancianidad

A don Eloy, el entrañable jubilado de una de sus novelas, le salió, tal como lo temía, la hoja roja en su paquetillo de papel de fumar. Significaba un aviso: El paquetillo se iba a acabar. En la vida jubilada de don Eloy tenía una significación: Le había llegado también su hora vital. Miguel Delibes hasta hace poco tiempo fumaba cigarros que se hacía él con las manos, ahora ya no. Ya no le podrá salir, pues, la hoja roja en su paquete de papel de fumar.

Javier GOÑI

Confiesa, de todos modos, que la posibilidad de que le salga la hoja roja en su capacidad de escritor es obsesión antigua, que le viene desde la tercera o cuarta novela —y ha escrito quince historias largas—, obsesión esta que ha sabido sacudírsela de encima, escribiendo novela tras novela. Desde hace unos días está en las librerías «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», su última engrega, que ha publicado, como casi siempre, su editor, José Vergés, de Destino.

«Es evidente —dice Delibes de entrada— que cada historia, cada novela, requiere un tratamiento, y mientras uno no tenga la técnica en que va a expresar esa novela, esa novela no puede nacer».

Desde el mismo título sabe el lector qué le espera en el interior del libro: Una historia de amor contada a través del género epistolar. «Me divierte —se explica el novelista vallisoletano— recoger en mis libros, tipos, personajes, técnicas de novelas que están pasadas o están pasando a la historia. Así he descrito personajes en situaciones límites: El ratero, Cecilio Rubes, el jubilado y la criada analfabeta de «La hoja roja», y tantos otros. Hoy, supongo que no será fácil encontrar un ratero que viva de cazar ratas o un burgués de la vacuidad de Cecilio Rubes o unos tipos tan elementales como don Eloy y Desi... En este caso, en esta novela, que acaba de aparecer, me ha llamado la atención la técnica epistolar que tanto se cultivó de antaño y no tanto hoy en día, pues las cartas han sido sustituidas por las llamadas telefónicas. Como novelista he ido al único mundo en donde las cartas siguen siendo protagonistas, el mundo de los solitarios que están buscando compañía».

Tipos y tipos

El procedimiento recuerda un tanto a una de las más célebres y mejores novelas de Miguel Delibes, «Cinco horas con Mario», pero con una diferencia capital, le apunto al escritor, en «Cinco días con Mario», a través del monólogo de Carmen, su mujer, el lector va conociendo al personaje, Mario, cosa que en este caso ocurre mucho menos, dado que Eugenio Sanz, el «sexagenario voluptuoso», deja entrar a Rocío, la interlocutora

«Mi intención, con esta técnica, y si ocurría con «Cinco horas con Mario», es conocer a los dos personajes a través de las manifestaciones de uno sólo. Lo que ocurre con Eugenio Sanz es que es demasiado proclive a las divagaciones, a las digresiones, y deja poco lugar a los demás. Cosa que no ocurría con la otra novela, que era más larga, también, no hay que olvidarlo, y en donde las reconvenções de Carmen a su marido Mario, le hacían adquirir a éste más relieve, más importancia que el de esta corresponsal sevillana».

Un escritor como Delibes, que ha creado personajes tan inolvidables como Dani «El machuelo», don Eloy, Lorenzo, etc., qué debe sentir ante personajes tan «impresentables» y tan patéticos a la vez, como Eugenio Sanz. Delibes sonríe: «Siento un desprecio piadoso hacia estos personajes que, desgraciadamente son tan frecuentes como los otros. Y un novelista no cumple con su deber si no retrata a tipos presentables e impresentables».

Eugenio Sanz, el último personaje salido de la pluma de Delibes, es un ser, ya queda dicho, bastante «impresentable», es un jubilado que no tiene nada que



ver con aquel otro jubilado, don Eloy, el de «La hoja roja». Entre uno y otro han pasado más de veinte años. Se me ocurre pensar que la visión del hombre que tiene Delibes ha cambiado, se ha hecho más negativa. El novelista me tranquiliza en seguida. «No, no, no es más negativa, lo que ocurre es que la vida de aquel viejo entrañable ya la había contado y no me iba a repetir, ahora tenía que contar la historia de otro jubilado, muy pagado de sí mismo, que es el protagonista de esta novela».

Compartir ocios

Eugenio Sanz es, ahora, un periodista jubilado, un tanto trepa, que vivió el periodismo de los años cuarenta y cincuenta. Tal vez, como el hijo de Rocío, en la

novela, el lector joven se quede un tanto desencantado porque Delibes, que conoció a fondo aquella época, desde «El Norte de Castilla», de Valladolid, se ha quedado corto mirando atrás, o tal vez, como me confirma inmediatamente el escritor, no ha querido escarbar por ahí. «Claro, mi finalidad no era ésta, dar una visión de los años cuarenta, sino caracterizar al personajes a través de lo que fue el periodismo de aquella época, aunque sin ahondar demasiado. Está claro, desde luego, que personajes como Eugenio Sanz existieron, evidentemente que sí».

Esta última entrega de Delibes, en cuanto a volumen no ha sido tampoco una sorpresa para su lector habitual, por supuesto que el número de páginas de un libro

es anecdótico, pero es un hecho que Delibes cada vez escribe más corto.

El escritor, desde luego, tiene su justificación: «Ya he dicho muchas veces que la gran revolución de la literatura del final del siglo XX es hacer libros más cortos. Y esto por una razón sencilla. La novela interminable es propia de épocas que los ocios burgueses eran también interminables y la lectura era la única posibilidad de llenarlos. Hoy el lector está solicitado por cientos de estímulos, la música, el deporte, la televisión, el video, etc., y en consecuencia, piensa que para este género, la novela, perdure, y no entre en un estado de pre-muerte, en el que se le quiere situar, debe hacerse compatible con otros ocios».

Juan Oró, un científico español de talla internacional

«En 1986 se sabrá si hay vida fuera de la Tierra»

Con motivo de la concesión a Juan Oró de la Gran Cruz de Oro al Mérito Aeronáutico, la revista «Aeronáutica y Astronáutica», en su último número, publica una entrevista con este destacado bioquímico español y universal que hace años decidió «emigrar» a los Estados Unidos, dadas las dificultades existentes en nuestro país para la investigación. Su carrera profesional allí desarrollada en la Universidad de Houston y en la NASA, le han llevado en varias ocasiones a las puertas del Premio Nobel.

Una de las cuestiones que más preocupa a la humanidad es conocer si existe vida en el más allá, a lo cual el profesor

Oró contesta que «la respuesta la obtendremos en 1986, cuando se lance el telescopio espacial, que tendrá una profundidad siete veces mayor que el mejor telescopio terrestre. Entonces podremos decir si el universo es infinito o bien si el universo observable llega hasta 10, 15 o 20.000 millones de años luz y luego hay un universo no observable».

Tras responder a una serie de preguntas relacionadas con su trabajo científico, se plantea si el espacio puede ser un camino para la supervivencia del hombre fuera de la Tierra. Ante esta cuestión, dice que «en un futuro lo será, sin duda, pero aquí está el gran debate entre

tecnólogos y científicos. Nosotros pensamos que para el siglo que viene puede valer, pero ahora no es necesario. No sé si será válido para la supervivencia, pero creo que no va a ir en contra del desarrollo del hombre».

Por último, analiza el miedo de la humanidad a la desaparición: «Hay dos problemas: La destrucción del hombre por el hombre. Si se produce un holocausto nuclear será que el hombre no es lo suficientemente ingenuo para que valga la pena que continúe su existencia. Por ello, yo creo que la palabra del siglo XX es cooperación».

Considerado como uno de los

principales investigadores del origen de la vida, Juan Oró nace en Lérida, en el año 1923. Licenciado en Ciencias Químicas por la Universidad de Barcelona, se trasladó en 1952 a Estados Unidos, donde quedó adscrito como profesor e investigador en el departamento de Bioquímica de la Universidad de Baylor (Texas). Más tarde se incorpora a la Universidad de Houston y abandona la docencia para dedicarse plenamente a la investigación. Ha participado en los programas «Mariner», «Voyager», «Viking» y «Apollo» de la NASA. Fue uno de los científicos que tuvo acceso al análisis de las muestras lunares que trajo el Apolo XI.



Colaboraciones



CARTAS A NADIE

Por Ramón García

Cuando todo el mundo, a esos años, desempolva viejas y amarillentas cartas de amor —puede que olvidadas en un secretaire y liadas con una cinta cursi, malva y lacia— Miguel Delibes/Eugenio Sanz Vecilla va y se pone a escribirlas. Quizá el amor romántico no tenga edad, eso dicen, pero sí la tienen las cartas de amor. Las cartas de amor son siempre compulsivas, como el propio acto amoroso, incontroladas, pero tensas como una ballesta, certeras como una flecha. Quiero decir que siempre dan en el blanco. Y dan porque no hay más blanco en el mundo que el destinatario de tales misivas, único, singular, amor de amores, imán. Las cartas de amor sólo pueden escribirse al comienzo del camino, cuando en la otra punta nos espera —las espera— alguien, no al final, cuando ya casi todo es desesperanza.

Las «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» (1), por eso mismo, no son cartas de amor, querido Miguel Delibes. Las epístolas de tu última novela, otoñal y placida, nostálgica y meticulosa, son cartas a nadie. Eugenio Sanz Vecilla, jubilado y carcamal —la calor y el frío le abaten tanto como la vida misma— escribe en soledad y desamparo y no escribe para que nadie le lea ni le conteste, sino para imaginar que hay alguien —una viuda andalu-

za de 56 años, aire juvenil, buena salud— que se interesa por sus mezquindades y sus achaques. Cartas de desamor son las tuyas, monólogos epistolares sin respuesta posible, porque sólo hay en ellas constancia amarga del yo, de la propia decrepitud que crece y crece en cada misiva, de la soledad que se adensa y corroe el corazón. Monólogo sin respuesta, igual que el de Menchu frente al cadáver de Mario a lo largo de cinco horas. Eres un hábil clamanado en el desierto, Miguel Delibes, hablando a muertos que no replican, dialogando con estatuas que ni fruncen el ceño tan siquiera, como me ocurre a mí con la estatua del Conde Ansúrez de la Plaza Mayor, a la que todos los lunes envío mi carta con una de esas palomas mensajeras que se posan en su hombro.

¿Son las cartas de tu protagonista, Miguel Delibes, cartas a sí mismo, al menos, similares a las «Cartas a mí mismo», de Ramón Gómez de la Serna? Acaso lo sean. «Al escribirse uno a sí mismo —dice aquél— se escribe a un hombre más joven que uno mismo». Cierto.

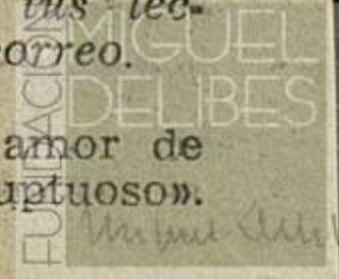
En el caso de tu novela, Miguel, tu sexagenario protagonista escribe a alguien —él— de aproximadamente 56 años, la misma edad de la viuda andaluza, mira por donde. ¿Pero qué ocurre al final? Gómez de la Serna lo confiesa: «Al hacerme lejano para escribirme, iba po-

niendo lejos lo que era más mío y me iba quedando más completamente solo. No podía ser. Me iba deshuesando».

Las cartas a uno mismo, las cartas a nadie, son un cultivo de la soledad malsana y del nihilismo aniquilador. Al final, uno no sabe ni quién es. No lo sabe Menchu, cuya única referencia de identidad era Mario, ni lo sabe Eugenio Sanz Vecilla, cuya única justificación de una historia banal como la suya es una quimérica viuda andaluza, que se va desvaneciendo a medida que avanza la novela, y que al final nos preguntamos si existió alguna vez y en alguna parte.

«Quien habla solo, espera hablar con Dios un día», eso dijo Antonio Machado de sí mismo. Pero el protagonista de tu novela, Miguel Delibes, no habla en soledad como los místicos o los líricos, sino como los resentidos que murmuran por lo bajo su desazón y su fracaso. Lo que ocurre es que tú, magistralmente, has salido revestir este resentimiento de nostalgia y de ternura. Y la novela, tu novela —sonata de otoño sin alharacas— resulta hermosa y conmovedora. Tus cartas sexagenarias, Miguel, verás qué pronto reciben emotivas respuestas de tus lectores. A vuelta de correo.

(1) «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso». Editorial Destino.



«Nuestro tiempo no está para grandes novelas»

«Uno nunca sabe bien lo que ha escrito. Es el tiempo el que decide si vale o no. Nuestro tiempo no está para grandes novelas, a fondo y con mucha complejidad, sino que hay que hacerlas compatibles con otras actividades, como la música o el deporte». La acogida de su última obra, «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», ha sorprendido a Miguel Delibes «por el ruido que ha producido». Asegura el autor en entrevista concedida a «Lid» que el personaje del epistolario, «un tipo poco grato», nada tiene que ver con él.

«El personaje lo he tomado en parte del natural, pero está sensiblemente inventado. Teme no tener tiempo para disfrutar de la vida. Tiene 65 años y está en la luna. Descubre la voluptuosidad y el amor en el erotismo».

Miguel Delibes, definido muy a su gusto como el escritor de Castilla, recurrió al género epistolar para su última obra. «Había visto los consultorios de las revistas. Entonces pensé: en estas soledades se encierran novelas».

Usted consiguió el Premio Nadal en 1948 con «La sombra del ciprés es alargada». ¿Le gustaría ganar más premios? ¿El Cervantes, por ejemplo?

«No tengo una gran ambición y mucho menos respecto al dinero, quizá porque no me falta. Como honor, un premio es siempre gratificante».

El escritor castellano no comprende muy bien la autonomía de su región. «Es una complicación política más». La justifica en el caso del País Vasco y Cataluña, pero no acepta lo del «Café para todos». Para el futuro prevé que «la Castilla cerealista sobrevivirá perdiendo habitantes, mientras que la zona montañosa quedará semibandonada. Sus terrenos serán aptos para el ganado».



Delibes, cada vez más breve.

—¿Qué opinión le merecen el ecologismo y el pacifismo?

—Yo soy un ecologista, un defensor de la naturaleza. Con frecuencia esta doctrina se monta sobre un movimiento politizado y eso no me interesa. Cuando hablo contra los misiles, hablo contra lo de los dos bandos.

—¿Es usted pesimista en cuanto a la situación de la humanidad?

—Dicen que el mundo progresa, pero a mi juicio sólo lo hace en cuanto a la tecnología. Cada vez va a peor.

Miguel Delibes, el autor de «El disputado voto del señor Cayo», «Las ratas», «Diario de un cazador» o «Los santos inocentes», que rueda ahora Camus con Paco Rabal, ha hecho también incursiones en literatura infantil. En «Tres pájaros de cuenta» observó que «los niños exigen que hablemos como lo hacemos normalmente. Esta literatura exige ir derechos al grano. Tomar un tema y apurarlo. Hay una diferencia esencial respecto a los adultos».

Define al intelectual como «el hombre que piensa y ayuda a pensar». Y puntualiza: «Yo no he alcanzado esa categoría. Me limito a contar mejor o peor unas historias».

«Diario de Navarre»
30-11-83

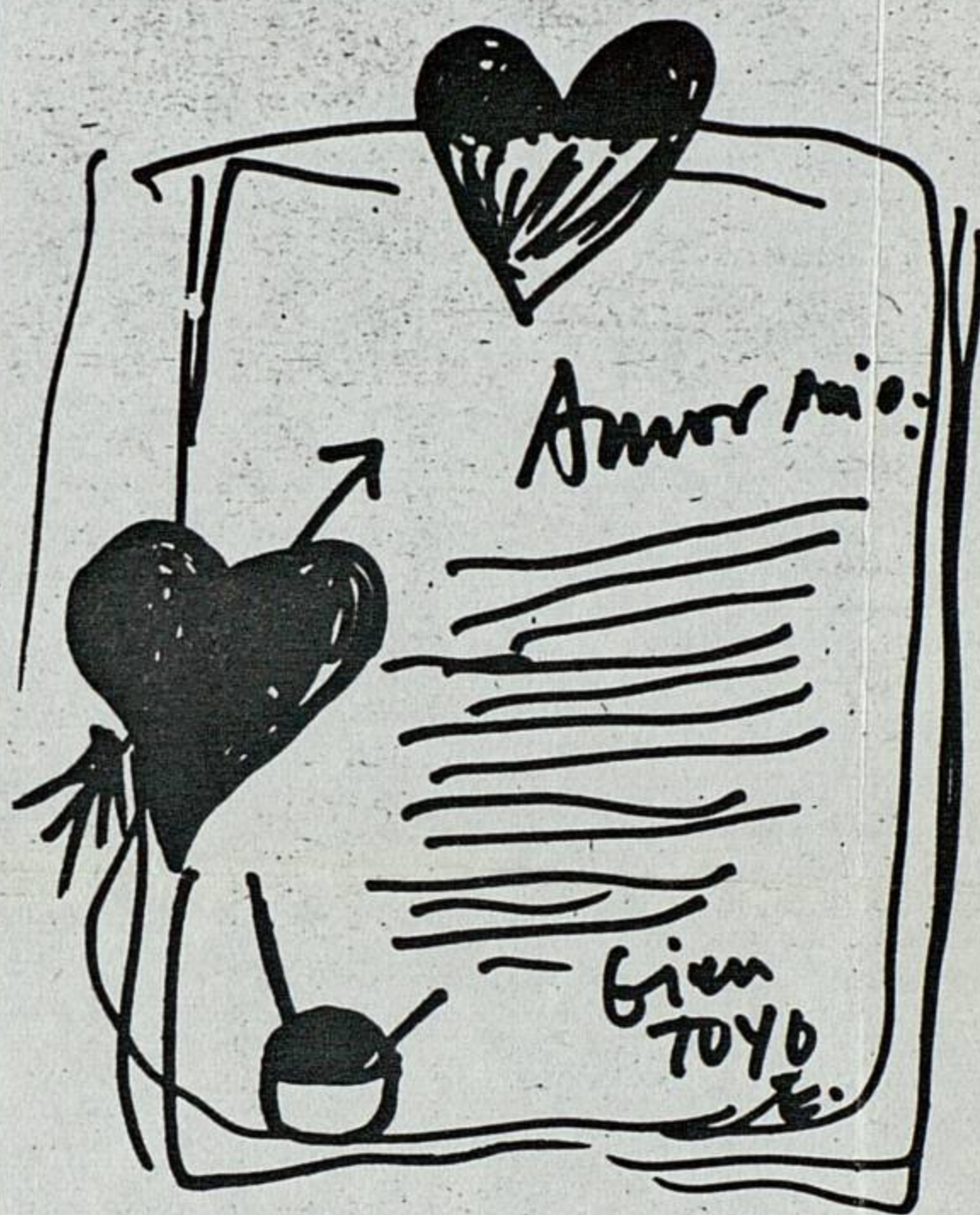


Los cuadernillos

Amor, en cartas



Juan Bonel



El autor es Miguel Delibes. Y el libro —novísimo, recién salido— se titula así: «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso». Es, como ya queda anunciado en ese título, la correspondencia de un enamorado que ya está en esa tierra que ahora llaman tercera edad.

La narración se va desplegando con esas cartas amorosas, mientras se compone una cruel y divertida historia. En ella Miguel Delibes nos invita a seguir el nacimiento, desarrollo e inesperado final de una pasión amorosa montada sobre una correspondencia de dirección única: Las cartas son las del enamorado.

Por ellas hemos de suponer, palabra a palabra, las contestaciones, el propio transcurrir de los hechos, cómo va tomando cuerpo la amada, y, punto por punto, cómo es el personaje central, ese veterano periodista que, jubilado y aburrido, soltero y grafómano le da a la pluma contestando a un correo sentimental o del corazón.

El sos femino, recogido por nuestro personaje, decía así: «Señora viuda, de Sevilla, 56 años, aire juvenil, buena salud. Cincuenta y tres kilos de peso y uno sesenta de estatura. Aficionada a música y viajes. Discreta cocinera. Con caballeros de hasta 65 años, similares características». El veterano compañero pica y a partir de esa tópica llamada, va elaborando a su fantasma, el fantasma del que se irá alimentando una pasión sobre el papel, al correr de las cartas cada vez más inflamadas y, además, necesitadas de que el fantasma tome cuerpo humano.

Ella se llama Rocío y es sevillana y él Eugenio Sanz Vecilla y es castellano. Miguel Delibes, con muchos años de periodismo activo en su haber, no ha tenido mayores dificultades para elaborar su personaje, que, tiene un poco de todos los periodistas de esa generación que hoy, en España, ha pedido ya o sea la han dado sin pedirla, la jubilación.

Es innegable que la generación de nuestro personaje —el recreado, pieza a pieza por Delibes— tiene, profesionalmente, unas características especiales. Los años de la censura, qué duda cabe, marcarán al periodismo y lo hicieron «distinto». Leyendo la narración, los del oficio, cada uno con sus recuerdos, pondrá el personaje en el cuerpo de algún compañero y habrá de sentir un repeluzno de verdad con ese pobre Eugenio Sanz que escribe maravillosamente bien, nada menos que con la pluma de Miguel Delibes...

Ya se ha dicho. Libro divertido y también cruel. Miguel Delibes, no se hace ilusiones por lo que atañe al llamado «amor» y menos pensando en ese amor, por correspondencia, nacido entre dos seres, a su manera, extremistas y que viven como en galaxias extrañas y distantes. Ella, con experiencia, familia, hijos, y él un solterón, que tuvo a su servicio una hermana, que le serviría con una ternura casi enfermiza, y, finalmente, el hecho, tremendo de que las cartas se escriben ya en la última vuelta del camino, como apuntaría Baroja en sus memorias.

Diría que este es uno de los más hermosos libros que he leído este otoño. Un libro que le va bien a la estación de las hojas caídas. Un hermoso libro, uno más, de Miguel Delibes, a quien uno estima y admira tanto.

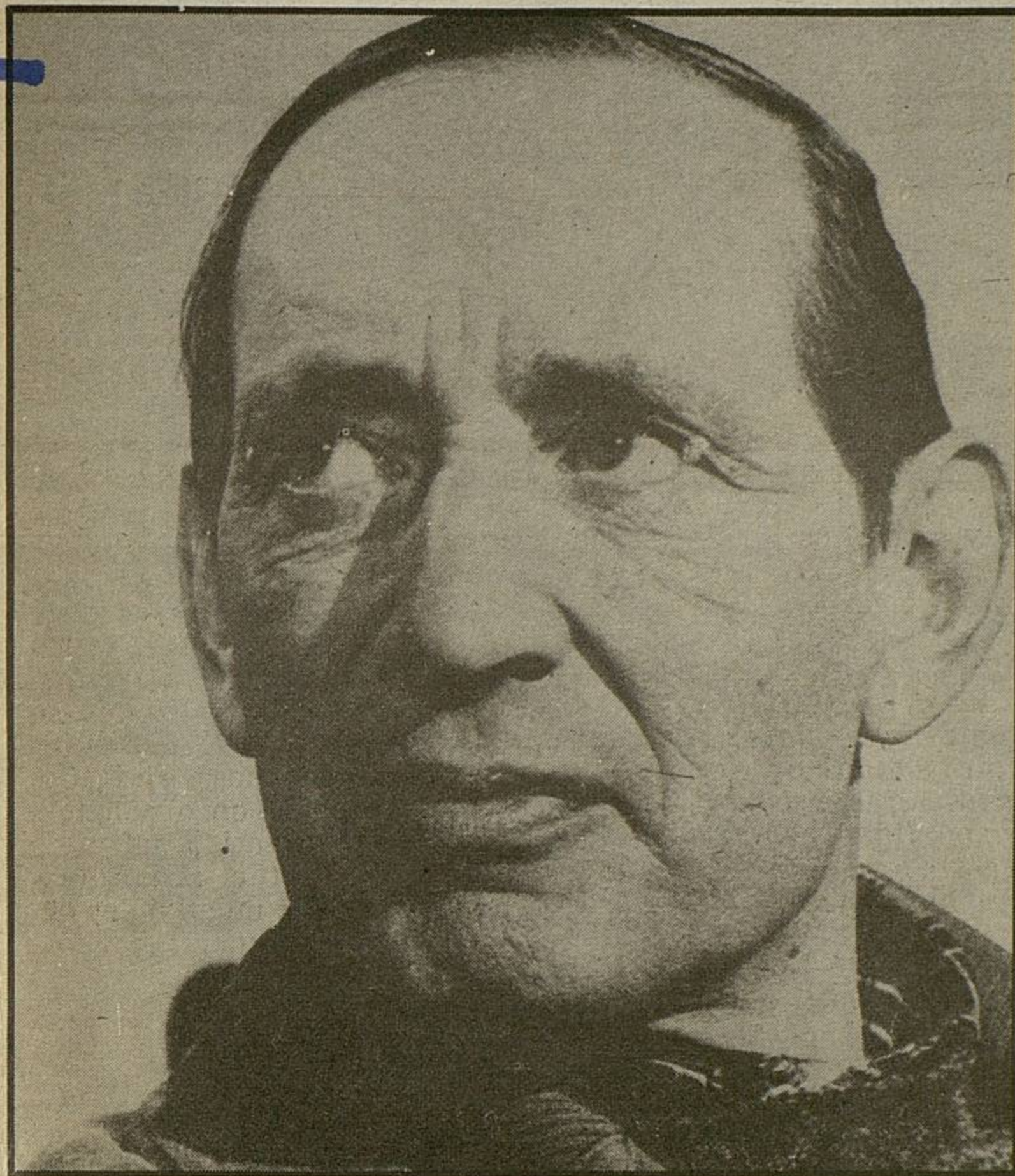
*»Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», por M. Delibes, ediciones Destino, Barcelona, 83.



suvo de

Cartas de un ~~Delibes~~ sexagenario y voluptuoso

de Miguel Delibes



Un libro de Miguel Delibes es siempre noticia. Pocos escritores tan honrados, tan a cara descubierta de la literatura y de la vida; con tanto rigor, exigencia, cuidado y mimo hacia las palabras, hacia el inmenso juego de las palabras que da forma a la literatura.

Miguel Delibes nos ofrece ahora, en el índice de publicaciones de Ediciones Destino, su última novela: «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso». Novela más bien corta, de letra «gorda» y que no llega a las 200 páginas. Pero novela, literatura, de Miguel Delibes, quien, esta vez, ha escogido la fórmula epistolar: un hombre de 65 años lee casualmente una de esas peticiones de correspondencia de las revistas más o menos del corazón. No voy a contarles, claro, el argumento, pero sí decir que de ahí arranca el libro que nos lleva al encuentro de los personajes y, sobre todo, del personaje que redacta las cartas a una desconocida que, poco a poco, se va metiendo en su soledad soltera, a caballo entre la ciudad y el campo.

Trampolín todo ello para que Delibes vaya evocando y construyendo la vida de «E. S.», de un Eugenio y una Rocío sevillana

que cruzan sus vidas por medio de las palabras y que, con honradez, a veces con cierta picardía, acaban inventándose a sí mismos, hasta que llega el desenlace de la novela, o de la vida, que, de pronto, toma un sesgo de quiebro que se mueve entre el humor paradójico y el drama burlesco.

Lo que importa, en esta novela de técnica sencilla, de recreación de un personaje muy de los del gusto de Delibes, es acaso esa figura sincera, solitaria, un tanto reservada, que de un día para otro inicia una ilusión, una esperanza, un hermoso castillo de arena inventado en las tierras de Castilla y que envuelve la nostalgia, la evocación, la ternura, el despertar de un erotismo sentimental apenas intuido.

Y poco a poco, carta tras carta de Eugenio, se nos va ampliando el horizonte del libro, del alma del libro, de la claridad del libro que nos va

acorrallando, surmergiendo en una atmósfera mimosamente elaborada por Delibes hasta que nos deja a la puerta de un temblor, de una emoción, de una frustración también. Y las palabras, el itinerario epistolar, siguen la trayectoria de una parábola que nace, se desarrolla y muere, acaso porque quien ha nacido para la soledad, tampoco sabría vivir sin ella.

Páginas de limpia creatividad literaria, llenas de esa serena sencillez que sólo alcanzan los maestros. No diré tampoco que tales páginas constituyen la mejor de las novelas de Miguel Delibes, pero sí que establecen entre el autor y sus lectores esa siempre misteriosa comunicación que sólo el arte de verdad es capaz de conseguir.

En catalán

«EL PROBLEMA DE LES NACIONALITATS IBERIQUES». - Edicions 62 nos ofrece ahora en catalán un libro, acaso muy poco conocido aquí, en cuanto se trata de una antología de la obra que mejor resumió el pensamiento e ideario político del gran escritor gallego Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, bien conocido por sólo su segundo apellido, Castelao, evidentemente, no precisa presentación. Fue un gran escritor y un gran luchador.

Como digo, en «El problema de les nacionalitats ibèriques» se recoge una antología de textos de Castelao, sobre todo de su libro «Sempre en Galiza», obra clásica para quien desee conocer las muy diversas problemáticas de Galicia y de sus gentes. Y no sólo esto, puesto que Castelao se refirió a veces concretamente a Catalunya, y en otras, aún centrándose esencialmente en Galicia, sus reflexiones pueden aplicar a otras regiones españolas y, por supuesto, a Catalunya.

Encuentro con los poetas

Joaquín Benito de Lucas

Joaquín Benito de Lucas, talaverano nacido en 1934, profesor de español en varios países extranjeros, obtuvo con su libro «Materia de olvido» el premio «Adonais» en 1967. Tres años antes había publicado su primera obra poética: «Las tentaciones». Luego vinieron el estremecedor «KZ», «Memorial del viento», que obtuvo el premio «Miguel Hernández», «Seis poemas marinos» y «Antonimia», publicado este año de 1983.

Pero, además, acaba de publicar en la colección «Adonais» su último libro: «Campo de espuma», en el que se depura más y más el sentido neorromántico de la poesía de Joaquín Benito de Lucas en un haz de poemas en los que se produce como una síntesis de la mar, el amor, el sentimiento de la comunicación entre el hombre y la naturaleza, en la emoción de la riqueza

expresiva, sencilla, limpia, poseedora de belleza. De este libro les ofrecemos el poema titulado «Felicidad del mar». Dice así:

Esta alegría que del mar te sube es la felicidad que por tu cuerpo no sabe dónde ir. Busca tus ojos para escaparse si me miras, huye por tu boca al hablar cuando me dices lo que me quieres, sale por tus manos si recorren mi cuerpo o en tus labios se queda agazapada si me besas. Pienso que puede ser dolor, y lloras con lágrimas azules, crees que es sólo el amor, y te abrazas a mi cuerpo buscando salvación en tu naufragio. Y es que nunca ha vivido como ahora tu corazón la dicha de sentirse gloriosamente entre peligros salvo.

NOS tiene acostumbrados Miguel Delibes de unos años a esta parte a una bien escasa cosecha y no menos severa pitanza literaria. Como si la Academia lo hubiera hecho más cauto y menos generoso, el gran escritor de Valladolid, el novelista Delibes, se prodiga muy poco, cicatero en las páginas y un tanto acicalado en el estilo. Cortas fueron producciones como «El disputado voto del señor Cayo» (bien escuálida, por cierto, en logros) y tirando a nada. «Los santos inocentes», que, de pura delicia escamoteada más pareció melindre que cosa para digerir.

Ahora, acaba de aparecer, en edición cuidada de Destino, y nada rolliza en cintura, su última escritura, de título infantilmente escandalizador, es decir, «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» (1).

¿Cuál es el menú que nos ofrece Miguel Delibes en este libro? Casi sólo un entremés o un peritivo. Apenas una almendra para dejar la boca en disposición de hambre a punto de ser saciada. Partiendo de un hallazgo psicológico de grandes virtualidades de desarrollo —Eugenio Sanz Vecilla, periodista jubilado, inicia correspondencia e intercambios platónicos con una mujer

Delibes se divierte

*«Yo creo que el escepticismo, como las canas, llega con la vejez, se desarrolla con la edad simultáneamente a la comprensión» (página 62).
 ¿Habla de sí mismo Delibes por boca de Eugenio Sanz Vecilla?
 «Apenas se vieron, se sintieron atraídos mutuamente. Cupido disparó sus dardos desde la torre de la Giralda. ¡El flechazo de la tercera edad!» (página 151). El y ella se vieron, se sintieron atraídos... mutuamente, claro. ¿Cómo, si no?*

que pide comunicación desde las páginas de una revista de sala de espera de doctor en medicina—, Delibes se engolfa en el género epistolar y encomienda a su personaje, Eugenio, todo el peso de la anécdota y la gracia que la peripecia pueda suscitar. Durante algo más de medio año, las epístolas van de la ciudad provinciana a la ciudad de Sevilla, el tono en el tratamiento se adensa en amor irreprimible (del «muy señora mía» al «amor mío»), el encanto se va tejiendo hábilmente y el encuentro se hace necesario. Si adelanto al lector potencial del libro que la última carta de Eugenio a su amada comienza con un lacónico «señora» para acabar con un frío

«atentamente», el lector habrá adivinado. Pero no es lo mismo que leer las cartas. Voy a dejar la anécdota, que se riza ingenua e inesperadamente en el desenlace, para quejarme, una vez más, de la corta ración que nos ofrece Delibes. Parece como si le costara encontrar la veta que en otros tiempos manó con tanta facilidad y gracia. Ahora apenas apunta claramente al estímulo de la buena forma literaria, con esas calas ecológico-naturistas que sabe bordar pero que parecen ancladas como un espejo en medio del desierto que apenas sirve para reflejar el azul sin fondo del cielo. La técnica —ya que he aludido al espejo— tiene mucho que ver con lo que parece ser intención

del autor: reflejar el personaje femenino a través de las cartas que le escribe su devoto admirador y más tarde enamorado. Cartas de amor son, de principio a fin, las de Eugenio y él es el espejo en el que se refleja la imagen de la mujer, con lo cual se crea, al mismo tiempo, una dependencia literaria muy original. El punto de arranque del epistolario y la técnica que utiliza para su desarrollo son no sólo válidos, sino también ingeniosos. Y tienen, a mi modesto juicio, un doble fondo como el del tópico del baúl o la maleta del contrabandista. En el segundo fondo —al fondo, que decimos— nos parece vislumbrar a Delibes agazapado, divertido, viviendo con intensidad gozosa la progresiva ilu-

sión del jubilado Eugenio y sabiendo que, en cualquier momento, cuando él, Delibes, quiera, cuando tenga a bien acabar la farsa, dejará caer el telón y conducirá a sus muñecos al baúl de los recuerdos. Delibes parece divertirse proyectándose él mismo a través de las cartas y este sentimiento, que a mí se me ha hecho inevitable, resta credibilidad al conjunto.

Personalmente, el libro no me interesa. En la penuria de temas, Miguel Delibes ha encontrado algo ingenioso, tierno —que es su postura última, bastante definitoria de la sequía temática que padece, de ahí su cultivo de la «literatura»— y ha pretendido en su desarrollo justificar su pereza. O no justificarla, es lo mismo; tal vez alimentarla. Lo cierto es que el tema —rosa— y el desarrollo —a ratos brillante, a veces penoso— ofrecen, en su conjunto, una imagen del escritor Delibes que sin duda defraudará a muchos de sus incondicionales. Algunos llevamos la decepción a cuestras desde hace años.

Luis BLANCO VILA

(1) «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», de Miguel Delibes. Ediciones Destino. Colección Ancora y Delphin. Barcelona, 1983.

YA 4/12/83

MD

Cartas de amor



FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Qué bonita faena, la de escribir cartas. Singularmente bonita si las cartas se escriben a mano. Y aún más singularmente hermosa si las cartas son cartas de amor. Eugenio Sanz Vecilla lo ha debido de pasar en grande escribiendo unas deliciosas cartas de amor, ya en la tarde de su vida. El personaje es un enamorado de vocación tardía, un sexagenario ¿voluptuoso? que comete una «pequeña fechoría» cuando aguardaba turno en la antesala del doctor. Esta «pequeña fechoría», relatada con maestría insuperable, me produjo un saludable ataque de risa. Que te van a ver. Que te pueden descubrir, Eugenio. Pero Eugenio no se contuvo, arrancó una hoja de la revista de la sala de espera, que se guardó subrepticamente en el bolsillo, para dirigirse a una señora que solicitaba auxilio de amor.

He sido un impenitente escritor de cartas, un buen corresponsal, por no decir un cartista, que no quedaría mal del todo, como he sido y sigo siendo un atento lector del género epistolar. Digo lo que dice Paul Leautaud en el prólogo al libro de Fernando Olivier: «Picasso y sus amigos.» «Me gustan mucho las "Memorias", los "Recuerdos", las "Correspondencias". Son, a mi parecer, los únicos libros que aguantan el paso de los años y que continúan leyéndose con placer y provecho.» A mí me lo parece así. Como me parece que en esas «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» hay mucho, muchísimo de un Delibes íntimo, cotidiano, exquisito, refinado y campechano.

Eugenio Sanz Vecilla es un estupendo memorialista que escribe como los ángeles. ¿Escribe el enamorado o escribe Miguel Delibes? Escribe el enamorado, naturalmente. Pero le dicta o le lleva la mano Miguel Delibes, que sin querer o queriéndolo al modo de un inteligente, culto y cultivado consueta, se asoma casi cons-

tantemente por las rendijas de estas cartas, para irnos suministrando una densa y no tensa filosofía de la vida. La de cosas finas, agudas, de espíritu selecto y exigente, se nos cuentan en estas cartas, con cuya lectura, lenta y honda, he disfrutado lo indecible. ¿Cartas de amor? Tan sólo hay erotismo, lo que se entiende por erotismo, en algunas pocas páginas. Pero es un erotismo de guante blanco, que yo me atrevo a comparar con el erotismo de algunos sonetos de Lope de Vega. Un erotismo llevado con buen pulso y púa. Un erotismo elegante y literario, del que se arrepiente en seguida el discreto Eugenio, para que la dama de sus pensamientos no tome al corresponsal por lo que no es.

¿Es un enfermo Eugenio Sanz Vecilla? Es un enfermo saludable, que nos demuestra sus muchos y prácticos conocimientos de Medicina, y ello, con un rigor admirable. Sabe acomodar su vida al ritmo del campo, no al campo de los fines de semana, sino al campo en el que se vive de cutío. Padece el corresponsal —el cartista, sí, el cartista— una gastritis prácticamente crónica. Ha de tomar tranquilizantes para conciliar el sueño, muchas veces superficial y con pesadillas. Es difícil que en nuestro Eugenio se origine la desconexión de todas las neuronas. Antes de ingresar en la pequeña muerte del sueño, el protagonista tiene que realizar muchas ceremonias. Las gotas para la nariz. Los tapones para los oídos. El antifaz para los ojos. La preparación perfeccionista de la cama. Como que Eugenio es un neurótico perfeccionista —las vagotonías, las distonías neurovegetativas, ese plexo solar, ese frío que experimenta en los muslos— y que por serlo, a mí me resulta extraordinariamente simpático.

Cuidado con la televisión. «El quid radica en no dejarse engatusar por la televi-

sión, evitar pasarse ante el aparato las horas muertas.» Renace de sus cenizas por las noches, cuando se despierta a deshora, y su cerebro entra en una fase de lucidez que no conoce durante el día. Las epifanías. En ocasiones se ve asaltado por la ira. Calma, Eugenio. «A la espiral de la ira hay que ponerle un tope para evitar la histeria.» Qué exacta la descripción de Ginebra. «Yo pasé por Ginebra hace un montón de años. Una ciudad aséptica, de grandes espacios abiertos, opuesta en su concepción a nuestras apiñadas e invivibles colmenas.» (Yo lo pasé muy mal en Ginebra, hace ya tiempo, porque llevaba enredada una buena vagotonía. Hasta el extremo de que renuncié a visitar despacio la bien ordenada ciudad y a desplazarme a otras ciudades. Me quedé en el Hotel una tarde oyendo tocar melodías modernas a un magnífico pianista —en un gran piano de cola blanco—, mientras mis compañeros de viaje se fueron por ahí.)

Decepción de las cartas reexpedidas. Eugenio aborrece las multitudes. Se recrea en contar la nueva montura de sus gafas. Y los días más cortos del invierno —tres horas de sol— a orillas del Cares, desde un mirador sobre el río. Le obsesiona la hepatitis de la amada «de aire.» «¿Vigilas las transaminasas?» Eugenio se cuenta muy bien a sí mismo. ¿Un nuevo Delibes? Yo creo que sí. Con las reservas que haya que hacer. No sería menester decir que estamos en presencia de una prosa ceñida, precisa y hermosa. La última palabra de la novela, novela muy original, llena de descubrimientos y aciertos psicológicos —humanos, muy humanos— es ésta: «Atentamente.» Es éste un libro muy vitalista, muy existencialista. Y muy apaciblemente sonriente. Con una subyacente ternura, que me trae al recuerdo dos versos de J. R. J.: «¡Qué ternura tiene el último/ sol para las hojas secas!»

7-XII-93

"Le Nante"

LECTURAS



«CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO»

Novela, por Miguel Delibes. Vol. 574 de Ancora y Delfín. Ediciones Destino. Barcelona, 1983.

Otro excelente personaje para la ya muy nutrida colección que ha logrado reunir Miguel Delibes. Este periodista jubilado, de sesenta años muy cumplidos, regordete, estreñido, solitario, que, de pronto, se encandila ante una nota breve en la que una viuda de sus años anuncia en una revista su propósito matrimonial, es un retrato espléndido, hecho por él mismo, al filo de sus

cartas, al través de lo que dice, de lo que da a entender, de lo que deja oscuro, de lo que comprendemos que su correspondiente femenino le va contestando. Estas cartas, sencillas, escritas con soltura, en algún momento con pretendido lirismo, en otros con un desbordamiento de ilusa alegría senil, son un documento de un modo de ser y un testimonio de unos años que ya han quedado atrás, y que unos tratan de embellecer — y es el caso del protagonista cuando enmascara su ocupación casi bélica

del periódico en donde escribía — y otros, sin conocerla bien del todo, denigran a capricho y a mansalva, y tales parecen ser los propósitos del hijo de la protagonista. No conocemos directamente a ésta. Sólo vemos el reflejo de sus cartas en lo que de ellas nos transcribe el jubilado. Pero tan vivo es dicho reflejo que, a veces, nos parece oír su voz, ver sus mohines, sus gestos despectivos. Este libro es un libro suelto, aparentemente sencillo, como todos los de Delibes, pero, en realidad, de mucho trasfondo y de larga, profunda intención. El lector, sin embargo, se entretiene siempre, se ríe abiertamente a veces, llega gozoso hasta el fin de la novela y, en él, compadece abiertamente la ruidosa caída, la triste desolación del protagonista, condenado ya a la soledad, rechazado por su ridículo presente, por su prepotente pasado, por su mediocridad radical, en fin. Como aquel Cecilio Ribes, el idólatra padre de Sisi, este protagonista de Delibes es, en fin de cuentas, un pobre hombre. Y el lector, que lo sabe, acaba, por eso mismo, compadeciéndolo, haciéndose cargo de su amargura y de su desconsuelo, por necia o jactanciosa que haya sido su vida anterior, por ridícula que resulte su petulante candidez presente. Una excelente novela, situada en la mejor línea de las dedicadas por su autor a irnos contando los entresijos de la vida ciudadana.

8-12-83

Cabos sueltos

LOS CERTAMENES de narrativa y poesía, que convoca el Ayuntamiento de nuestra ciudad, están ya en su fase final. Por cierto que el de poesía tiene nombre y apellido, José Hierro, no así el de narrativa, que no ha sido colocado bajo ninguna advocación. Bueno sería que se pensara en algún patrono. Otra observación es la de uno de los jurados que estima hay falta de publicidad en estos concursos. No se explica que, con premios interesantes, sobre todo para un sector tan desatendido como el juvenil, no haya más alevines de escritores en nuestra ciudad.

EL DE NARRATIVA tiene ya nombre de ganador y de tres accésits. Nos reservamos los nombres hasta que, quienes lo organizan, consideren oportuno hacerlos públicos. En poesía hay veintitrés aspirantes a poeta que se han presentado con un total de sesenta poemas, ya que cada autor puede concursar con un máximo de tres. El jurado anda enfrascado en la tarea de seleccionar los mejores. En la próxima semana se puede producir el fallo. Buen regalo navideño para los galardonados.

NO ES FACIL tomar una decisión cuando los concursantes lo hacen bajo la condición del límite de edad. No se sabe muy bien si lo que se hace es premiar a quienes aspiran a ser escritores de campanillas o a quienes quisieron serlo y no lo han sido. Hay que confiar en que se trate de lo primero.

OIGA USTED, rebusque por los viejos arcones, remueva las

A la vejez...

RESULTA evidente que nadie, a estas alturas, va a descubrir a Miguel Delibes. Cerca de una treintena de obras son más que suficientes para que las cosas hayan quedado muy claras en cuanto a sus posibilidades y a sus logros. Aquéllas y éstos no son nada despreciables y solamente un espíritu cicatero podría negarle que es uno de los novelistas más sólidos de nuestra actual narrativa. Téngase esto bien en cuenta, dentro de la relatividad de lo que tenemos. Precisamente por ello se está más predispuesto a exigirla siempre lo más y a infravalorar lo menos, olvidando que no puede mantenerse indefinida y prolongadamente tenso el arco.

También es posible que Miguel Delibes haya alcanzado el tope como narrador en novelas situadas casi en el punto medio de su trayectoria. Nos referimos a títulos como «Cinco horas con Mario», «Parábola del naufrago» y «Las guerras de nuestros antepasados», consideradas unánimemente como lo más logrado por el escritor. Todo ello sin que se haga de menos «El camino», «Las ratas» o el entrañable y malicioso «señor Cayo». Ultimamente se resiste a emprender una obra de mayor envergadura que esas novelas cortas que, a simple vista, dan la impresión de no requerir mayor esfuerzo y que estuvieran escritas haciendo bueno el dicho de que, quien tuvo, retuvo. O, dicho de otro modo, que poseyendo todos los registros de un depurado estilo, apenas tiene que realizar un gran esfuerzo para conseguir resultados más que aceptables.

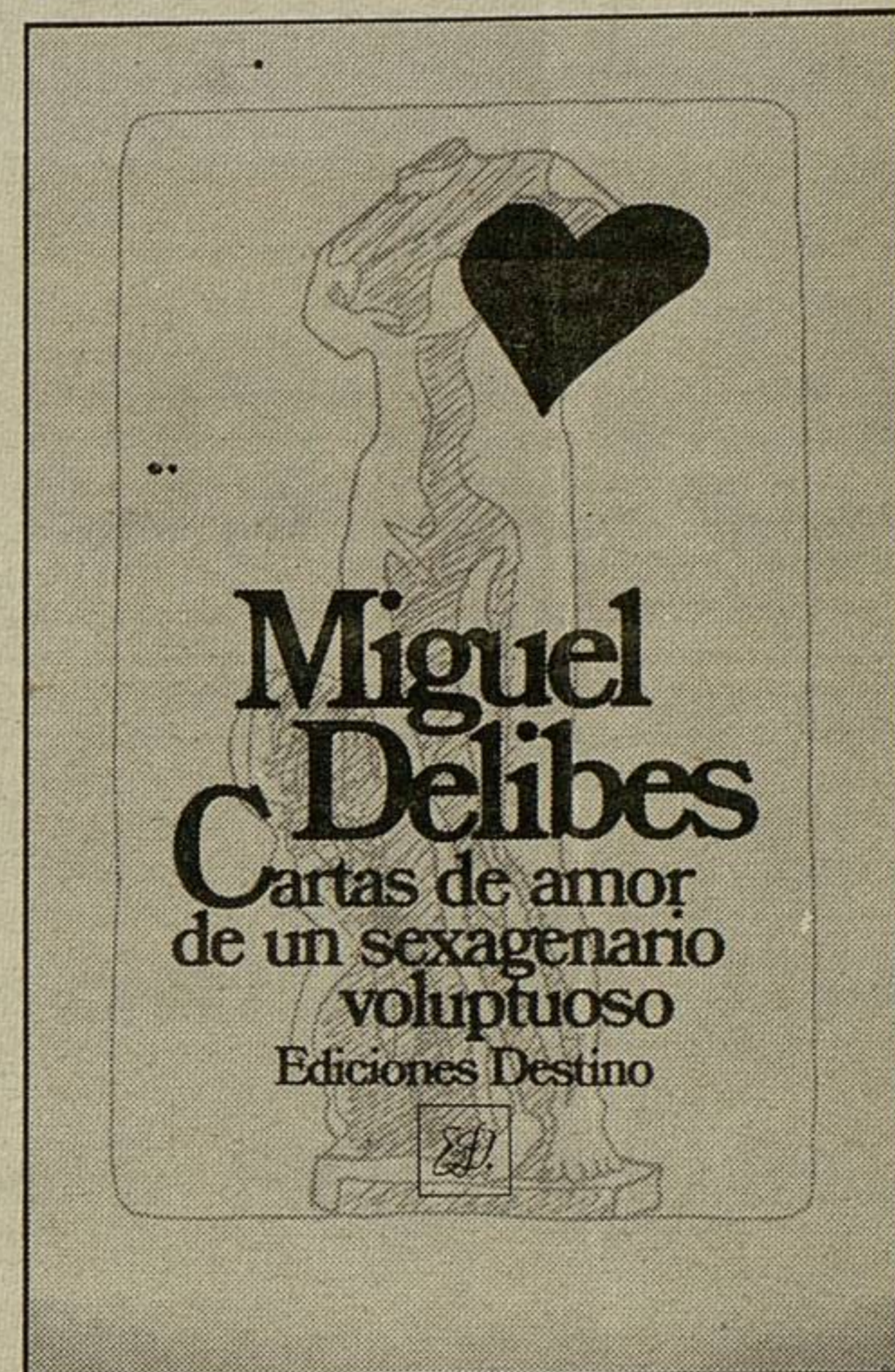
Delibes, en «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», ha recurrido a la vieja técnica del género epistolar. Si bien no la había empleado hasta ahora, bien mirado, se asemeja mucho a aquellos largos monólogos de Carmen ante el cadáver de Mario. Si entonces llegáramos a conocer a este humilde profesor sin que articulara palabra, por medio del testimonio de su mujer, en esta ocasión sucede lo mismo con las cartas que Eugenio Sanz Vecilla escribe a Rocío, una señora mayor que busca, en segunda instancia, a su media naranja por medio de la sección correspondiente de «La Correspondencia Sentimental». Todo lo cual implica que el autor ha de tener la suficiente pericia como para que el lector llegue a conocer a ambos personajes a través del testimonio de uno sólo. Pero en esta novela creemos que el novelista ha puesto más interés en el análisis del personaje masculino y que incluso lo ha tratado mejor que a su oponente.

Con la lectura de la correspondencia acumulada en los seis meses que se mantiene esta re-

lación epistolar llegamos a descubrir a este Eugenio en el que, a primera vista, pudiera deducirse que hay mucho del propio Delibes. Sin embargo, no es sino un espejismo. Lo que sí hay es mucho del mundo vivido por Delibes, que parece lo mismo pero es diferente. Reencontramos una vez más la defensa de la vida de aldea frente a la vida en la capital, el regusto por ese castellano viejo, quizás un tanto rústico pero muy preciso, el amor a los animales y la afición por las labores agrícolas, la exaltación de la sosegada charla con el campesino que genera profunda amistad, el mundillo interno de la vida periodística... Es decir, facetas que han sido habituales en la obra del novelista. Pero Eugenio se enriquece con otros matices, como corresponde a un sexagenario. Así, esa preocupación por la devaluación del dinero, la recurrencia constante a sus pequeños achaques, la justificación del procedimiento seguido para medrar en su carrera de periodista... Pero este personaje no se presenta como algo monolítico. Muy al contrario, sacamos la conclusión de que es un hombre lleno de contradicciones, que tan pronto parece elevarse a altas cotas de espiritualidad como desciende muy a ras de suelo. Incluso su amor es cuestionable por muchos conceptos. Y aquí es donde tenemos una de las claves de esta novela.

En cuanto a la mujer, ubicada a muchos kilómetros de distancia, siempre mantiene la distancia en esta relación, nunca acaba de entregarse plenamente. Con las referencias a su respuesta juega Delibes para intrigar al lector. A veces le hace sospechar que Eugenio no tiene un pasado muy claro en sus relaciones con las hermanas, la enfermedad que impide la primera cita escama, lo mismo que la interferencia de Federico, el hijo de la mujer, hasta desembocar en un final que no se espera, al menos en la forma en que se presenta, incluso cruel al destruir un mundo de ilusiones.

La novela está muy bien escrita y, una vez más, Miguel Delibes hace gala de esa excepcional maestría de su estilo. Es una delicia avanzar en la lectura de esas páginas de prosa tersa, transparente, plena de sabor del más puro castellano. Y esto, dados los tiempos de incuria y abandono que corren, no es pequeña recompensa. Pero es que, además, el desvelamiento de la intimidad de estos dos seres que ya están en la última etapa de la vida se hace de modo gradual, bien medido, por sus pasos contados. Con ello se mantiene el interés hasta el final. El lector



asiste subyugado a la revelación de los sentimientos más íntimos de los presuntos enamorados. El desenlace, sacado de la manga por el autor, vendría a decirnos que la vida es injusta y cruel, que la felicidad es difícil de conseguir y que se reserva a unos pocos.

Si prescindimos del título, muy poco acertado, la novela es a todas luces recomendable, hecha la salvedad de que se sitúa en el lote de obras cortas de Delibes, pero mucho más interesantes e inteligentes que bastante de lo que se publica por ahí. De acuerdo en que nos gustaría que insistiera en novelas de mayor empaque, más elaboradas y de mayor alcance, en la línea de las mencionadas al comienzo, pero el escritor debe de saber muy bien sus posibilidades y las fuerzas que tiene. A nosotros no nos resta sino tomarlo o dejarlo y, por lo dicho hasta aquí, merece la pena leerla.

Miguel Delibes. «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», Editorial Destino, Colección Ancora y Delfín, Barcelona, 1983.

El libro de esta semana

Otra importante novela de Miguel Delibes

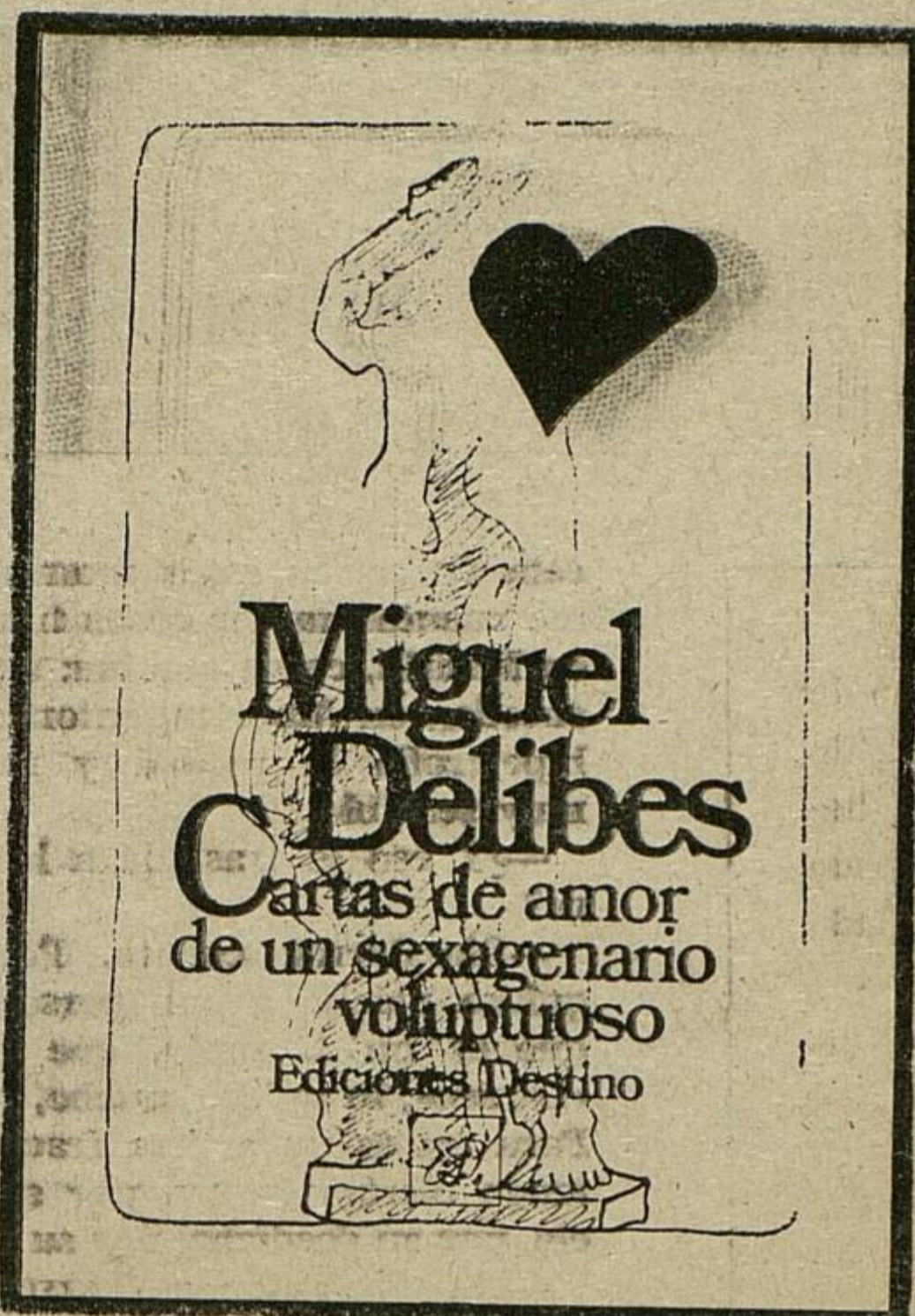
Miguel Delibes es, sin duda alguna, el novelista español del que los lectores esperan una nueva novela. Esta fidelidad se basa, por un lado, en la «garantía de calidad» que el escritor vallisoletano ha ido ganándose con el tiempo y a partir de sus primeros títulos y que ya revelaban a un escritor de raza y, por otro lado en la confianza de que cada nuevo título supone una aportación, significativa, a una obra que en su conjunto constituye una rica veta de la narrativa española de nuestro siglo, muy representativa y personal.

En toda la obra de Delibes —y el último título así viene a remacharlo— se da un orden clásico. Decía Eugenio D'Ors —aunque la cita está demasiado manoseada— que «lo que no es tradición es plagio». Es el peso de la tradición el que actúa como principio activo en la producción de Delibes. De ahí que este autor resulte siempre tan vivo, tan auténtico y tan permanente. Este gran escritor no se entregó nunca a experimentos más o menos arriesgados —y no siempre tan audaces como algunos imaginan— ni a especulaciones que en el fondo esconden el propósito de «epatar al burrués». Su obra, en este sentido, es diáfana, de acuerdo con un canon que no significa servidumbre, que no es tampoco limitación, sino que supone el hallazgo o la permanencia de lo que en arte se llama la divina proporción y en literatura fundamento del orden. Hasta cuando, como en «Parábola del naufrago», el novelista da una variante a su fórmula y emplea una nueva técnica, no puede prescindir de esos principios que le son afines y que responden a una consecuencia natural.

Su nueva novela, «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», es una prueba de dominio técnico y de sensibilidad para recoger con tanta agudeza como simpatía la peripecia sentimental, impregnada de sensualidad, de un ser y algunos de los que le rodean, muy pocos, encerrados en el medio que permite la vida del protagonista cuando ésta aparece prácticamente completada y sólo queda un corto camino a recorrer. Exactamente cuando el hombre, ya sesentón, advierte que sus energías físicas ceden, que su sexualidad ha perdido muchos grados en la vía de lo práctico, aunque los conserve, e incluso gane en la mental, por aquello de que el hombre se resiste a aceptar la huella del paso del tiempo.

La trama de la novela es sencilla; los personajes aparentemente elementales al pertenecer a la vida cotidiana. Eugenio Sanz Vecilla, periodista, ya sexagenario, decide responder a la petición formulada a través de una publicación de índole sentimental, por una señora viuda, con hijos y hasta nietos, que solicita correspondencia con caballero en el que se den las condiciones que parecen coincidir en nuestro hombre y con fines puramente amistosos.

El género epistolar que cuenta con una gloriosa tradición, de la que quedan como testimonio numerosas obras, no está de moda. Debe, sin embargo, emplearse cuando el enfoque del tema lo exige. Cada novela aconseja un procedimiento adecuado, según la perspectiva o técnica que el autor crea conveniente para una mayor eficacia. No hay, en este sentido, técnicas buenas o malas, sino resultados. El procedimiento



apistolar, sobre todo cuando se limita a un sólo corresponsal, tiene tales dificultades que sólo con pericia y dominio pueden ser superadas. Este es uno de los aspectos positivos que hay que registrar en la novela de Delibes. Su construcción es irreprochable y bajo esa aparente sencillez que permite la narración en primera persona con las pautas que las diferentes cartas van marcando, queda el acabado retrato de unas vidas la del protagonista del relato principalmente, y aquella a la que va dirigida la correspondencia y singularmente algunos allegados al narrador, concretamente su hermana Rafaela recordada con singular fruición y con ciertas tensiones que parecen sugerir una relación incestuosa, al menos en el plano del espíritu, que es donde también se gastan las tensiones de la carne.

A lo largo de las cartas el lector va recibiendo la descripción de un cuadro muy acabado de la sociedad española de nuestro tiempo a través del prisma con que lo interpreta el narrador, y en lo que a unos seres muy concretos pero a la vez muy representativos se refiere. El protagonista del relato cuenta sobre sus familiares sus amigos, y nos da las pautas necesarias para que a la vez conozcamos a esa señora de Sevilla con la que se cartea, cuyo conocimiento desea, y que alimenta sus sueños sensuales, tan ilusionados, acaso, como amortiguados.

El relato es sutil, con un punto de ironía y humor, con una sagacidad psicológica envidiable en la definición de los personajes y en el juego de estos en sus vinculaciones y también en relación con el medio en el que viven. El desenlace, rápido y eficaz, pone el contrapunto, acaso amargo, posiblemente sólo irónico o tierno, a unas vidas que se nos fueran definiendo y se nos hicieron también entrañables, con sus virtudes y sus defectos, porque pertenecen a la realidad. Todo ello contado con ese estilo jugoso, preciso, rico en su desarrollo narrativo, en el que es maestro Delibes.

CASANOVA



Delibes y su antihéroe

No extrañaría nada que la última novela de Miguel Delibes («Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso».— Miguel Delibes.—Ediciones Destino, S.A. Barcelona), llegase a figurar entre las escogidas de su larga e importante producción narrativa. Merece ya ser señalada por su madurez expresiva, por la fluidez de su discurso epistolar y la perfecta caracterización del mundo que revela a través del protagonista Eugenio Sanz Vecilla, un castellano solterón y solo, sexagenario jubilado y relativamente voluptuoso de natura, que escribe cartas de amor a una viuda meridional proporcionada que reclamaba correspondencia a través de un consultorio sentimental.

Este planteamiento conduce el autor a trazar una novela más compleja de lo que parece a primera vista en que vuelve a demostrar su virtuosismo narrativo a través de formas que parecen monótonas a priori como el monólogo de la viuda de Mario o los «diarios», narraciones de afluencia lineal, para mostrar y revelar carta tras carta un mundo rico y complejo donde la aparente sencillez es un «trompe l'oeil» porque esta novela tiene, como la escultura moderna, ya que no abstracciones, rompimientos huecos, vacíos por donde circula el aire formando cuerpo, del conjunto, alternando con otros trechos habitados por un prolijo y preciso realismo y todo ello en función del carácter del personaje, para definirlo mejor por presencia, ausencia y disimu-

lo o reserva con un vaciado magistral.

El lector está tan interesado en descubrir datos esenciales diseminados en esa complejidad, que frecuentemente echa páginas atrás para descubrir algo que parece que falta en la lógica realista de la novela y allí están, disimulados entre los trechos lentos y los rápidos del discurso del sexagenario que se va inflamando de amor frente a algo que conocemos apenas por reflejo que se va notando que es evasivo, aunque como de la línea de Machado no diga ni sepa que no es esencial para que exista el amor «que la amada no haya existido jamás». Es original la relación de Delibes con un personaje del que ha dicho que no le gusta. Sí, esto aparece claro porque cuando se le rebelany va ganando en atractivo, parece como que le vuelca encima un cubo de desprestigio, de chatura aquí y allá. Y está claro también que Delibes se identifica con él ante el paisaje castellano que describe con el amor, precisión y variedad que le presta siempre el novelista ante él.

Delibes omite en su novela en bastante medida, más aún de lo que suele en el primero de ellos, dos rasgos que caracterizan tanto la narrativa de hoy: la sexualidad y la sociología. La primera la sitúa en los intersticios narrativos de vacío y excluimos un rasgo rápido, la confesión de su virginidad en el conocer mujer, que desemboza y esconde en un relámpago, porque el resto hay que

inferirlo de claves tenues que aparecen entre sus, en definitiva pequeñas, comodidades y voluptuosidades: un asomo de «voyeurisme» salpicado, el recuerdo un poco turbio y tímido de la hermana. Hay más, aunque no demasiada, traza de sociología circunstante, y es ausencia más notada en Delibes y probablemente es porque la que aparece pegada a su héroe —o por decir mejor su antihéroe— no le gusta demasiado. Pero uno se atravesaría a decir que este rasgo mejora literaria, novelísticamente, su personaje en tercio y quinto, porque su instinto de novelista saca provecho de ellos para una caracterización excelente. Se trata de un tipo que se pone de pie y echa a andar con tal vigor en sus rasgos a veces evasivos, con independencia del autor, sin sombra de maniqueísmo ni de portavocerío y en su torno se va ensanchando y engrandeciendo una novela atractiva excelente aun entre las de Delibes, porque es excusado decir que está escrita con el formidablendon expresivo y de lenguaje que tiene el novelista y en todo es mejor de lo que pudiera dejar suponer la poca simpatía que le inspira el personaje. Bueno, pues aun así y quizás por eso deja suelta una especie de desgana velazqueña que le hace abocetar aquí y allá, hurtar esto o lo otro, evadirse algo alrededor de unos trazos maestros. El conjunto es magnífico ciertamente.

Antonio VALENCIA

El proceso de la escritura

En la novela española más reciente nos encontramos de nuevo con la omnipotente presencia del lenguaje que, por encima de la calificación de hechos, sucesión, más o menos cronológica de conflictos, marca, diseña, comunica en fin. La capacidad del lenguaje para «expresar» al autor y relacionarlo con su lector, es lo que da categoría a la obra, la sublima en cierta manera. La trascendencia de los mensajes que la novela ofrece, no la señalan ni la apareciencia de los momentos importantes, ni su tema, ni mucho menos la apriorística definición de la opinión especializada. La valía de los signos la diseña el lenguaje, su capacidad de introspección, de reflejo del contexto, de superación estilística de su propia configuración externa.

Lenguaje no equivalente al formalismo gramatical: e ahí el primer horror, la belleza de las formas literarias puede enmascarar el vacío o la retórica. El lenguaje es como un concadente, una consecuencia de las estructuras de una obra, se une a ella como si formase una piel superpuesta a la carne que constituye su sustancia, pero no puede existir independientemente de ella. El lenguaje cuando se desprende de su esencia, se hace hojarasca inútil, el barroquismo es tan válido como la austeridad lingüística, pero la gratuidad hace insoportable y falsa a la obra global. Escribir bien no es un acto independiente, forma parte de la totalidad de una novela cualquiera.

Cela, Benet, Jiménez Lozano, Delibes. «Mazorca para dos muertos», «Herrumbrosas lanzas», «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», «Duelo en la casa grande». Novelas muy diferentes en este aspecto que señalamos. Un solo idioma (con la excepción de los galleguismos de Cela), cuatro formas distintas de enfrentar el lenguaje con los hechos que se narran en estas obras, con las situaciones que se exteriorizan, con los diversos contextos, histórico, social, biológico. El consciente y el subconsciente (las novelas que dice «más» tienen mucho que su

autor incluso ignora) pueblan estos episodios que plasmarán en un lenguaje-comunicación que será el portador de todos los significados explícitos e implícitos, el que cumplirá esa misión de compartir «mi» realidad que es, en último término la obra artística.

El barroquismo de Cela, la frialdad de Benet, el zigzagueante y denso entramado de Jiménez Lozano, la sencillez inimitable de Miguel Delibes. Si algo no puede negarse a estas obras, y a estos autores es personalidad estética, aun cuando Cela se mueva en la significación del lenguaje por el lenguaje que encubre el vacío sustantivo, o Benet no consigue insuflar, más allá de la fría geometría descriptiva, pulsión y vida a unos personajes que parecen casi exclusivamente reflejo de un pensamiento, que, al romperse con una temática neogallosiana (¡qué horror para el famoso denostador del autor de «Episodios Nacionales») es insuficiente para dar entidad al total artístico. El lenguaje, en este caso, disocia la esencia de la obra, la rompe y no es capaz de transmitir los significados precisos. Benet codifica incluso la descripción de las imaginarias batallas, como Cela en su visión de las costumbres de una sociedad, pero la transmutación no se opera y el lenguaje, la escritura aparece, al fin, como el único mensaje que el lector recibe.

Delibes se plantea una obra menor. El novelista castellano tiene un sentido de la medida, tanto temática como formal, verdaderamente asombrosos. Porque, además carece de retórica, y en sus mejores logros (pongamos de su última obra «Los Santos Inocentes») y, algo telúrico y extraño recorre sus páginas. Estas cartas de ahora vuelven sobre un contexto en el que la observación de Delibes, es al tiempo emoción compartida. Desde luego, nada de procesos identificatorios con su personaje, pero el lenguaje adquiere, en la transmutación de Delibes hacia el otro «Eugenio Sanz Vecilla» valor testimonial de primerísima categoría. Todos los tics de una sociedad, todas las formas de conducta estereotipadas, la represión, la falta de sensualidad, la potenciación de un ridículo amor propio, con el telón de fondo de la estructura que rodea al personaje, se desentraña desde el lenguaje, de los circuloquios verbales, de las fórmulas, de la corrección-incorrecta del discurso. La facilidad de Delibes, esa tan difícil de conseguir, hace proclive, lo mismo que ocurría con el personaje femenino de «Cinco horas con Mario» una identificación más o menos sentimental, aunque cualquier lector avezado podrá detectar la crueldad, del escapelo con que Delibes hurga en unos modos o fórmulas que todavía subsisten. Y eso es lo que importa en las cartas, monólogo total, sin historia presente (a mi

gusto no debiera debido existir desenlace), lenguaje que se acomoda perfectamente a la sustancia de la obra global, escritura como de puntillas, como un susurro que no pretende romper directamente, sino hostigar con pudor más aparente que real.

La «región» de Delibes no necesita descripciones. La clase media y su frustración surge del testimonio de un sexagenario que cuenta pocas cosas, porque realmente para él, pocas han pasado por su corazón y su memoria.

Este texto, a pesar de su título, carece, a lo mejor precisamente por ello, del sensualismo entreverado de otras obras de Delibes, también de la magia de esos pueblos o cacerías que no existen, quizá porque esta vez sí son reales, desde lo ficticio, los parámetros desde los que los hombres intentan más o menos revelarse conservando unas máscaras que sólo el lenguaje desvela.

Lenguaje que se hace circular y obsesivo en ese testimonio terrible de la España rural que nos da Jiménez Lozano. Aquí, el monólogo no es representativo de un personaje, sino de unos cuantos significados, concretamente en el prólogo y el lenguaje, a la vez realista y literario, penetra en espiral desde el pasado y el presente histórico, para testimoniar, tal vez con la fuerza de sus peculiares giros, de sus párrafos continuados, una cancerosa gangrena moral. Para mí «Duelo en la casa grande» es un texto de una violencia inquietante, en el que las acciones de los personajes parecen surgidos de los más oscuros meandros de sus almas. Algo de Bernanos, de las gentes de sus obras, palpita en ese fresco que ante la muerte como protagonista desceja, en frases y cárcabas un mundo cerrado y perdido.

Ciudad, campo, campesinos, clases medias, pretenciosos pseudointelectuales, provincias, realidad ficción. Telón de fondo curiosamente parejo: la guerra, la postguerra, el «no ser» de las gentes. La vitalidad prepotente del Julio Lorenzana de Jiménez Lozano, con la esterilidad de Eugenio Sanz Vecillas, el sexagenario voluptuoso. Los personajes de la región estructurados en segmentos, que ahora se encaminan a revelarnos la historia, el proceso aparentemente ritual y mágico de un pueblo-provincia fijado en los meandros rétricos del lenguaje de Cela. Proceso de escritura que plasma en la obra y desde ahí se comunica.

Quedan, a la larga, esas imágenes turbadoras: la autenticidad de un personaje negativo y estéril, que se exhibe desde la perspectiva ceremoniosa de sus palabras, el círculo terrible del mal y la codicia que también, desde un velatorio, se manifiesta, a través del lenguaje trascendido de uno de los testigos de esta historia, que es un poco el ejemplo de tantas historias. El «Ojovirule» o «Chichoba Sacris» forman parte de una realidad que desde el pasado se transfiere al presente, como la pátina de unas fotografías que nos revelan —otra forma de lenguaje—, su misterio.

El misterio plural del proceso de la escritura sigue siendo una de las fuerzas pulsionales de la obra artística y el que en último término, desde el lenguaje, nos encierra en su ámbito.

FERNANDO
HERRERO



ABC Libros más vendidos en la semana ABC

Título	Autor	Editor	Puesto anterior	Semanas presente
Creación				
1. Mazurca para dos muertos	Cela	Seix Barral	1	8
2. La guerra del general Escobar	Olaizola	Planeta	2	4
3. Hijas de María	Vizcaíno Casas	Planeta	4	4
4. El nombre de la Rosa	Eco	Lumen	3	42
5. La canción del pirata	Quiñones	Planeta	7	3
6. Cartas de amor de un sexagenario	Delibes	Destino	9	2
7. Te trataré como a una reina	Montero	Seix Barral	—	1
8. El señor de las moscas	Golding	Alianza	6	8
9. El volumen de la ausencia	Salisachs	Planeta	8	10
10. Los límites de la fundación	Asimow	Bruguera	10	10

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Balance del año literario

Una temporada para novelistas 'seniors'

LUIS SUÑÉN

No arroja mal balance para la novela escrita en castellano en España este 1983 que ya se acaba. Sin el exceso de títulos de un 1981, que hizo esperar lo mejor para un 1982 que resultó demasiado pálido, estos 12 meses ofrecen un balance ciertamente positivo. Y lo ofrecen, sobre todo, gracias al trabajo de nuestros seniors, a algunos de esos narradores que configuran la nómina de quienes pueden ser considerados como los maestros más visibles de nuestra novela en el presente.

Ahí están los libros de Benet, de Torrente Ballester, de Cela o de Delibes, por centrarnos en lo estrictamente novelesco, como muestra más vistosa de un año que no ha estado nada mal. Juan Benet iniciaba con *Herrumbrosas lanzas* lo que lleva camino de ser un largo ciclo sobre la guerra civil en Región, que bien puede acabar resultando, dada la maestría de su autor, esa gran novela sobre la guerra civil española que todavía andamos esperando. Gonzalo Torrente Ballester publica *Dafne y ensueños*, una de sus obras maestras, un texto repleto de sabiduría, en el que el escritor gallego sigue buceando en la memoria desde la cultura y la inteligencia. Camilo José Cela volvía a la novela con

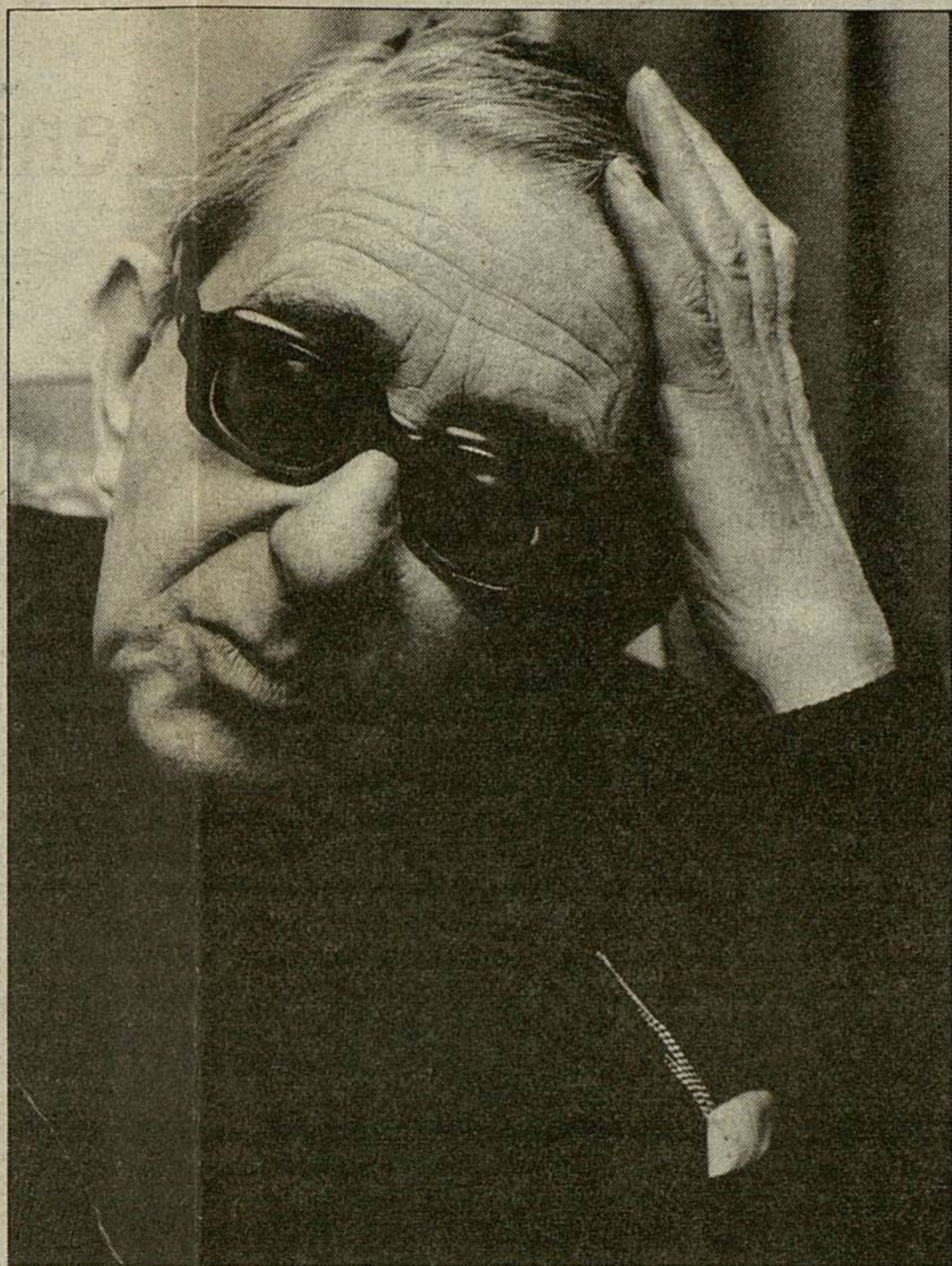
Mazurca para dos muertos y volvía también así a dos de sus obsesiones: la convergencia de sus personajes múltiples y el lenguaje. Miguel Delibes traza en *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* el relato de un solterón enamorado, con un muy peculiar sentido del humor y con esa reflexión entre tierna y amarga tan del autor castellano.

Junto a estas muestras de la vitalidad de algunos de nuestros creadores mayores, 1983 ha estado marcado también por el signo de los libros de memorias. Por uno de ellos —el segundo volumen de sus *Recuerdos y olvidos*—, lleno, bien es verdad, de elementos genuinamente narrativos, Francisco Ayala ganaba el Premio Nacional de Literatura. La *Autobiografía* de Miguel Villalonga nos devolvía a un escritor olvidado, sepultado por la figura de su hermano Lorenzo y por el peso implacable del tiempo.

El ataque de los jóvenes

Memoria también la de Carlos Barral en esos *Penúltimos castigos*, aunque sea ordenada con las convenciones de lo narrativo. La reedición, finalmente, de la *Crónica general*, de Juan Gil Albert, nos devolvía un texto ejemplar en el que la escritura nunca abandona a los recuerdos.

Los jóvenes han atacado este año quizá con menor insistencia que otras veces, en parte también



Gonzalo Torrente Ballester.

por esa decantación cuantitativa de la oferta editorial. Terenci Moix entregaba su primera novela escrita en castellano, *Nuestro virgen de los mártires*. Y Manuel Vázquez Montalbán prosigue, en *Los pájaros de Bangkok*, su aventura con el detective Pepe Carvalho. Javier Marías trazaba en *El siglo* una historia inquietante. Juan José Millás nos daba una de las novelas más interesantes del año con su *Papel mojado*, una novela en la que ya

las obsesiones de los anteriores libros de autor se asumen para configurar el clima del relato. Rosa Montero da un paso adelante, fundamental para su obra, en *Te trataré como a una reina*, una historia en la que los personajes ya son más ellos mismos, lejos del peligro de convertirse en presuntos arquetipos. Álvaro Pombo vuelve, con fortuna para él y para sus olvidados lectores, con *El héroe de las mansardas de Mansard*, que fuera

primer Premio Herralde de novela. Cristina Fernández Cubas sigue, en *Los altillos de Brumal*, empeñada en su tarea de profundizar en las experiencias de una realidad no tan simple.

Los problemas del relato

Hay otros libros. De *El huésped de Job*, de Fernando Savater, a la sorpresa magnífica de *La canción del pirata*, de Fernando Quiñones, o a los *Cuentos* de Antonio Ferrés. De Juan Tébar a Vicente Soto, que también pone en marcha la memoria en su *Tres pesetas de historia*. De Eduardo Calvo o Manuel de Lope a Paco Ignacio Taibo. Treinta años después de su primera edición se reedita *Congreso en Estocolmo*, de José Luis Sampedro. Tampoco hay que olvidar en este resumen *El cuento de nunca acabar*, de Carmen Martín Gaité, que, no siendo una narración en sentido estricto, sí analiza los problemas del relato desde un planteamiento plenamente literario y libremente creador. Lo que ocurre también, en cierto modo, con *El anillo de Pushkin*, el hermoso libro de Juan Eduardo Zúñiga en torno a figuras fundamentales de la literatura rusa.

En resumen, un buen año para la novela española éste que termina. Una demostración lógica —desde la carencia de perspectiva que afecta a cualquier balance— de la madurez de alguno de nuestros mejores creadores y de la línea de continuidad de los más jóvenes, que por esta vez no han ofrecido sorpresas muy rotundas. En cualquier caso, una muestra de que el género siempre en crisis está, quizá por eso mismo, siempre vivo. El muerto goza de aceptable salud.

Lectores y Lecturas



Enrique Sordo

ha leído:



Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso, de MIGUEL DELIBES (Destino, Barcelona, 1983)

Tercera adolescencia

El título de la última novela de Miguel Delibes es harto elocuente. Describe, en buena medida, lo que contiene el libro. Quizás habría necesitado otro adjetivo: adolescente. Porque el sexagenario de Delibes se comporta, igual que tantos otros, como un jovencito soñador y rijosillo: está en su tercera edad; es decir, en su tercera adolescencia. Pero no sólo es eso. Mediante el viejo género epistolar, tan sugestivo siempre y tan eficaz en la mayor parte de los casos, nos va haciendo el retrato de una idiosincrasia, casi el relato de una vida, con trazos sueltos, aparentemente desgajados, pero, en el fondo, íntimamente entrelazados en la trama. La historia de este sesentón que se llama Eugenio Sanz Vecilla es la historia de un soltero empedernido, de un solitario consumido en sus tortuosos ensueños, de vida casta por fuera pero viciosa por dentro, de pergeño pícnico e inclinaciones voluptuosas. ¡Qué claro se nos presenta este jubilado pueblerino, a pesar de su socarronería!

Delibes encabeza su libro con una cita de Proust: "A la mala costumbre de hablar de sí mismo y de los propios defectos hay que añadir, como formando bloque con ella, ese otro hábito de denunciar en los caracteres de los demás defectos análogos a los nuestros." De lo cual deducimos que Miguel Delibes nos confiesa que no es "madame Bovary", pero que se le parece bastante. No, naturalmente, en la peripecia biográfica de Eugenio Sanz Vecilla, que nada tiene que ver con la vida real del escritor vallisoletano. Pero sí en su tejido íntimo, en su manera de entender el mundo, en su mesurada sensualidad cotidiana y hasta en sus pequeñas manías y modestos hábitos. ¿Hay algún escritor que no sea "madame Bovary"?

Las cartas de Eugenio Sanz Vecilla están llenas de jugo, de sustancia humana, de esa ambigua sombra de la vida que todos exponemos —cuando la exponemos— y que deja entrever un trasfondo mucho más denso y pingüe. A través de esas epístolas un poco redichas, pero cargadas de frustraciones, de anhelos fracasados, de limitaciones confesadas a medias, Eugenio Sanz nos habla de sus escuetos placeres rurales, de que "nunca conoció mujer" en el sentido bíblico, ni siquiera en el amor mercenario. Nos comunica su apego al terruño, su complacencia en los yantares de sabor bravío, como esos palominos de pechugas "tiernas y regala-

das", "con gusto misceláneo de todos los aromas del campo: alolva, tomillo, espliego, hierbabuena..." Hasta nos habla de sus achaques y de sus manías, de cómo le gusta que le hagan la cama y de ese maldito estreñimiento que le tortura. Y, en cierto modo, quizás sin darse cuenta, nos confiesa una adoración secreta, platónica, inconfesada y vagamente incestuosa de su ya lejana infancia.

Hay mucho prosaísmo en estas páginas, pero es un prosaísmo cálido y recia-



Elisa Lamas

ha leído:

Mazurca para dos muertos, de CAMILO JOSE CELA (Seix Barral, Barcelona, 1983)

El mal está en el mundo

No sé qué les parecerá a los especialistas en literatura el último libro de Cela, a mí me ha interesado, me ha hecho meditar. Lo empecé con esfuerzo porque tengo poco aguante para el lenguaje desgarrado e hiriente, aunque el desgarrar y la grosería sean una actitud elegida con deliberación por un académico culto y perfecto hombre de mundo cuando se olvida de la pose de escritor desafiante.

La contraportada de la novela advierte en términos enfáticos que el lector va a sacar de su lectura la impresión de que para Cela "el destino humano, y más específicamente la superstición y zafiedad, la crueldad ciega e irracional son irredimibles y que en este mundo casi predeterminado por un salvajismo elemental y telúrico, sin verdadera libertad individual, los seres indefensos o débiles son el pobre animal herido y ahorquillado, de que hablaba Shakespeare a propósito de la condición humana". Por lo que a mí se refiere he sacado en efecto esa impresión, la misma que logra dar Delibes en *Los santos inocentes*, y, salvando las distancias de idioma y temas, la misma que presidió siempre la obra de Mauriac: el mal está en el mundo, omnipresente y actuante.

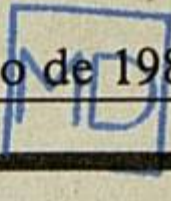
mente expresado en giros y vocablos aldeanos de enjundiosa materia. "La vida aldeana —dice Eugenio Sanz, dice Miguel Delibes—, sobre todo en los primeros años, imprime carácter, se adhiere al cuerpo de uno como una segunda piel. Esto es muy cierto, pero no me avergüenza. Yo encuentro en el lenguaje rústico un punto de sazón y propiedad del que carece el lenguaje urbano. En una palabra: me deslumbra." También a nosotros. Por eso nos hemos leído casi de un tirón esta novela demasiado breve (que podría haber sido mucho más extensa). No sólo por el interés específico de una historia de amor, muerta por su propio peso en un insólito y despiadado final que nos deja un regusto acre en la boca. No sólo por el descubrimiento de ese perfil psicológico tan de andar por casa y, por lo tanto, tan prietamente humano. No sólo por la sorna, el humor soterrado, algo socarrón que campea en sus páginas. Sino también por ese lenguaje vivo, limpio, incontaminado, que llama a las cosas, no por su nombre, sino por su más sabroso o bello nombre.

Enrique Sordo es crítico literario.

Cela ha elegido como escenario una de las comarcas más pobres y abruptas de la Galicia de hace medio siglo. No conozco ese trozo de mi país natal, no tengo una idea clara de cómo podría ser entonces, pero creo que esa localización permite al autor dos resultados de gran interés literario. El primero de ellos es el ejercicio de un lenguaje castellano que sólo un gallego puede escribir. Ese aspecto de la prosa de Cela me ha gustado muchísimo, y me reafirma en mi idea de que el bilingüismo es enriquecedor. Hoy son los catalanes cultos, los gallegos cultos, los que hablan y escriben en general un castellano más rico, puro y flexible en España. (En América se suele oír y leer también un castellano precioso.)

El segundo resultado de haber elegido ese lugar de acción es que el lector comprueba algo que siempre ha observado en Galicia: que el cristianismo nunca ha calado en las masas, que la cultura cristiana se ha superpuesto a unas creencias arraigadísimas, venidas del fondo de los tiempos. En mi tierra el cristianismo, y más específicamente la moral cristiana, eran en mi infancia y no sé si seguirán siendo "cosa de señores". Jacques Leclercq afirma que el pueblo nunca aprende bien la ética cristiana y es necesario enseñársela sin descanso. No es ese el sen-

"Ulan" 34



domingo 1 de enero de 1984

Desde Arrabal y su torre al verso de Claudio Rodríguez

El año literario se abrió en Barcelona con un premio, el Nadal, que concedía el laurel al vociferante Fernando Arrabal por su novela *La torre herida por el rayo*. Se cerraba prácticamente con otro premio, el Nacional de Poesía, resuelto sin estridencias en favor de Claudio Rodríguez por su libro *Desde mis poemas*, que reúne toda su obra poética.

Entre el grito y el silencio, el resto del año ha ido desgranando un rosario de piezas literarias, premiadas o no, más regulares y cumplidoras que brillantes. Entre ellas resalta el Premio Herralde de Novela, que en su primera edición ha sido para Álvaro Pombo, por *El héroe de las mansardas de Mansard*, o el premio catalán Ramón Llull, que fue para una obra polémica y brillante, *Fortuny*, de Pere Gimferrer.

Los dos grandes premios españoles fueron para dos escritores indiscutibles. Juan Rulfo, el autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, recibió el Premio Príncipe de Asturias, y Rafael Alberti vio finalmente reconocida oficial y públicamente su aportación a la literatura española con la obtención del Premio Cervantes, después de una polémica agriada por algunos sectores de derechas. El Premio Nacional de Novela y Narrativa sirvió para reconocer a otro escritor de la generación de preguerra, Francisco Ayala, pocos días antes de que se produjera la votación para la entrada del escritor granadino en la Academia.

Aportaciones

Como grandes aportaciones del año literario, fuera de los premios, sólo cabe señalar las que han presentado con la llegada del otoño tres consagrados. Con *Mazurca para dos muertos*, Cela reincide, en un castellano trufado de léxico gallego, en el tema de la guerra civil. También reincide Juan Benet con su prosa de *Herrumbrosas lanzas* —la más bella de la literatura española actual, según muchos críticos—. Miguel Delibes, en cambio, con *Cartas de amor de un sexagenario*, únicamente mantiene referencias históricas en la sombra de una biografía franquista en la que lo más importante es el tratamiento delicado y humorístico del sexo y del amor.

La narrativa extranjera ha conocido un creciente éxito, del que son buen ejemplo este año las ventas extraordinarias de *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

Recorte de

360

El Correo de Andalucía

MD

SEVILLA

Fecha ... 8 FEB 1984

Miguel Delibes, sorprendido por la acogida de su última obra

«Nuestro tiempo no está para grandes y complejas novelas»

Madrid. Charo Nogueira.

«Uno nunca sabe bien lo que ha escrito. El tiempo decide si vale o no. Nuestro tiempo no está para grandes novelas, frondosas y con mucha complejidad, sino que hay que hacerlas compatibles con otras actividades como la música o el deporte». La acogida de su última obra, «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» ha sorprendido a Miguel Delibes «por el ruido que ha producido». En entrevista concedida a Lid asegura que el personaje del epistolario, «un tipo poco grato», nada tiene que ver con él.

«El personaje lo he tomado en parte del natural, pero está sensiblemente inventado. Temen no tener tiempo para disfrutar de la vida. Tiene 65 años y está en la luna. Descubre la voluptuosidad y el amor en el erotismo».

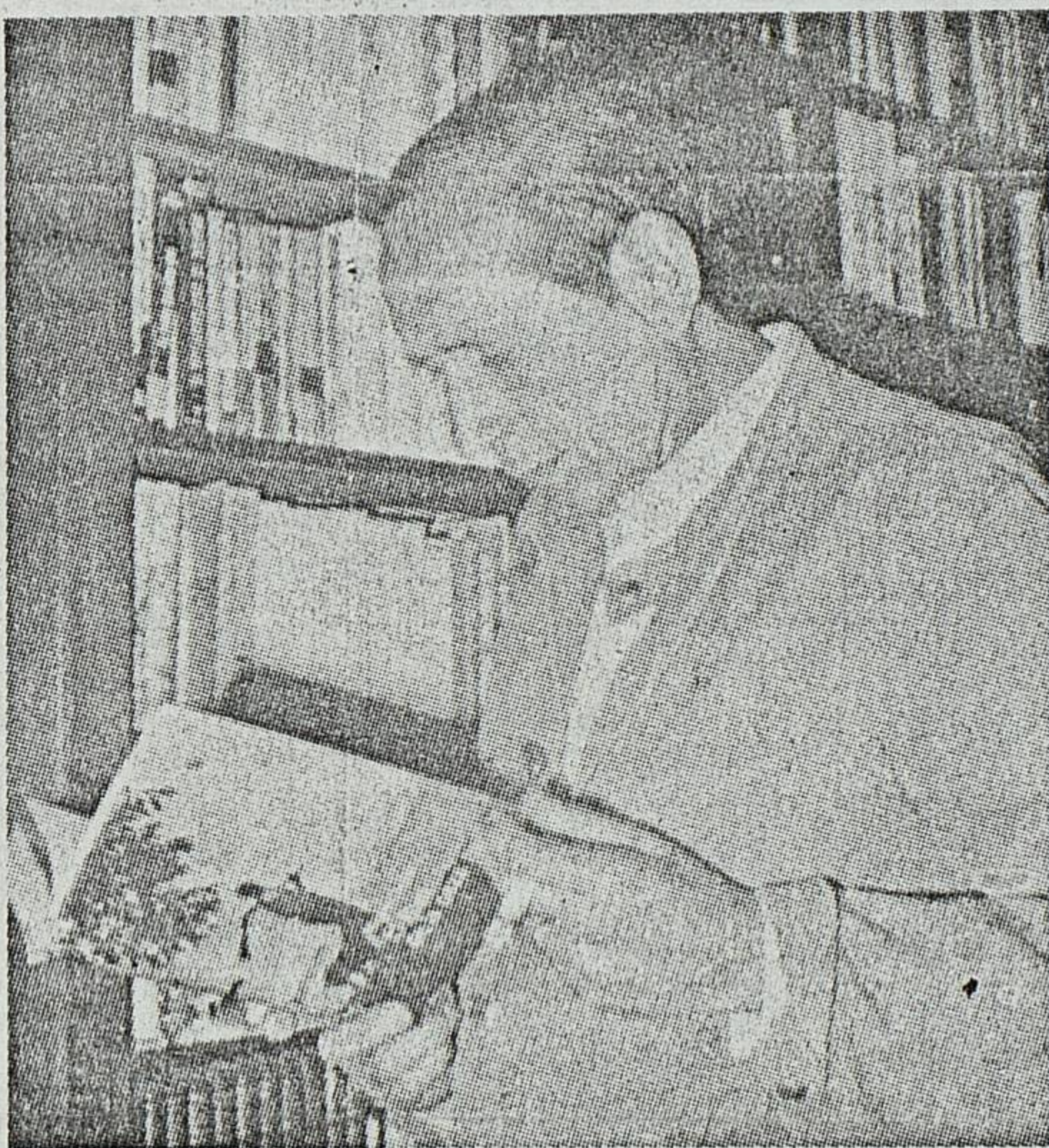
Miguel Delibes, definido muy a su gusto como el escritor de Castilla, recurrió al género epistolar para su última obra. «Había visto los consultorios de las revistas. Entonces pensé: en estas soledades se encierran novelas».

No considera sus «cartas de amor» como una obra destinada a los mayores. El personaje es el verdadero antihéroe que tiene un amor tardío. Presume de ser un autodidacta, pero ha sido un oportunista.

Miguel Delibes, vallisoletano, se aburre en la academia. Cuando fue elegido para ocupar un sillón en el templo del idioma pensaba aportar definiciones del mundo de la caza y la pesca, pero la realidad le ha desilusionado.

—Usted consiguió el premio Nadal en 1948 con «La sombra del ciprés es alargada». ¿Le gustaría ganar más premios, el Cervantes, por ejemplo?

—No tengo una gran ambición, y mucho menos respecto al dinero, quizá porque no me falta. Como honor, un premio es siempre gratificante.



El escritor castellano no comprende muy bien la autonomía de su región. «Es una complicación política más». La justifica en el caso del País Vasco y Cataluña, pero no acepta lo del «café para todos». Para el futuro prevé que «la Castilla cerealista sobreviviera perdiendo habitantes, mientras que la zona montañosa quedará semiabandonada. Sus terrenos serán aptos para el ganado».

La jornada de Delibes comienza con el trabajo matutino. Antes de comer da un paseo de seis o siete kilómetros. Después lee o escucha música clásica. Luego llegan las horas destinadas a despachar correo, a recibir. A media tarde va a conferencias o conciertos. Ha entrado ahora en una época de descanso con la publicación de su última obra. «Me bullen varias ideas, pero al final se sale por lo que no se piensa», dice.

—¿Qué opinión le merecen el ecologismo y el pacifismo?

—Yo soy un ecologista, un defensor de la naturaleza. Con frecuencia esta doctrina se monta sobre un movimiento politizado y eso no me interesa. Cuando hablo contra los misiles, hablo contra los de los dos bandos.

—¿Es usted pesimista en cuanto a la situación de la humanidad?

—Dicen que el mundo progresa, pero a mi juicio sólo lo hace en cuanto a la tecnología. Cada vez va a peor.

Miguel Delibes, el autor de «El disputado voto del señor Cayo», «Las ratas», «Diario de un cazador», o «Los santos inocentes», que rueda ahora Camus con Paco Rabal, ha hecho también incursiones en literatura infantil. En «Tres pájaros de cuenta» observo que «los niños exigen ir derechos al grano. Tomar un tema y apurarlo. Hay una existencia esencial respecto a los adultos».

LOS LIBROS MAS VENDIDOS EN TODA ESPAÑA



DISIDENCIAS

Suplemento cultural de

Diario 16

36

SEGUNDA SEMANA DE ENERO DE 1984

FICCION

Título	Autor	Editorial	Clasificación anterior	Número de semanas
1 «TE TRATARE COMO UNA REINA»	MONTERO	SEIX BARRAL	2	3
2 «MAZURCA PARA DOS MUERTOS»	CELA	SEIX BARRAL	2	10
3 «EL NOMBRE DE LA ROSA»	ECO	LUMEN	4	40
4 «CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO»	DELIBES	DESTINO	3	5
5 «LA GUERRA DEL GENERAL ESCOBAR»	OLAIZOLA	PLANETA	5	5
6 «AUTONAUTAS DE LA COSMOPISTA»	CORTAZAR	MUCHNIK	7	2
7 «NUESTRO VIRGEN DE LOS MARTIRES»	MOIX	PLAZA JANES	8	11
8 «LA CANCION DEL PIRATA»	QUIÑONES	PLANETA	9	5
9 «SECUESTRO DE UN PERRO»	HIGHSMITH	ANAGRAMA	-	1
10 «PENULTIMOS CASTIGOS»	BARRAL	SEIX BARRAL	10	3

NO FICCION

Título	Autor	Editorial	Clasificación anterior	Número de semanas
1 «CONVERSACIONES CON ALFONSO GUERRA»	FERNANDEZ BRASO	PLANETA	1	2
2 «CRONICA DEL ANTIFRANQUISMO»	JAUREGUI/VEGA	ARGOS VERGARA	4	4
3 «RUMASA»	DIAZ GONZALEZ	PLANETA	2	2
4 «MEMORIAS DE LA TRANSICION»	CARRILLO	GRIJALBO	3	11
5 «ISRAEL, LA GUERRA MAS LARGA»	ONETO	ARGOS VERGARA	7	4
6 «¿A DONDE VA FELIPE?»	TIMERMAN	MUCHNIK	-	1
7 «SERVICIO ESPECIAL»	SAN MARTIN	PLANETA	5	2
8 «CUADERNOS DE LA TRANSICION»	AREILZA	PLANETA	8	10
9 «VIDA Y MUERTE DE UCD»	ATTARD	PLANETA	-	2
10 «SOMBRAS DE OBRAS»	PAZ	SEIX BARRAL	9	2

Joaquín Arnáiz confecciona esta lista de «Los libros más vendidos en toda España». Los datos son proporcionados por las siguientes librerías: **Aguilar** (Goya, 18), **Antonio Machado** (Fernando VI, 17), **Bucholz** (Martínez Campos, 20), **Casa del Libro** (Gran Vía, 29), **El Corte Inglés-Libros**, **Fuente-taja** (San Bernardo, 48), **Galerías Preciados-Libros** (centro Callao), **México** (Fernando el Católico, 86), **Turner** (Génova, 3), **Vips-Libros** (Velázquez, 86 y 136) y **Visor** (Isaac Peral, 18); en Madrid; **Cinc d'Oros** (Diagonal, 462), en Barcelona; **Herriak** (Licenciado Poza, 11), en Bilbao; **Padilla** (Laraña, 2), en Sevilla; **Dávila** (Sangre, 9), en Valencia; **General** (Independencia, 22), en Zaragoza, y **Follas Novas** (Montero Ríos, 37), en Santiago de Compostela.

"El Día"
BAPAZES 21-1-84

... Un mohín, un gesto, un ademán...



«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso»

Norberto Alcover

Casi rondando los sesenta y cuatro años (1920), este enjuto vallisoletano de tierra adentro (lejana Andalucía y el Mediterráneo), llega de nuevo hasta nosotros con toda la fuerza de un breve libro y la pasión de un joven novicio. De antemano, no quiero entrar en la polémica del posible carácter autobiográfico del libro, al menos en varias de sus dimensiones, si bien creo reconocer en bastantes de sus páginas el vibrar personalísimo de la existencia delibiana, una de las más pulcras que se hayan podido dar en las letras españolas de nuestra compleja post-guerra civil.

Porque Miguel Delibes, reconcentrado en su Valladolid natal, es sobre todo un hombre de bien, un amigo de sus muchos amigos y el mejor escritor español viviente junto a Camilo José Cela. Abogado, profesor de la Escuela de Comercio y periodista (ha sido director durante bastantes años de «El Norte de Castilla»), se dio a conocer en 1947 con *La sombra del ciprés es alargada*, Premio Nadal. Después han sobrevivido una quincena de obras, entre las que destaca, para no ser prolijo, *Diario de un cazador* (excelente profundización en el espíritu humanista del «acto» de cazar y de la caza como «estilo de vida»), *Cinco horas con Mario* (monólogo impresionante de una esposa muy «española» ante el cadáver de su marido recién muerto), *El príncipe destronado* (narración deliciosa del niño que es desbancado de su primogenitura aislada), y la última que nos ha entregado, merecedora de esta modesta crítica.

Para entender la literatura delibiana es preciso tener en cuenta una serie de factores, que paso a enumerar sucintamente. Delibes es un producto prototípico del universo provinciano español y de sus mejores «pecados», así como un animal que paca en la geografía castellana, con horizontes eternos y pacientes horas de pasearse en busca de pastos verdeantes. Delibes, en estos dos contextos situacionales -la provincia y la meseta-, persigue la realidad más visual, más constatable, más empírica. Pero al perseguirla y conseguirla... nos va mostrando los «mundos interiores» que oculta, hasta llegar a convertirse en un narrador ultrarrealista, es decir, que va más allá de cuanto parece ilustrarnos con una sorda evidencia.

Su lenguaje pulcro y medido (ni falta ni sobra una palabra, una coma, un acento, es decir, ni falta ni sobra «ritmo»), se organiza en una narración fluente de sobria elegancia y atractiva sencillez. De tal manera que quien busque en su escritura lo sofisticado y anormal, se llevará un sonoro desengaño. Mientras Cela (como tuvo ocasión de comentar al escribir de su última «mazurca»), fuerza el idioma en busca de ocultas sensaciones, jamás experimentadas en la literatura, para bien y para mal, Delibes, mucho más humilde, parece que recoge el decir llano del pueblo, lo pule y nos lo entrega en un supremo acto de humanismo elemental. Ambos están sumamente preocupados por el «vehículo expresivo» como elemento primordial del hecho literario. Solamente que en Cela esto es evidente y en Delibes, de tan silencioso, apenas se nota. Pero me atrevo a afirmar con rotundez que quien no gusta las frases y los mundos delibianos, muy difícilmente se le podrá considerar un auténtico lector de exquisito paladar. Otra cosa es que vivamos un momento histórico y una moda literaria un tanto apartados de

estas frases y de estos mundos, quizás porque nadie sabe a ciencia cierta ni lo que quiere ni lo que siente. Que ya es situación lastimosa.

SOBRE LA OBRA EN SI MISMA

Pero vayamos, sin más premisas, a estas cuarenta y dos cartas de ese sexagenario voluptuoso pero amante hasta el exceso. Eugenio Sanz Vecilla, que probablemente vive en Valladolid pero pasa largas temporadas en Cremanes, de la comarca de Villarcayo, es un jubilado de sesenta y cinco años, ex-periodista de «El Correo de Castilla» y solterón empedernido. Su vida transcurre placentera, cuidado cotidianamente por una servidora esmerada (una especie de «ama de llaves» a la española, que ya es decir), toda vez que sus tres hermanos han muerto: Eloina (que se dedicó a Eugenio de por vida), Rafaela (de quien se enamoró Eugenio castamente), y Teodoro (con el cual jamás acabó por llevarse bien). He dicho hermanos muertos y ahora añado que jamás olvidados, especialmente el fantasma de la bellísima Rafaela, con quien compara a cualquier mujer que se cruza en su camino celibatario. Eugenio

Un día, hojeando por casualidad la sección «Correspondencia Sentimental» de la revista «La Correspondencia», se topa de imprevisto con esta referencia, nº 921: «Señora viuda, de Sevilla, 56 años, aire juvenil, buena salud. Cincuenta y tres kilos de peso y 1,60 de estatura. Aficionada a la música y viajes. Discreta cocinera. Con caballeros de hasta 65 años, similares características» (pág. 9/10). El corazón de Eugenio sufre un vuelco radical, se enamora de antemano de la que más tarde sabrá se llama Rocío y comienza el cruce de cartas con un creciente paroxismo... pero dentro de esa corrección que solamente comunican la educación familiar asumida y el ambiente lugareño equilibrado. Desde el 25 de abril hasta el 20 de octubre de 1979, Delibes nos muestra su deliciosa creación literaria y humanística: el conjunto de esas cuarenta y dos cartas enviadas por Eugenio a Rocío, y que nos permiten descubrir con facilidad las complementarias de la ansiada mujer, y más tarde, frustrada esposa.

Eugenio, en sus cartas, habla de todo (es decir, de todo lo que le interesa, de lo que forma su universo más personal, dejando de lado esos grandes lugares

la comparación entre pueblo y ciudad. De la medicina. De la importancia del buen cocinar. De las represiones políticas postbélicas. Y en fin, de tantas y tantas cosas como pueda hacerlo un corazón abierto a otro corazón, sin trabas de vergüenza acumuladas. Tanto es así que, sin que uno lo comprenda, se descubre dialogando con Eugenio, provocado por sus razones y sinrazones, como si el lector estuviera en lugar de la sevillana Rocío. Extraña experiencia que hacía tiempo no me sobreviniera leyendo un libro.

Hasta que el 15 de octubre, después de una maldita hepatitis de Rocío, que Eugenio padece como suya, ambos se encuentran en Madrid. Pero mal del hombre y de la mujer. El la descubre distinta a la esplendorosa señora vista en una fotografía que ella le mandara engañosamente. Rocío no puede superar esa gordura, casi rechonchez, de Eugenio, bajito y calvo. La mujer, hábil, comienza la retirada. Y el hombre, ingenuo, comprende que todo ha sido un brutal fracaso. La penúltima carta es un monumento al cariño humano dolido. La que cierra el libro, y en que se nos descubre que Baldomero Cerviño, amigo y confidente de Eugenio, le ha birlado a la señora sevillana, es como un grito desesperado, que se consume en una desafiante paciencia. Son las dos cartas mejores de toda la obra. Porque en ellas, Delibes es capaz de darle la vuelta entera a su personaje... pero sin romperlo, sin fracturar su plenura de castellano viejo. El lector, inevitablemente, se queda con un mal regusto de boca. Y piensa que el autor, o sí o no, difícil de saber a ciencia cierta, es un misógino empedernido, que no duda en vear duramente a la mujer cuando tiene que dar su do de pecho en las arduas tareas del amor. El hombre ha sido un peón en manos de esta sevillana, un tanto fondona que, a hurtadillas, con un celestino impropio de su condición, se las ha arreglado con ese Baldomero Cerviño de marras.

Opino que estas cartas de amor loco, escritas por un sexagenario más necesitado que voluptuoso (es una opinión, digo yo), tienen el mismo exquisito marchamo que aquellas cinco horas con Mario de la esposa tremenda: la misma introspección, idéntica finura analítica, detalles de calidad humana donde la haya. Solamente que ahora no es la voz de una mujer sino las letras de un hombre las que se nos arrojan con mimo a la cara, para que podamos comprender cómo sienten, sueñan y urgen los seres humanos que aman y son amados, que aman y no son amados. ¿No es la escritura por correspondencia una especie de monólogo que se transcende a sí mismo?

Hace semanas, recomendaba vivamente la lectura de la mazurca celiana. Ahora, con idéntica viveza, les recomiendo la lectura embriagante de estas cartas amorosas, donde late un dulce erotismo un tanto demodé, casi inédito en la literatura de calidad hodierna. Conozcan a Eugenio Sanz Vecilla, señor de la meseta castellana, honorable donde los haya, que vivió una imperdonable historia de amor loco y enloquecido con esa extraña Rocío, hasta romperle el corazón.

Delibes, siempre, bien vale unas horas.
DELIBES, MIGUEL: *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*. Editorial Destino, en su Colección «Ancora y Delfín», nº 574. Barcelona, 1983. 151 páginas.



Sanz Vecilla es, pues, un personaje sencillo, conocido en la ciudad y mucho más en su pueblo, que goza de una cultura madura y contempla la existencia desde la serenidad de la provincia y la quietud de la llanura. En realidad, nada de cuanto se nos narra en el libro, en esas cartas de amor, tendría por qué haberle sucedido a él. Pero la vida es así. Y así hay que tomarla.

comunes que llenan, como cigarras, las novelas del momento). Habla de la carne femenina como expresión de una suprema belleza. De la distinción elemental entre erotismo y pornografía. De la opinión que le merecen los andaluces. De su religiosidad tan serlia como sencilla. De los nuevos periodistas españoles. De la soltería como estado privilegiado para prepararse al matrimonio. De

Cine

Arrebato

Manuel Alvarez Prieto

Como preámbulo de una excelente —y por ello bastante rara— semana de cine-cine, hoy veremos en la sala de la E. U. I. T. A. uno de los filmes experimentales más importantes de los últimos años de producción española. "Arrebato", de Iván Zulueta, es una obra que se sale de todos los moldes convencionales de la narración habitual y taquillera y busca que el espectador imagine, vuele, renuncie a la comodidad, se esfuerce. Es uno de los pocos —muy pocos— ensayos de un estilo de cine donde se juega para las recaudaciones industriales, intentando hallar algo más que pesetas.

"Arrebato", para quienes se aburren soberanamente con el cine literario y repetitivo. Para los aficionados a quienes todavía no se les ha perdido la esperanza de que la cinematografía sea un medio de expresión hecho de imágenes —como lenguaje propio, autónomo—, sin las dependencias tópicas que lo dejan siempre —o casi siempre— como un simple agregado fotogramático de la narrativa novelada clásica, es un ejemplar para ver y rever constantemente. Porque "Arrebato" es, básica y fundamentalmente, un homenaje al cine experimental que vive soterrado en los archivos de las filmotecas, sin que le interese su distribución a ninguna empresa multinacional o nacional que tiene —tienen— como único objeto o meta el rédito de taquilla, aunque ello signifique la muerte de un arte con el que soñaron los creadores como Eisenstein, Murnau, Pudovkin, André Bazin, Mitry, Kracauser, Godard, Bergman, Antonioni, Rosellini, Lang...

La experiencia de un cineasta que se filma a sí mismo mientras duerme terminando por ser absorbido —vampirizado— por una cámara hasta acabar con él, es contado por Zulueta sin necesidad de explicitar o facilitar la lectura del film. El espectador debe seguir la anécdota mirando —y no escuchando—. "Arrebato", sin la pretensión de ser una obra maestra, es una búsqueda del cine puro.

La tele

"Bajos fondos", la venganza como meta en la vida

MADRID
José Luis del Moral
OTR/Press

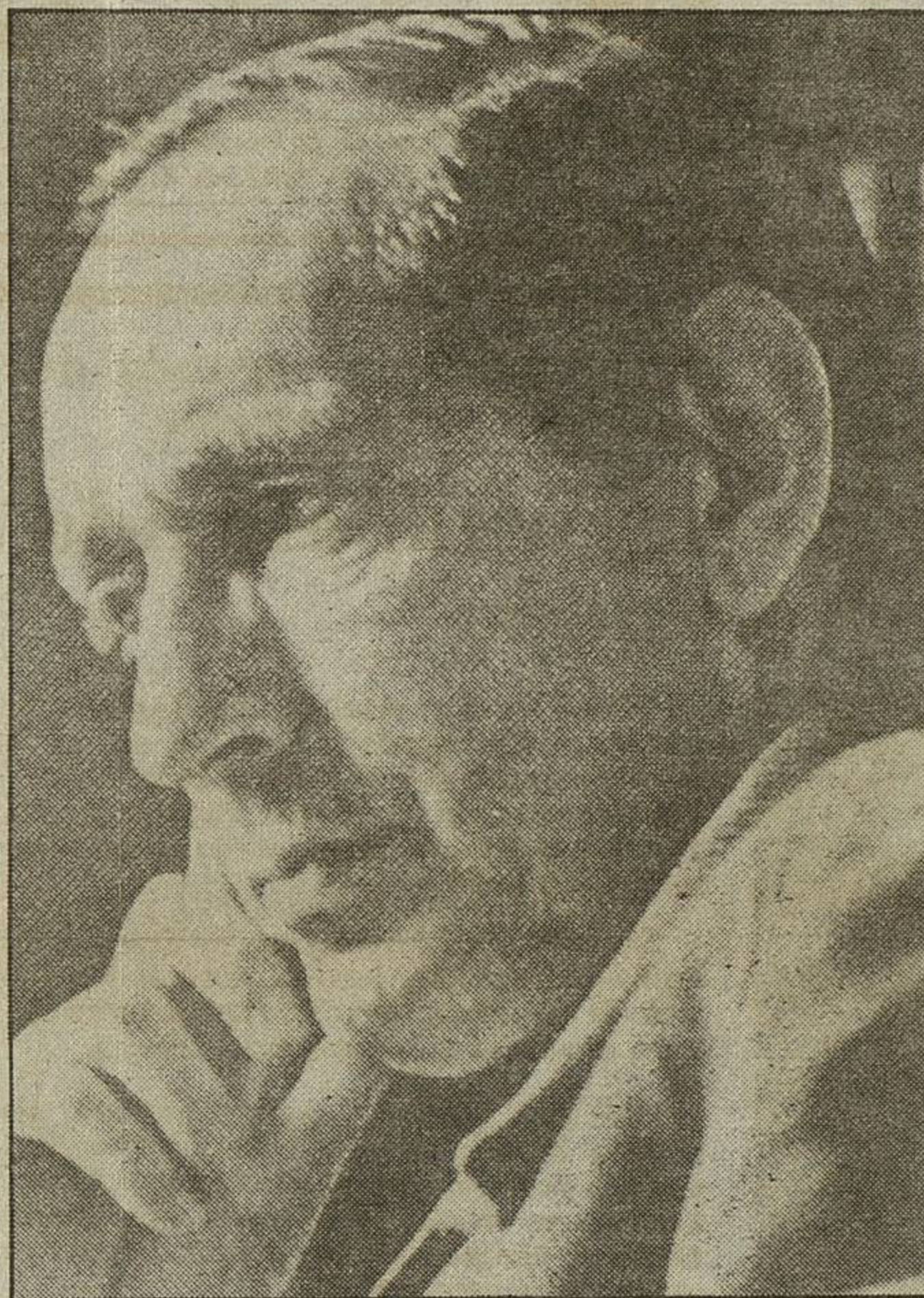
De unos años a esta parte se ha experimentado un auge en los temas "negros" en nuestro país, y no sólo por la realización de filmes de este género ("El crack", "El crack dos", "La mano negra", "El arreglo") sino también porque las editoriales han rescatado a un gran número de autores casi desconocidos o malditos en estos lares, y que eran considerados como escritores menores (Dashiel Hammett, Agatha Christie, Patricia Highsmmit).

Continuando con el ciclo que TVE dedica al cine negro americano en la noche de los miércoles, hoy nos ofrece la película de Samuel Fuller "Bajos fondos", que dirigió para la Columbia en 1961, a partir de un guión escrito por él mismo. Fuller fue especialista en la dirección de películas englobadas en la llamada serie B. "Bajos fondos" ("Underworld USA") no llegó a estrenarse nunca en las salas comerciales, proyectándose por primera vez el año 1975, a través de la pequeña pantalla.

El guión nos presenta a Tolly Delvin —que siendo adolescente presenció el asesinato de su padre— preocupado por la venganza como única meta de su vida. Sus andanzas le llevan a la cárcel donde consigue que uno de los asesinos de su padre le revele antes de morir los nombres del resto de los matones. Estos han formado una banda que domina los bajos fondos de la ciudad. Devlin se gana la confianza de los "gángsters" y poco a poco va conociendo los pormenores de la organización que se oculta camuflada en numerosas sociedades de aspecto legal y a la que no tiene acceso, a pesar de sus intentos, el fiscal general y el delegado del Gobierno, John Driscoll.

Cliff Robertson, Beatrice Kaye, Larry Gates, Dolores Dorn, Paul Dubov, David Kent y Tina Rome son los principales protagonistas de estos "Bajos fondos".

"Bajos fondos" se emite a las 21,50 horas, a través de TVE-1,



En el espacio "Tiempo de papel", que se emite a las ocho de la tarde por la Segunda Cadena, será entrevistado el famoso escritor vallisoletano Miguel Delibes

en blanco y negro, con una duración de 92 minutos.

LA MUSICA EN EL TIEMPO

Este espacio dedicado a la historia de la música clásica, se ocupa hoy de la revolución en las formas de componer, que se produce en Rusia años más tarde que en el resto de Europa. El título de este capítulo es "El grupo de los cinco".

"La música en el tiempo" se ofrece por TVE-1, a partir de las cinco de la tarde.

TIEMPO DE PAPEL

Este programa que se ocupa del mundo de los libros e incluye entrevistas, reportajes, presentación de novedades editoriales, coloquios y recorridos, está presentado por Isaac Montero y realizado por Víctor Serrano.

El escritor vallisoletano Miguel Delibes será entrevistado hoy. Además, Pere Calders, uno de los escritores más representativos de la literatura catalana, hablará de su libro de relatos "Ruleta rusa y otros cuentos".

"Tiempo de papel" se emite a las ocho de la noche, por TVE-2.

Programas

PRIMERA CADENA

- 13,45 Carta de ajuste.
- 14,00 "O Mar".
- 14,30 Telexornal Un.
- 14,55 Conexión con la programación nacional.
- 15,00 Telediario. Primera edición.
- 15,35 La luz de los justos. (Episodio 5).
- 16,30 La tarde.
- 17,05 La música en el tiempo. "El grupo de los cinco".
- 18,00 Barrio Sésamo.
- 18,25 El libro gordo de Petete.
- 18,30 Dabadabada.
- 18,55 Cantinflas.
- 19,05 Nosotros. Programa informativo que trata de temas interesantes para los chicos.
- 20,00 Dos en discordia. "Cuanto más junto mejor". Dirección: Peter Frazer-Jones. Intérpretes: Donald Linden, Windsor Davies, Julia Watson, etc.
- 20,30 Telediario. Segunda edición.
- 21,05 Dentro de un orden. "Libertad de expresión". Las leyes españolas reconocen y protegen el derecho a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción.
- 21,35 Cortometraje.
- 21,50 Sesión de noche. Ciclo cine negro americano. "Bajos fondos". (1960). Dirección y guión: Samuel Fuller. Intérpretes: Cliff Robertson, Beatrice Kay, Larry Gates, etc. Tolly Devlin, quien siendo adolescente presenció el asesinato de su padre, llevado a cabo por unos matones de los que juró vengarse; se ha lanzado a una vida delincuente que acaba en una condena a presidio. Cuando Tolly alcanza la madurez sabe que ha llegado la hora de su venganza.
- 23,35 Últimas noticias.
- 23,45 Despedida y cierre.



REPORTAJES BODAS

FOTOS CARNET AL

Telva
1 febrero 84

39



Libros

■ Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso

Miguel Delibes. Ediciones Destino, 1983, 152 págs.

Está lejana la época dorada de la novela epistolar. Alcanzó su período cumbre a finales del siglo XVIII y su ocaso coincidió con la aparición de la novela histórica y gótica. Es una de las que más se adapta a la descripción romántica, y a veces, como en el caso de esta novela de Delibes, un tanto morbosa de las pasiones humanas. Basta recordar, para caer en la cuenta, la famosa «Las penas del joven Werther» de Goethe.

En «Cartas de amor...», Delibes ha sabido utilizar con maestría esta vieja técnica tan poco utilizada en la copiosa creación literaria de este autor. La sustancia temática de estas cartas dan a conocer la vida íntima de un periodista jubilado que a través de un consultorio sentimental de una revista se pone en contacto con una viuda de más de cincuenta años. Como suele ocurrir con los amores platónicos se rompen de improviso al establecer contacto directo. Las cartas escritas entre el 25 de abril al 20 de octubre del 79 dan entrada a descripciones sociopolíticas y culturales acaecidas durante aquellos meses en España, así como fundamentalmente, al mundo complejo del periodista, en su ilusión amorosa tardía correspondida inicialmente y más tarde traicionada. Novela otoñal, en la que no faltan algunas ensoñaciones y fantasías, llamémoslas de «viejo verde», primorosamente escrita, con ese castellano natural y fresco de Delibes.

Angel Basanta

Transcurridos ya más de 35 años desde que M. Delibes ganara el Premio Nadal con una novela primera, **La sombra del ciprés es alargada** (1948), la actualidad literaria viene confirmando año tras año el inmenso prestigio del escritor castellano, consagrado entre críticos y lectores a partir del esfuerzo de superación formal y depuración estilística constantes que culminaron en el acierto rotundo de **Cinco horas con Mario** (1966), una de las obras maestras de la novela española de posguerra y quizás la más perfecta en su construcción formal y en su expresión abarcadora de la España del inmediato pasado.

La última novela de Miguel Delibes

Ya es habitual que el anuncio de una novela de Delibes provoque altas dosis de curiosidad en el mundo literario. Pero estas **Cartas de amor...** llegaron a convertirse en la obra más esperada del novelista vallisoletano. Habrá que buscar las razones del fenómeno en el prestigio y la popularidad del autor, la coincidencia de publicación en el otoño de obras de algunos de nuestros mejores novelistas, la novedad —en este tiempo— de la forma epistolar, el tema del amor —que nunca había sido tema central en la obra delibiana— y también en el cebo erótico del título.

La novela está formada por 42 cartas que un periodista jubilado escribe a una viuda sevillana de 56 años. Por la primera carta sabemos que todo parte de un anuncio de la viuda en «La correspondencia sentimental». A continuación, siempre en forma epistolar, se desarrolla la creciente relación amorosa «a distancia» entre ambos, de modo que el lector, a través de las cartas de Eugenio —las únicas que se ofrecen en la novela—, va descubriendo su evolución sentimental al mismo tiempo que sus costumbres, su vida pasada y presente, y también algunos detalles significativos de la mujer con quien se cartea (cualidades referidas o aludidas en las respuestas que él le da). En el presente narrativo Eugenio es un oscuro individuo de 65 años que después de alcanzar importantes puestos en «El Correo de Castilla» se jubila con la frustración de no haber

llegado a la dirección del periódico, y se retira a la vida apacible del campo en un pueblo cercano al de sus antepasados. Pero desde este presente narrativo, situado entre abril de 1979 y octubre del mismo año —fechas de la primera y la última carta—, la narración practica continuas retrospecciones al pasado, porque el jubilado va refiriendo su vida a la destinataria de sus confesiones: este sexagenario de salud levemente quebrantada es un solterón amante de las buenas costumbres, regordete, metódico y solitario; fue el menor de cuatro hermanos, un tardío de nacimiento en una familia proclive al celibato, quedó huérfano desde niño y creció bajo la vigilancia de su hermana Rafaela, por quien llegó a sentir una fuerte atracción sensual. Antes de la Guerra Civil trabajó como subalterno de «El Correo de Castilla»; después de la guerra consiguió el carnet de periodista por recomendación y, con ocasión de las depuraciones en el periódico, fue elevado a redactor del mismo llegando más tarde a convertirse en el cerebro gris del diario en los últimos años del franquismo. Con la llegada de la democracia quedó apartado de su labor.

El novelista va configurando a la vez la trayectoria vital del personaje y las referencias a algunos momentos de la historia del periodismo en estrecha relación con el contexto político-cultural de la posguerra: corrupción en la concesión de carnets, depuraciones en la profesión, vigilancia y censura en la prensa, referencias a

la Ley Fraga, etc. Al mismo tiempo el lector va recomponiendo una idea fidedigna de la conducta de este jubilado incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos porque vive anclado en actitudes casi decimonónicas. Eugenio se afirma como un hombre, autodidacta y muy meritorio porque se ha hecho a sí mismo, lo cual aumenta su frustración profesional. Pero su justificación nunca podrá ocultar lo que en realidad ha sido: un tipo muy frecuente en la posguerra —y aún en nuestros días—, un acomodaticio «apolítico» de derechas, medianamente culto, reservado, bastante sórdido, sabelotodo, aprovechón, oportunista y arribista que ha ido escalando puestos por amiguismo más que por méritos propios.

El tema central —el tardío enamoramiento del solterón— sigue el esquema clásico de la narración: planteamiento en las primeras cartas, nudo en la mayor parte de las restantes con el progresivo rejuvenecimiento y apasionamiento romántico del sexagenario, y desenlace con la caída de todas las ilusiones ante el engaño de Rocío y la vuelta a la autenticidad del maduro pretendiente. La narración avanza con rapidez, y en su progresión el autor aprovecha todos los elementos formales de la carta, de modo que la intensidad de las relaciones reflejada en los sentimientos expresados en las sucesivas cartas queda realizada por los encabezamientos —desde los iniciales «Distinguida / Estimada / Apreciada amiga» hasta los apasionados «Mi pequeña Rocío, mi gran amor», «Queridísima»— y por las despedidas, con idéntica evolución —desde «Con respeto y amistad» hasta «Sueña contigo», «Te idolatra»—. De este modo encabezamientos y despedidas son indicadores significativos de la marcha del relato, junto con otros elementos internos en la redacción de las cartas, como el paso del tratamiento de usted al tuteo o el progresivo despliegue de la voluptuosidad del señor en todos los órdenes de su vida, no sólo en el plano amoroso: desde el regusto de sus aficiones gastronómicas y la voluptuosa descripción del placer de los puros que fuma o del pulero aseo matutino hasta sus reiteradas preferencias por la «calidad de carne», los sueños eróticos con su hermana Rafaela y luego también con Rocío, cuya foto examina y describe con todo detalle. Tal intensificación culmina en el confiado empleo de léxico erótico (la carta 25 es muy ilustrativa) y en la romántica cita a distancia para ver la luna (cartas 33 - 34) para caer bruscamente en las dos últimas cartas. Más esta caída no es tan inesperada como parece; es rápida porque también el comienzo lo es, pero aun cuando todo parece marchar bien el lector puede recoger indicios suficientes que anuncian el fracaso final: reprimendas de la viuda, que lo acusa de «sátiro incestuoso», de cómodo trepador en el periódico, de modos vulgares porque antepone el adjetivo «difunto» al referirse a

sus muertos. Son reproches que sugieren el fracaso, intuido especialmente al malograrse la cita para ver la luna por el olvido de Rocío entretenida con la serie televisiva **Grandes Relatos**. El desplante final sólo hace más cruel lo que ya se intuía, al ser el protagonista engañado por un amigo y por el único amor de su vida. Y no se olvide que ya el lema de Proust que antecede a la novela es otro indicio claro que incide en el aspecto negativo del solterón.

Tradición y renovación

Estas **Cartas de amor** constituyen la novela de un fracaso, en la profesión porque Eugenio no consigue justificar su conducta y sufre un resentimiento profesional, y en el amor porque es engañado por seres queridos. Al final nos quedamos con un relato triste, lleno de melancolía, fruto de una mirada sombría a la vida y dominado por la soledad y el patetismo, todo el patetismo y la desolación de los consultorios sentimentales. El fracaso del sexagenario puede inspirar piedad, pero no del todo, pues el autor ha puesto la ironía y el humor suficientes para hacer ver el lado negativo y ridículo de su personaje. Tanto que este jubilado acabaría siendo un buen marido de Carmen Sotillo, la viuda de **Cinco horas con Mario**, pues como allí se noveliza ahora el punto de vista de la parte interesada de modo que algunas justificaciones del personaje - narrador se transforman en reproches contra él, al tiempo que también aquí a través de la voz de uno solo de los personajes se descubren algunas facetas del otro.

La forma epistolar de la novela, además de contribuir a una consciente —quizás también inútil en los tiempos que corren— reivindicación de la carta, responde a la preferencia de Delibes por la modalidad soliloquial o monologada de la narración. Como en **Cinco horas con Mario** o **Las guerras de nuestros antepasados** se oye aquí la voz de un personaje que narra los hechos desde su perspectiva; y Delibes ha vuelto a acertar en el respeto y la fidelidad artística a un personaje por el que no siente simpatía alguna. Tal fidelidad artística permite que el narrador - protagonista exponga sus ideas desde su punto de vista y con toda libertad; en cambio, una vez más, el punto de vista del personaje es completado y corregido por la visión de un joven, el hijo de la viuda, que acusa a Eugenio y rechaza sus cómodas e interesadas explicaciones.

En suma, el acierto de Delibes está en su fidelidad artística con un personaje con el que no sólo no simpatiza sino que es su propia antítesis. Estamos aquí en el extremo opuesto de **El príncipe destronado**, ante el final pesimista del ciclo vital, pues este sexagenario, en algún sentido comparable al jubilado de **La hoja roja** por el tirón de la soledad, no es más que un antihéroe que busca lo sublime y acaba en lo grotesco.



ABC Libros más vendidos en la semana ABC

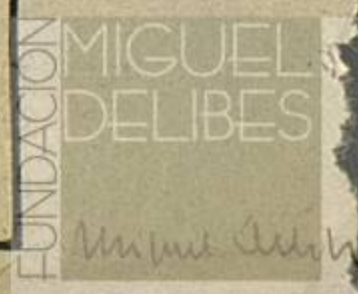
Título	Autor	Editor	Puesto anterior	Semanas presente
Creación				
1. Mazurca para dos muertos	Cela	Seix Barral	1	17
2. El nombre de la rosa	Eco	Lumen	5	51
3. La guerra del general Escobar	Olaizola	Planeta	2	13
4. Hijas de María	Vizcaíno Casas	Planeta	3	13
5. Te trataré como a una reina	Montero	Seix Barral	4	10
6. 1984	Orwell	Destino	7	4
7. Memorias de Adriano	Yourcenar	Edhasa	8	53
8. Cartas de amor de un sexagenario	Delibes	Destino	6	11
9. La canción del pirata	Quiñones	Planeta	9	12
10. El señor de las moscas	Golding	Alianza	10	17

Pensamiento				
1. Servicio especial	San Martín	Planeta	2	8
2. Conversaciones con Alfonso Guerra	Fdez. Braso	Planeta	1	8
3. Golpe mortal	Fuentes G. ^a Prieto	Prisa	3	6
4. Del paro al ocio	Racionero	Anagrama	8	31
5. En propia mano	Gala	Espasa Calpe	7	36
6. ¿A dónde va Felipe?	Oneto	Argos-Vergara	6	14
7. La Papisa	Murphy	Plaza & Janes	10	3
8. Recuerdo de una vida	Primo de Rivera	Dyrsa	4	9
9. Mis episodios nacionales	Vizcaíno Casas	Planeta	5	36
10. Vida y muerte de UCD	Attard	Planeta	—	11

Librerías consultadas:

Albacete: Herso (Tesifonte Gallego, 17). **Alicante:** Manantial (General Goded, 41). **Almería:** Cajal (Navarro Rodrigo, 14). **Avilla:** Medrano (Pl. Santa Ana, 2). **Badajoz:** Alianza (Hernán Cortés, 5). **Barcelona:** Casa del Libro (Rd. San Pedro, 3), Corte Inglés (Pl. Cataluña, 14), Hogar del Libro (Vergara, 3). **Bilbao:** Villar (Gran Vía, 22). **Burgos:** Mainel (Victoria, 27). **Cáceres:** El Noticiero (San Pedro, 18). **Cádiz:** Miñón (Pl. Mina, 2). **Castellón:** Armengot (Enmedio, 21). **Ceuta:** González Gallardo (Av. África, 1). **Ciudad Real:** Tartessos (Pl. Mayor, 10). **Córdoba:** Luque (Conde Gondomar, 11). **La Coruña:** Arenas (Cantón Grande, 21). **Cuenca:** Evangelio (Generalísimo, 1). **Gerona:** Pla Dalmau (Rambla 20). **Granada:** Continental (José Antonio, 2). **Guadalajara:** Cobos (Mayor, 34). **Huelva:** Saltés (Ciudad Aracena, 1). **Huesca:** Casa de las Novelas (San Orenco, 1). **Jaén:** Don Quijote (P.º Estación, 31). **León:** Pastor (Pl. Santo Domingo, 4). **Lérida:** Marimón (Comercio, 48). **Logroño:** Santos Ochoa (Sagasta, 3). **Lugo:** Cabado (General Franco, 8). **Madrid:** Aguilar (Serrano, 24), Antonio Machado (Fernando VI, 17), Atlántica (Silva, 32), Beatriz (Velázquez, 84), Casa del Libro (Gran Vía, 29), Corte Inglés (Preciados, 3), Fuentetaja (San Bernardo, 48), Galerías Preciados (Pl. Callao), Manzano (Espoz y Mina, 16), Servicio Comercial del Libro (Preciados, 32), Vips (Velázquez, 136). **Málaga:** Ibérica (Nueva, 7). **Melilla:** Boix (Generalísimo, 1). **Murcia:** González Palencia (Merced, 25). **Orense:** Fidalgo (Pl. Mayor, 14). **Oviedo:** Gema (Milicias Nacionales, 3). **Palencia:** Blanco (General Mola, 17). **Palma de Mallorca:** Tous (Unió, 2). **Las Palmas:** Rexach (Constantino, 18). **Pamplona:** Gómez (Pl. Castillo, 28). **Pontevedra:** Viñas (Peregrina, 19). **Salamanca:** Cervantes (Azafranal, 11). **Santa Cruz de Tenerife:** La Isla (Robayna, 2). **Santander:** Estudio (Calvo Sotelo, 21). **San Sebastián:** Internacional (Churruga, 6). **Segovia:** Vallés (Fernández Ladreda, 20). **Sevilla:** Lázaro (Sierpes, 2), Sanz (Granada, 2). **Soria:** Las Heras (Collado, 38). **Tarragona:** Guardias (Rambla, 48). **Teruel:** Universitaria (Joaquín Costa, 4). **Toledo:** Gómez-Menor (Comercio, 43). **Valencia:** Bello (Barcas, 5), Corte Inglés. Nuevo Centro. **Valladolid:** Lara-Miñón (Fuente Dorada, 17). **Vitoria:** Linacero (Fueros, 17). **Zamora:** Clarín (Héroes Toledo, 22). **Zaragoza:** General (Independencia, 22).

Premios convocados



"Orro feo", febrero 89

LA VOLUPTUOSA PIEZA DEL CAZADOR



Bernardo VICTOR CARANDE

hecho descriptivo, una manera de plantear y resolver el asunto de narrar, común a ambos grupos de novelas, parejamente expectante que se dijera. Delibes es un narrador pausado y seguro que va aportando datos de forma, a la vez, segura y detenida, con los que se puntúan unas circunstancias, las del hecho novelado, y su desenlace. Es, se dijera, un novelista continuo, un novelista de siempre, con artes actuales. Y propias. Se trata de un novelista expectante, espectador, de aguardo, y —como buen cazador— al acecho.

Escritor fiel a sí mismo —cuántos no se han perdido en el ambicioso piélago de superar a los demás, y hasta de superarse a sí mismo, perdiéndose en el empeño— desde su primera novela demuestra conocer muy bien sus medios (de ahí su definidísima personalidad) y basarse, y aún bastarse, en ellos. Medios que casi no es necesario decir son los de un observador y transeúnte de la vida por descampado, alerta, atento, al devenir natural de la Naturaleza. Y, cómo no, de sus detonantes, circunstancias, ajenos. Las facultades propias de todo buen cazador.

En estas «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» no está, como decimos, la caza, ni el cartucho, ni la escopeta. Aunque a veces, por qué no, el narrador, por muy jubilado o ciudadano que sea, o esté, se extasie con el recuerdo, y aún la enumeración —a la amada— de datos de propia e íntegra

naturalidad: la cocina de siempre, «soy un convencido de que uno de los síntomas más obvios de la decadencia de occidente reside en el progresivo desdén por la cocina», el campo, «sospecho que usted no ama el campo porque no le conoce» (Adviértase, por curiosidad, los insalvables y, aún diríamos, saludables, leismos en los que, con frecuencia, cae la prosa de Delibes), la nogala y el ruiseñor, «el rumor de una nogala mecida por el viento en tanto el ruiseñor...» la observación de otras aves, el petirrojo, la tórtola, el arrendajo, el amor por el huerto, «mi huerto es chico, media obrada a todo tirar, pero siembro en él un poco de todo: arvejos, habas, zanahorias, vainas, calabacines, cebollas, ajos, remolacha de mesa y, sobre todo, patatas...»

Mas no se crea, por la enumeración de todos estos apacibles recuerdos que se trata de una novela bucólica. Ni aún tratándose de una novela de amor el que sea sentimental. A la narración de tal hecho epistolar aplica el observador atento, con su pluma, un incisivo, y, se diría, cauteloso mirar, tal cual de fría, analítica y hasta despiadada es la vida misma, o el cazar. Actividad que no se da por conclusa si no es con la recompensa de la pieza abatida.

Muestra de éste, se dijera, acerado y frío actuar, y de la intención, por tanto nada bucólica de la novela, que la novela es, más bien, todo lo contrario, el frío y contemporáneo testimonio de un

desengaño usual, lo dan frases, intercaladas en el texto, cual las que siguen: «la víspera hubiera rellenado ese esqueleto con carne enjundiosa pero, tras una noche en vela, apenas soy capaz de arrimarle un poco de carroña para disimular su monda blancura» o, páginas adelante, «habitado como estoy a la ingratitud, no es fácil que ninguna adversidad me impulsara a quitarme la vida...»

Que el personaje de Eugenio Sanz Vecilla, natural de Cremanes, sexagenario, jubilado, tan vulgar, tan actual, es así porque así es, de despiadada, la vida misma. Y este su protagonista como los demás, que él mismo describe, por carta, a su amada, las hermanas, Eloína, tan doméstica, Rafaela, tan sensual, Angel Damián, al que arrastra en su carrillo de impedido, o Baldomero Cerviño, tan *cabal* que terminará engañándole, o la misma amada, la esquiva Rocío, «mi pequeña Rocío, mi gran amor, mi dulce amor...» que pasa a ser «muy señora mía» y una «mujer madura, de antebrazos flácidos... arrugas... oscuras bolsas... traidora sotabarba...» después del único y desafortunado encuentro de... ¿los amantes?

Mal le va al pobre E. S. V. a lo largo de toda la novela, tan mal que a su final ni a él mismo podemos compadecer. En la última carta, la del desenlace, resulta ser además de estreñido, *rechoncho*, *taponcito* y *mendaz*, y se duele, «¿puede calificármese con este rigor por el hecho de medir un metro cincuenta y ocho en lugar de uno sesenta o por la pueril estratagema de encaramarme en un ladrillo para retratarme y aparentar unos centímetros más de estatura?» y ella no ser aquella *atractiva señorita en bañador* de la fotografía que le envió.

Amargas cartas de un amargo amor. El único consuelo, al cabo, sentimental, que le restará a E. S. V. será recordar, una y otra vez, aunque sea incestuosamente, a su hermana la sensual, «mi difunta hermana Rafaela solía tomar el sol sobre una manta con unas sucintas braguitas y un sujetador», esa Rafaela, la única que se salva, «usted era lo que tenía que ser, lo que yo era, lo que todos somos (a excepción de aquel prodigio insenescente que se llamó Rafaela)...»

Biselada, puntual, acerva disección novelesca incisa, casi a buril, por la pluma, cual un punto de mira, de un conciso observador de la vida como una pieza, abatible, de caza. Del maestro de tal novelar.

Dos libros también voluptuosos de título recuerdo ahora de la literatura universal, «Du sang, de la volupté et de la mort» de Barrès, y «Volupté» de Sainte-Beuve. Este tercero no les va a la zaga.



EL PUERTO

Se ha iniciado la organización de la Acampada Ibérica 1984

Se han iniciado las conversaciones entre el Club de Aire Libre Cádiz, con sede en la Isleta de Valdelagrana, y el Patronato Municipal de Turismo para preparar la celebración, el próximo mes de julio en el pinar de las Dunas de San Antón, la Acampada Ibérica 1984.

Esta acampada, que tendrá lugar entre los días del cuatro a ocho de dicho mes, supondrá una afluencia turística de unas cinco mil personas procedentes de España y Portugal, países que se alternan en la organización de la misma. Por este motivo están previstas para esas fechas unas mil instalaciones, que se dividirán en unas doscientas tiendas de campaña y ochocientas caravanas.

En las sesiones de trabajo que están realizando las dos entidades organizadoras, se apunta que el presupuesto de esta acampada será de unos dos millones seiscientos mil pesetas, que aportarán los mismos íntegramente. Por otro lado, el Patronato Municipal portuense

aportará los servicios e instalaciones de fortuna para atender a la demanda de esta afluencia de público, y también el mismo organismo va a realizar un estudio profundo para racionalizar y coordinar los distintos servicios municipales que podrán colaborar en la organización de esta acampada que tiene lugar anualmente.

Igualmente, el Patronato de Turismo está ultimando detalles para la instalación de un camping municipal en la zona del Pinar de las Dunas de San Antón, debido a que en épocas de vacaciones el existente en la parte de Valdelagrana está cubierto siempre al cien por cien, teniéndose que trasladar los visitantes al situado en el término de Puerto Real. El presupuesto de este camping será de unos setenta y cuatro millones de pesetas, buscándose la financiación de la Junta de Andalucía a través del crédito turístico. La capacidad prevista será de seiscientos plazas.

Tertulia literaria para estudiar la última novela de Miguel Delibes

El próximo viernes en el pub Albanta de nuestra ciudad tendrá lugar organizado por el Aula de Cultura del Instituto de Bachillerato Pedro Muñoz Seca, una tertulia literaria en la que se comentará y debatirá la última novela de Miguel Delibes, titulada «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso». Esta será la segunda tertulia que se organiza, en la primera se comentó y estudió la novela de Ramón Pérez de Ayala «A.M.D.G.».

En esta última obra de Delibes, que será comentada a las cuatro de la tarde, el escritor se acerca al tema del amor y el sexo, que apenas nunca ha sido tratado en profundidad por el novelista vallisoletano. Entre las obras de este famoso autor se encuentran «Mi idolatrado hijo Sisí», «Cinco horas con Mario», «La hoja rota», «Las ratas», «El príncipe destronado» y «Los santos inocentes».

De lapón

COMENTARIO DE ASAHI SHIMBUN DEL DIA 17 DE DICIEMBRE DE 1989

"CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO"
MIGUEL DELIBES

No han advertido que declarar el amor por medio de una carta es más auténtico, más verdadero, que declararlo de palabra? Esta novela de Miguel Delibes es como un libro de cabecera para las personas que así piensan.

El título puede resultar algo innecesario, ya que en el amor no hay edad, raza ni fronteras. No importa que se sea español, voluptuoso o sexagenario. Son cartas de amor escritas cada día durante medio año, de Abril a Octubre. El protagonista es un periodista que acaba de estrenar su jubilación. Es soltero, de baja estatura y obeso.

Su primer objetivo al jubilarse es conseguir una compañera, que resultará ser una viuda de 56 años. Es lógico pensar que podrían formar una buena pareja. Las cartas de amor son 42 en total, todas suyas, y en ellas va describiendo el amor que por esa mujer siente. Son cartas escritas con claridad, llenas de vida, y en ellas se usan todos los estilos propios de este género: tratamiento honorífico, presentación de sí mismo, ruego de fotografías del ser amado, solicitud de una cita, petición de mano; incluso hasta la forma de despedirse está habilmente expresada.

al llegar a la carta vigésima, el protagonista escribe su deseo de "dar paso a un trato directo, asiduo y personal" y solicita una foto de la mujer. La contemplación de sus rasgos le hace prorrumpir en repetidos elogios, suplicando un encuentro, cuya espera le resulta insoportable. La habilidad epistolar es sorprendente.

Llega por fin el tan esperado encuentro, y con el encuentro la decepción física. Pero el caballero deberá escribir sin apresuramientos la carta de despedida.

Novela compuesta sólo de cartas de amor masculinas, texto para aprender cómo se ha de escribir una carta de amor, pero, a la vez, libro que supera todo ello para convertirse en una fina e ingeniosa novela de adultos.

MD



NARRATIVA

Una historia de sabor amargo

EL PIANISTA

Manuel Vázquez Montalbán
Mondadori. Barcelona, 2001
308 páginas. 995 pesetas

Oportuna reedición de esta novela, publicada por primera vez en 1985, que tiene efectos similares a una vacuna contra el olvido en el rampante y necio triunfalismo de la España que va bien. Manuel Vázquez Montalbán narra la derrota de los vencidos moralmente en la guerra civil, en esta historia que se inicia en la posguerra y llega hasta la democracia. Se desarrolla en tres planos en el tiempo, y en realidad el final de la novela es el principio: en los primeros días de julio de 1939, un pianista y un compositor se encuentran en París, el primero será un derrotado de la guerra, honesto, fiel a sus ideas y comprometido, que conocerá incluso la cárcel, y el segundo, un oportunista que cosechará el éxito y que justificará todo, hasta la traición, en su único compromiso con el arte. En la primera parte de la novela, situada en la España de la democracia, vuelven a encontrarse ambos en la sordida sala de fiesta de Barcelona donde toca el pianista, aunque los protagonistas son una serie de parejas de mediana edad, antiguos intelectuales antifranquistas, que se sienten fracasados ante el avance imparable de la edad y por sus ideales nunca alcanzados. En estas páginas dedicadas a la transición, Vázquez Montalbán descarga su vitriólica ironía. Aunque escrita con mucho humor, *El pianista* es una novela que deja un sabor muy amargo. R. M.

Humor negro que atrapa

LAS VÍRGENES SUICIDAS

Jeffrey Eugenides
Traducción de Roser Berdagué
Anagrama. Barcelona, 2001
229 páginas. 950 pesetas

Cecilia, de 13 años, la menor de las hermanas Lisbon, intenta suicidarse cortándose las venas. No lo consigue, pero poco tiempo después salta por la ventana y se ensarta en una de las púas de la verja del jardín. Muere. Apenas un año y medio después, sus hermanas se quitan la vida: Lux (14 años) se suicida inhalando monóxido de carbono en el garaje, Bonnie (15 años) se ahorca colgándose de una viga, Mary (16 años) mete la cabeza en el horno y Therese (17 años) se atiborra de pastillas para dormir. Veinte años después, los chicos, ahora cuarentones, que se fascinaron por las hermanas Lisbon, reconstruyen sus trágicas muertes, también sus vidas. *Las vírgenes suicidas* es la primera y reveladora novela del escritor norteamericano Jeffrey Eugenides (Detroit, 1960). Llevado al cine por Sophia Coppola, el libro atrapa desde el primer párrafo hasta la última línea. Con agilidad, con aparente ligereza y con un importante toque de humor negro, Eugenides narra la rutina asfixiante de las cinco hermanas, enclaustradas por una madre furiosamente católica y por



El novelista Miguel Delibes, en su casa de Valladolid en 1998.

MIGUEL GENER

Alegrías y amarguras del amor tardío

CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO

Miguel Delibes
Destino. Barcelona, 2001
183 páginas. 1.050 pesetas

R. M.

"Anoche tuve sueños eróticos. A mí, un misógino sesentón, no me ocurría una cosa así desde los lejanos años de la adolescencia". Este sesentón es Eugenio Sanz, castellano, periodista jubilado, de 65 años, que se va enamorando progresivamente a través de la correspondencia que mantiene con Rocío, una viuda sevillana.

A través de las cartas que le dirige, entre abril y octubre de 1979, se va configurando el retrato de este hombre, sexualmente virgen, tímido, maniático, con achaques de la edad, un poco hipocondriaco, culto, pero no demasiado, amante de la naturaleza, muy ligado a sus hermanas mayores ya muertas, periodista en el franquismo —su papel queda muy ambiguo—, apartado de su profesión en la democracia, su vida rutinaria y aburrida... Sería un retrato cruel si Delibes no lo hubiera tratado con esa soberbia mezcla de ternura, ironía y humor que tan bien domina.

Las 42 cartas que Eugenio escribe a Rocío van de la casi fría y educada corte-

sía que exhibe en las primeras a la exaltación e impaciencia por conocer a su enamorada y el desencanto final que le hará poner de nuevo los pies en la tierra. Los sueños serán siempre más hermosos que la realidad. El final resulta sorprendente.

Miguel Delibes (Valladolid, 1920) escribió *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* en 1983, dos años después de *Los santos inocentes*. Algún crítico consideró este libro como menor, casi como un divertimento del escritor. Para nada. No hay ningún libro menor de Delibes, y menos que ninguno éste, en el que son su castellano sobrio e inigualable traza un fresco retrato no sólo de un hombre, sino, sobre todo, de un tiempo y de unas costumbres.

Delibes crea adicción. Sus historias, su prosa, son realmente estimulantes. Es de agradecer encontrar, de fecha relativamente reciente, en bolsillo, otras dos muestras de su buen quehacer literario: *Diario de un jubilado* y *El diputado voto del señor Cayo*. Ambos libros muestran la vigencia de sus argumentos.

Diario de un jubilado apareció en 1995 y en él, los delibeanos encontrarán a un personaje entrañable, ya conocido: Lorenzo, al que descubrimos en *Diario de un cazador* (1955), con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y en el que el escritor vallisoletano nos sumerge en la naturaleza, en sus tierras de Castilla que nos ha contado como nadie. Reencontramos a Lorenzo en *Diario de un emigrante* y, luego, en este *Diario de un jubilado* recientemente recuperado. Lorenzo sigue siendo un tipo un pelo inocente, lenguaraz y fanfarrón, pero que suele acertar en las verdades de la vida. En esta novela se enfrenta a una gloriosa prejubilación adelantada que le supone un pellizco se siete kilos. En muy buena forma física, no se resigna al tranquilo retiro y se hace cuidador de un hombre de letras. No tiene desperdicio.

Como tampoco lo tiene *El diputado voto del señor Cayo* (1978), novela en la que destaca un tono pesimista tras las primeras elecciones de la democracia en España, pero en la que nos habla sobre todo de la destrucción del medio rural castellano.

un padre débil y consentidor. En el texto de Eugenides, incluso la casa de los Lisbon cobra vida, una casa en la que se bajan las persianas para que no se pueda ver lo que en ella ocurre, una casa que exhala una intensa sexualidad reprimida, una casa en la que la señora Lisbon obliga a Lux a quemar sus discos, una casa y unas chicas que los muchachos espían continuamente. En esa reconstrucción en el tiempo, los hombres que fueron adolescentes explican de paso cómo eran ellos hace 20 años, pero sobre todo, aportan documentos, informes psiquiátricos, artículos periodísticos, recuerdan sus relaciones con las hermanas Lisbon... ¿Por qué se suicidaron? Lean este libro y disfrutarán de una morbosa historia muy bien escrita. R. M.

Autobiografía del sueño americano

LO ES

Frank McCourt
Traducción de Alejandro Pareja
Maeva. Madrid, 2001
522 páginas. 995 pesetas

El novelista irlandés Frank McCourt alcanzó fama mundial con *Las cenizas de Ángela*, su biografía galardonada con el Premio Pulitzer y leída por más de 17 millones de personas. En 1999 publicó *Lo es*, la continuación del relato que, comprensiblemente, no se entiende sin conocer sus

primeras vivencias. *Lo es* pierde la frescura de *Las cenizas de Ángela* —una narración tragicómica sobre su amarga y mísera infancia en la ciudad industrial irlandesa de Limerick— cuando pasa a relatar su estancia en Estados Unidos de 1949 a 1985: su llegada en barco a Nueva York, sus comienzos profesionales vaciando ceniceros en los hoteles y limpiando váteres, hasta que —encarnando al sueño americano— se convierte en soldado con base en Alemania, estudiante universitario, profesor y, finalmente, célebre autor leído en medio mundo. McCourt, que sin reparo escribió sobre las penurias familiares en Irlanda —sin dinero, con un padre borracho que les abandona y varios hermanos muertos por el frío y la humedad—, se muestra más pudoroso cuando habla de su edad adulta —su divorcio, su distanciamiento de su madre—. Un tercer volumen de sus memorias sin duda serían interesantes, pero no se tiene constancia de que McCourt las esté preparando. ELISA SILIO

El trío de lo cómico, la ironía y el drama

LA FLAQUEZA DEL BOLCHEVIQUE

Lorenzo Silva
Destino. Barcelona, 2001
186 páginas. 998 pesetas

Es una de las rutas en la que puede desembocar un simple cho-

que de coches. O también la visión de tomar las propias riendas del destino, es decir, que cada uno tiene la oportunidad de labrarlo, otra cosa son las consecuencias. De eso escribe Lorenzo Silva en esta novela, finalista del Nadal en 1997 —premio que finalmente obtuvo en 2000—. Se trata de una novela corta, cuya narración zigzaguea entre lo cómico, la ironía y el drama; y recuerda lo graciosas que pueden resultar algunas situaciones dramáticas o de dolor, a los ojos de otros, claro. En esta historia se muestra cómo un hombre, después de chocar con una mujer, busca "vengarse" de ella. En el intento descubre que la atracción, la pasión y el amor, no por la susodicha, no se lo ponen fácil. Todo por una nínfula que hará encontrar al protagonista sus propias inseguridades y limitaciones. W.M.S.

Conjunto de relatos cuasipoéticos

EL JUEGO DEL REVÉS

Antonio Tabucchi
Traducción de Carmen Artal
Anagrama
Barcelona, 2001
152 páginas. 900 pesetas

Ocho relatos de corta extensión conforman *El juego del revés*, un libro del italiano Antonio Tabucchi (Vecchiano, 1943) publicado por primera vez en 1982 y reeditado en castellano ahora en pe-

queño formato por Anagrama. Este título es también el del cuento inicial —clave de la lectura—, que tiene como eje de reflexión el lienzo *Las meninas*, de Diego Velázquez: "La clave está en la figura del fondo, es un juego del revés". Justamente cuando el protagonista se encamina hacia ese punto de fuga cambia su concepción de la vida. Como en otras novelas, el autor de la llevada al cine *Sostiene Pereira* traslada a sus personajes fuera de Italia, describiendo lugares tan distantes en el mapa como la Argentina de los tangos —con un homenaje a Borges—, la Lisboa de los fados —donde recuerda a Fernando Pessoa—, el Mozambique dependiente de Portugal y el Madrid franquista. Y Tabucchi, lejos de formar una visión de conjunto, se centra en lo secundario —en la vida cotidiana— dando inclusive relevancia a personajes ausentes. Los guiños a la fotografía, la pintura, la música, el teatro y la literatura son constantes en este libro que hace expresa referencia a dos de los que considera sus maestros: el escritor de *El corazón de las tinieblas*, Joseph Conrad, y Francis Scott Fitzgerald, autor de *El gran Gatsby*. Y asimismo el novelista rememora acontecimientos históricos recientes (en el momento de la escritura del libro), dedicando uno de los relatos a la legendaria Pasionaria en *Dolores Ibarruri llora lágrimas negras*. En definitiva, ocho bellos cuentos cuasipoéticos. E.S.



Delibes ensaya el estilo epistolar en su nueva obra

El protagonista, «un sexagenario voluptuoso»

Madrid. Trinidad de León-Sotelo

Dentro de unas semanas estará en las librerías un libro titulado: «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso.» Lo firma Miguel Delibes. Una sorpresa para muchos. Seguro. La cosa se presta a interpretaciones diversas y... erróneas. El novelista es consciente de ello. Pero, en cualquier caso, no se inquieta. El autor ha encontrado un tema y lo ha abordado. Y con respecto a sus lectores, no tiene dudas: « Me seguirán siendo fieles.»

Claro que existe otro peligro, el del lector que vaya pensando encontrar una obra en la que se rinda culto a lo erótico y se sienta defraudado. «La novela no tiene erotismo. No se trata de ninguna chabacanería. La voluptuosidad es el relajo y la exacerbación del placer no sólo carnal, sino de todo lo que entra por los sentidos. El protagonista es un hombre que descubre la voluptuosidad casi en los setenta. Se delinea un tipo poco simpático, pero con rasgos humanos convincentes. Lo trato con ironía piadosa.»



Delibes

creía que no usaba nadie, y resulta que los usa mucha gente. Yo trato el asunto en una novela sencilla escrita en estilo epistolar, ese refugio que se convierte en el último rincón donde se sostienen hombres y mujeres solitarios, que piden correspondencia.»

¿Qué siente por esas personas Miguel Delibes? «Comprensión. Los comprendo muy bien, como comprendo a los niños que están en un mundo solitario que los adultos no entienden.» ¿Entenderán los lectores a su autor? ¿Será muy difícil que alguno ligue la palabra «sexagenario» del título de la novela al hecho de que el novelista anda también por la sesentena? «No hay posibilidad de confusión —confiesa Delibes convencido—. En cuanto empiecen a leer verán que es mi antítesis. Lo sentimental va engranado en un problema profesional de periodismo. La actitud del protagonista es el envés de lo que fue la mía. Yo fui depurado en «El Norte de Castilla», y el hombre que describo bien puede representar a la dictadura que me echó. No cabe ningún tipo de ambigüedad.»

Tocado el fondo, pasamos a la forma. «Es epistolar, algo completamente nuevo en mí, pero creo que hay que hacer cosas diferentes.»

Miguel Delibes: 63 años y nueva novela

PATRICIA NIETO

«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», es el título de la nueva novela de Miguel Delibes, que ya está en manos de los editores. «En ella cuento todas las dificultades y las mieles de un amor perdido. Es un retorno, en tono irónico, a la técnica epistolar.» Con estas palabras definió Delibes el carácter de su nuevo relato.

«A esta edad, a mis sesenta y tres años, uno llega al convencimiento de que la novela genial que se piensa escribir a los enloquecidos veinte, nunca va a llegar. Uno se da verdadera cuenta de que alcanzó su techo, y se dedica a escribir lo mejor que sabe.» Y de esta modestia han salido estas «Cartas de amor...»

«He pretendido hacer un poco de humor, pero sin personajes graciosos, ni simpáticos, ni siquiera con nostalgias. Una burla de los epistolarios sentimentales que adornan esas revistas



quiera pensada o escrita es un verdadero fraude, ante uno mismo incluso.» No cree en la inspiración Delibes. «La inspiración consiste fundamentalmente en haber dormido bien, así se consigue un estado de equilibrio que es propicio para crear; pero eso de sentarse a la máquina una mañana a ver que se pare sin haberlo gestado previamente, me suena un poco raro. Quizá pueda servir para escribir un pequeño poema, o un cuento, pero una novela con una cierta coherencia narrativa exige un

largo período de preparación. Una novela es un tema largamente madurado y después resuelto frente al papel. No quiere esto decir que la materialidad pueda ser corta, pero la gestación es larga y dura.»

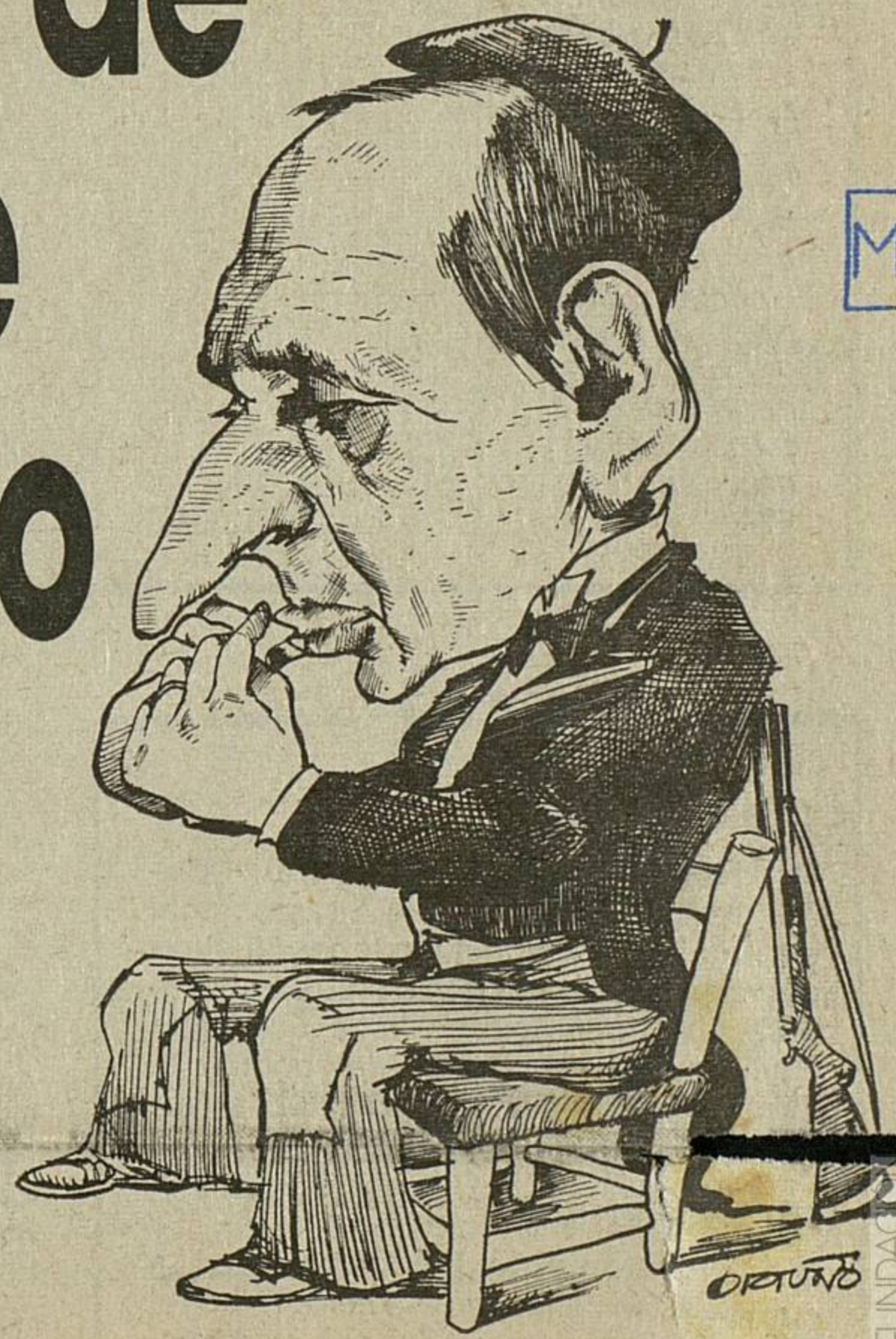
Habla Delibes del amor en su novela, «de eso tan manido y tan poco resuelto que es el amor. Creo que, aparte de sexo, el amor también es una identificación en cuanto a filosofías de vida. Esto no quiere decir que las ideas de los dos individuos que se aman hayan de ser idénticas, porque en tal caso acaban aburriéndose en seguida, pero sí que existe una contemplación similar de lo que representa el sentido de la vida.»

«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso»

del corazón que se venden como rosquillas en los quioscos de Prensa.»

Para Miguel Delibes la literatura es un trabajo concienzudo: «Un trabajo, pero no hecho por encargo. Normalmente, el escritor pasa

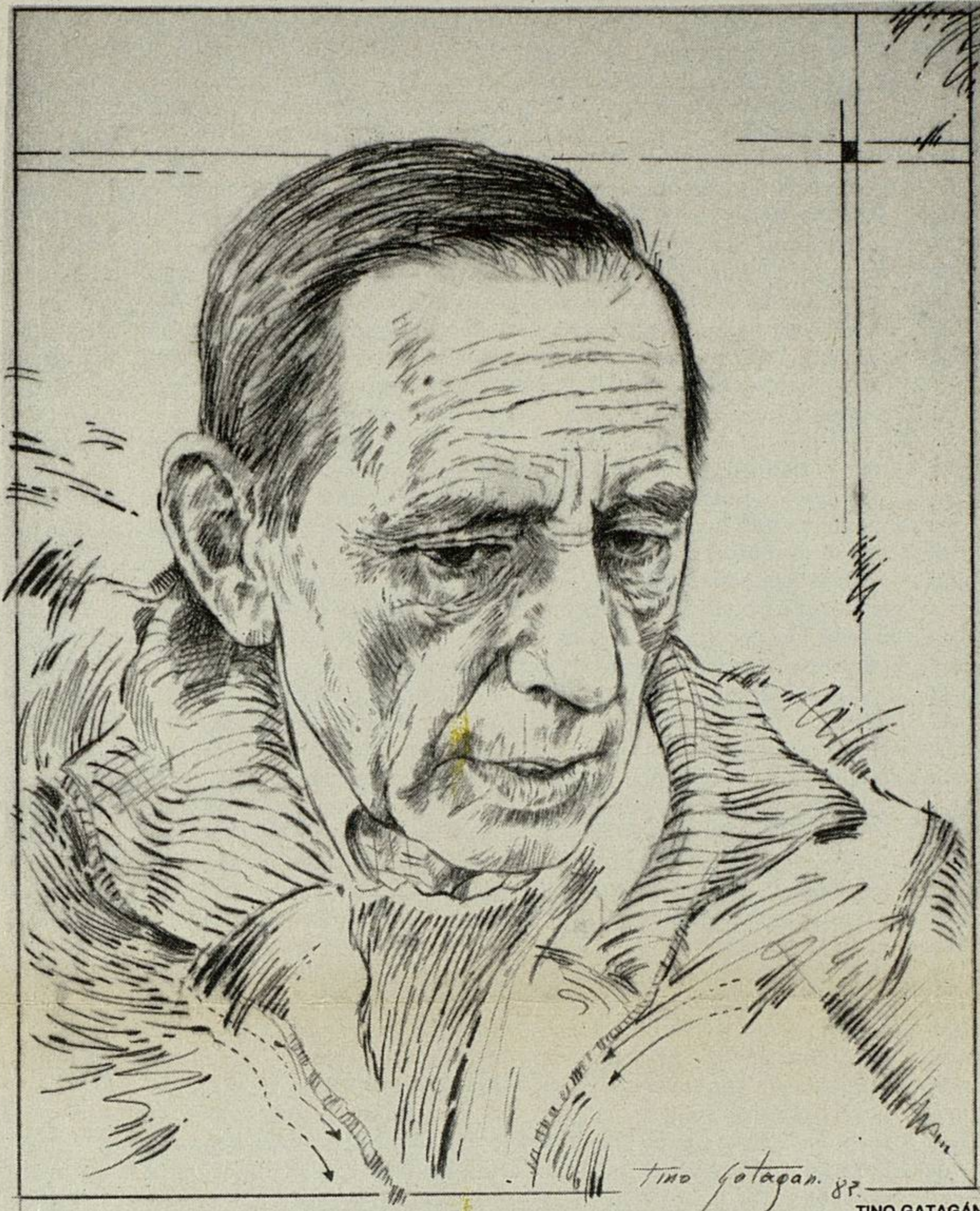
por una época de cría, llamémoslo, en la que es mucho más productivo, aunque también es verdad que puede ser prolongada, infinita, como las de Rulfo, pero creo que vender una novela antes de ser ni si-



MD

ORTUÑO

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



TINO GATAGÁN

CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO

Dentro de unos días, la editorial Destino pondrá a la venta la última obra de Miguel Delibes, que en esta ocasión optó por darle una forma epistolar. Les ofrecemos un extracto del citado libro.

25 de abril de 1979

Muy señora mía:

Por puro azar tropecé ayer con su mensaje en *La Correspondencia Sentimental* cuando aguardaba turno en la antesala del doctor. Yo solamente hojeaba la revista por encima pero, al transitar por la página que inserta su minuta, algo tiró de mí, se diría que aquellas líneas estaban imantadas, co-

braron de repente relieve y movimiento, de modo que no pude sustraerme a su llamada. La leí. Leí su minuta varias veces como si aquellas sencillas palabras recataran una segunda, profunda, arcana intención. Y ahora, de regreso a casa, sin prisas, antes de encender el televisor, me he decidido a escribirle estas letras.

Ante mí tengo su mensaje, la-

cónico pero expresivo. He incurrido en una pequeña fechoría que nunca me creí capaz de cometer: he arrancado la página de la revista que lo insertaba. Han sido unos instantes tensos, durante los cuales me he sentido tan innoble como si estuviese cometiendo un crimen. Y, bien mirado, algo de crimen hay en este acto mío de muti-/PASA A PÁG. 92

DELIBES

VIENE DE PÁG. 91/lar una publicación y reducir así el eco de su llamada, restarle la parte de resonancia que cabía esperar del ejemplar del que yo, mediante malas artes, me he incautado. Dejando al margen esta indignidad, el efecto de su mensaje fue instantáneo; yo no dudé un segundo de que aquellas palabras me estuvieran destinadas. ¿Por qué?

No es sencillo explicarle esto. Su nota (referencia nº 921) que tengo aquí, ante mis ojos, dice así: "Señora viuda, de Sevilla, 56 años, aire juvenil, buena salud. Cincuenta y tres kilos de peso y 1,60 de estatura. Aficionada a música y viajes. Discreta cocinera. Con caballeros de hasta 65 años, similares características". Bien mirado, nada de particular pero, como le digo, aquella nota, entre tantas, reclamó mi atención, me hechizó, hasta el extremo de no leer ninguna más. De modo que allí me quedé, inmóvil, sentado en la silla, junto a la puerta, la mirada fija en aquellos renglones, cuya tipografía, en cursivas del 8, en nada se diferenciaba de la de los demás; tampoco, en rigor, los conceptos que, más o menos, con variaciones de edad, sexo, estatura o residencia, eran los mismos y, sin embargo, algo había en ellos que tiraba de mí, que me inducía a sentirme su destinatario. ¿La alusión al atractivo aire juvenil de usted? ¿La proporcionada figura que se deduce de su estatura y peso? ¿Su buena salud? ¿La seguridad en sí misma que se desprende de la redacción de la minuta o, tal vez, el orden en que usted enumera sus dotes personales elevándose de lo más trivial a lo más noble, para terminar subrayando su don culinario como dando a entender que la música, cuando proceda, no le impide volar más a ras de tierra y encerrarse en la cocina a freír unas patatas?

Soy un convencido de que uno de los síntomas más obvios de la decadencia de Occidente, reside en el progresivo desdén por la cocina. A las muchachas de hoy no es infrecuente escucharlas que ellas no pierden el tiempo cocinando. ¿Cree usted, señora, que el tiempo que se emplea en la cocina es tiempo perdido? La cocina, hasta hace poco, ha sido uno de los pilares culturales que aún respetábamos pero de unos años a esta parte ¿qué degrada-

ción, señora mía! La sustitución de la cocina económica por el gas y la electricidad, las parrillas de alcohol, la olla a presión, ¡qué nefastos inventos! Y, por si fuera poco, la ceiba artificial del ganado, el enlatado, la congelación... Pero lo grave del caso es que todo esto se nos presenta como un avance, como una conquista, cuando, en realidad, la salazón de carnes y pescados es un recurso tan viejo como el mundo. ¿Dónde estriba la novedad?, pregunto yo, ¿dónde el progreso?

Mi difunta hermana Eloína, que gloria haya, veinte años mayor que yo, guisaba primorosamente, pero a la antigua. Nunca utilizó otro procedimiento que la cocina económica. Mediante la leña y el carbón y una sabia manipulación del tiro, conseguía el punto de los alimentos. Ése era todo su secreto. Y no se piense usted, señora, que en nuestra casa se condimentaran selectos manjares, porque lo que hace de la cocina un arte es precisamente lo contrario, halagar el paladar con lo sencillo, darle el punto requerido a lo cotidiano: un cocido castellano, unas sopas o unas lentejas. ¡Qué cocidos preparaba mi difunta hermana Eloína!

El jueves pasado, en casa de mi fiel amigo Baldomero Cerviño, compañero del periódico, me obsequiaron con un cocido y no voy a decirle a usted que estuviera malo pero allí faltaba algo esencial y ¿sabe usted qué era?: el relleno. ¿Concibe usted, señora, un cocido castellano sin relleno? A mi entender, el relleno es la quintaesencia del cocido, el cocido mismo. Un relleno esponjoso, tierno, sabroso, empapado de la sustancia del guiso, es lo que nos da la medida de este plato. Otro error, muy frecuente en este punto: sustituir el repollo por coliflor. Costumbres, dirá usted, pero eso no es un argumento; yo creo que hay que resistir contra estos atentados, los sucedáneos no deben prevalecer, no podemos permitirlo. En la cocina, no es lícito saltarse a la torea la tradición como no es lícito prescindir del punto. Ambos son indispensables; sin ellos no hay cocina. ¿Admitiría usted, señora, una paella del interior sin chorizo ni pimientos morrones?

Pensará usted, a la vista de lo escrito, que su corresponsal es un glotón insaciable, un ser que solamente piensa en comer, cuando a mí la comida me agrada con mesura y discreción. Aborrezco a los tragones, quizá por despecho, porque desde joven tuve un estómago delicado,

tal vez porque mi profesión no haya sido la más indicada para gozar de los placeres gastronómicos. Desde niño fui sobrio para comer, pero como hombre de paladar me gustan los alimentos sazonados y en su punto.

A pesar de todo, rechazo que fuese su alusión a la cocina lo que me sedujo de su nota en *La Correspondencia Sentimental*. Posiblemente lo que me sedujo no estaba escrito allí, era, digamos, un valor entendido. Entre líneas, vacilando entre la seguridad y la indecisión, usted venía a proclamar que necesitaba una voz amiga. Seguramente fue esto lo que me conmovió. El hecho es que me hallaba solo en la antesala del doctor y resolví arrancar la página de *La Correspondencia*. ¡Qué momento tan peliagudo! Nunca he tomado nada ajeno y mutilar una publicación, aunque se trate de un diario, me produce al mismo tiempo repugnancia y rubor. Cabía haber anotado en mi agenda su número de referencia y la dirección de la revista pero no se me ocurrió. ¿Digo verdad? ¿Es cierto que no se me ocurrió o tal vez imaginé que llevándome aquella página hacía mío algo de usted; me apropiaba de aquel SOS lanzado al azar? Imposible responderle. No puedo afirmar ni negar con certeza ninguno de los dos extremos. Soy hombre irresoluto y, a veces, pienso con amargura que me moriré sin conocerme. ¿Sabe usted en todo momento a qué obedecen sus decisiones? ¿Nunca se dejó arrastrar por las circunstancias? ¿Jamás actúa por intuición, indignación o temor?

Yo estaba sentado, como le digo, junto a la puerta, oyendo el runrún de la voz del doctor del otro lado del tabique, y, en el momento de arrancar la página, me asaltó el temor de que pudiese presentarse la enfermera de improviso. Había cogido la hoja por la parte superior, abarquillada bajo la palma de la mano, sintiendo el suave tacto de su superficie, y no me faltaba más que tirar, rasgarla por la línea de grapas, plegarla y guardarla en el bolsillo. La cosa era bien simple. No obstante me sentí incapaz. Mis dedos se paralizaron, quedaron flácidos, como sin fuerza, mientras mis ojos se volvían hacia el picaporte. ¿Qué hubiese pensado la enfermera si me sorprende en este trance? ¿No estaban aquellas publicaciones sobre la mesa para solaz de los pacientes, y yo, con mi actitud incivil, estaba truncando su objetivo? Escuché. Aparte del runrún de la

voz del doctor del otro lado del tabique, no se oía nada, el silencio, y, entonces, me decidí, tiré de la hoja y la arranqué, con tal premura y turbación que desgarré parte de la hoja opuesta. ¡Qué amargos momentos, amiga mía! Allí me vería usted doblarla apresuradamente y ocultarla, con un movimiento desmanotado, en el bolsillo de la cartera. Durante cinco minutos estuve sintiendo los rudos golpes de mi corazón hasta que me calmé, pero cuando, al poco rato, se presentó la enfermera, los golpes se reanudaron, en tanto yo miraba la revista que acababa de mutilar con aprensión, como si la portada fuera transparente, y aquella muchacha pudiera darse cuenta del desaguisado de un vistazo.

Aquí tiene usted, señora mía, de qué azarosa manera he establecido contacto con su mensaje de *La Correspondencia Sentimental*. Confío no haberla importunado con los renglones que anteceden. Mi nombre completo es Eugenio Sanz Vecilla y, si lo tiene a bien, puede usted contestarme a Cánovas, 16, 3ª, derecha.

Con respeto y amistad, E. S.

2 de mayo

Muy señora mía:

No le falta a usted razón. Por mi oficio y talante imaginativo soy proclive a andarme por las ramas, rara vez me centro, poso los pies en el suelo. Trataré, pues, de ir al grano: el pasado diciembre cumplí 65 años, soy periodista jubilado —recién jubilado, en febrero—, soltero, y mido, como usted, un metro sesenta, si quiera mi peso, 85 kilos, no esté proporcionado a mi estatura, denote una inequívoca propensión a la obesidad. Un viejo amigo, Onésimo Navas, habla de la curva de la felicidad, refiriéndose a mi vientre voluminoso, pero felicidad, lo que se dice felicidad, no la he conocido fuera de los años de mi infancia. Eso sí, en mi profesión he trabajado con denuedo y entusiasmo, he conocido algunos éxitos, he sufrido no pocos descalabros y he llegado al retiro en paz con Dios y con mi conciencia.

¿Enfermo dice usted? No es exactamente el caso. El hecho de que hiciera antesala en casa del doctor obedecía a otro motivo. El doctor Hidalgo es mi médico del Seguro, un amigo que se aviene a refrendar las recetas que me prescribe otro amigo y contertulo

lio, el doctor Romero. Es decir, esa tarde acudí a casa de aquél a recoger las recetas extendidas por el otro. Quizá el pocedimiento no sea ortodoxo, pero gracias a él me ahorro unas pesetillas, nada despreciables al precio que se están poniendo las boticas con esto de los laboratorios multinacionales.

En la tertulia de los domingos, en el único café superviviente del barrio antiguo, a la que concurren varios doctores, he oído comentar que el más reciente descubrimiento de la medicina social es el médico de familia, aquel médico, hoy olvidado, que lo mismo se sentaba un rato de cháchara con el enfermo que le ponía una cataplasma o le trataba unas paratíficas; esta figura es la que se pretende resucitar ahora con objeto de establecer un tamiz al ingreso en residencias y hospitales, hoy abarrotados. Y ¿sabe usted lo que cuesta diariamente una cama de hospital en nuestra ciudad? ¡Diez mil pesetas! Imagine usted las cosas que pueden hacerse con diez mil pesetas.

En las afueras del pueblecito donde nació, en la comarca de Vi-

llarcayo, adquirí hace tiempo una vieja casa de piedra de dos plantas donde he pasado siempre las vacaciones y, ahora, ya retirado, proyecto refugiarme parte del año. Pues bien, en la titular de ese término, como en tantas otras, el médico ha quedado relegado a la condición de un expendedor de volantes para la Residencia de la capital. Como es lógico, el doctor se siente disminuido pero no se atreve a nadar contra corriente y arrogarse una responsabilidad que nadie le reclama. Si dispone de una ambulancia, ¿para qué correr el riesgo de que el enfermo se agrave y se le muera entre las manos? ¿Qué explicación podría dar, en este caso, a la familia del difunto? La actual organización de la medicina social en nuestro país es mala por varias razones pero fundamentalmente por una: al médico se le priva el derecho de curar.

Yo recuerdo antiguamente, en mi pueblo, a mi difunto tío Fermín Baruque, ¡qué ductilidad! Aquel hombre hacía a todo, atendía a partos, remendaba cabezas descalabradas, aplicaba sanguijuelas... Cierto que su res-

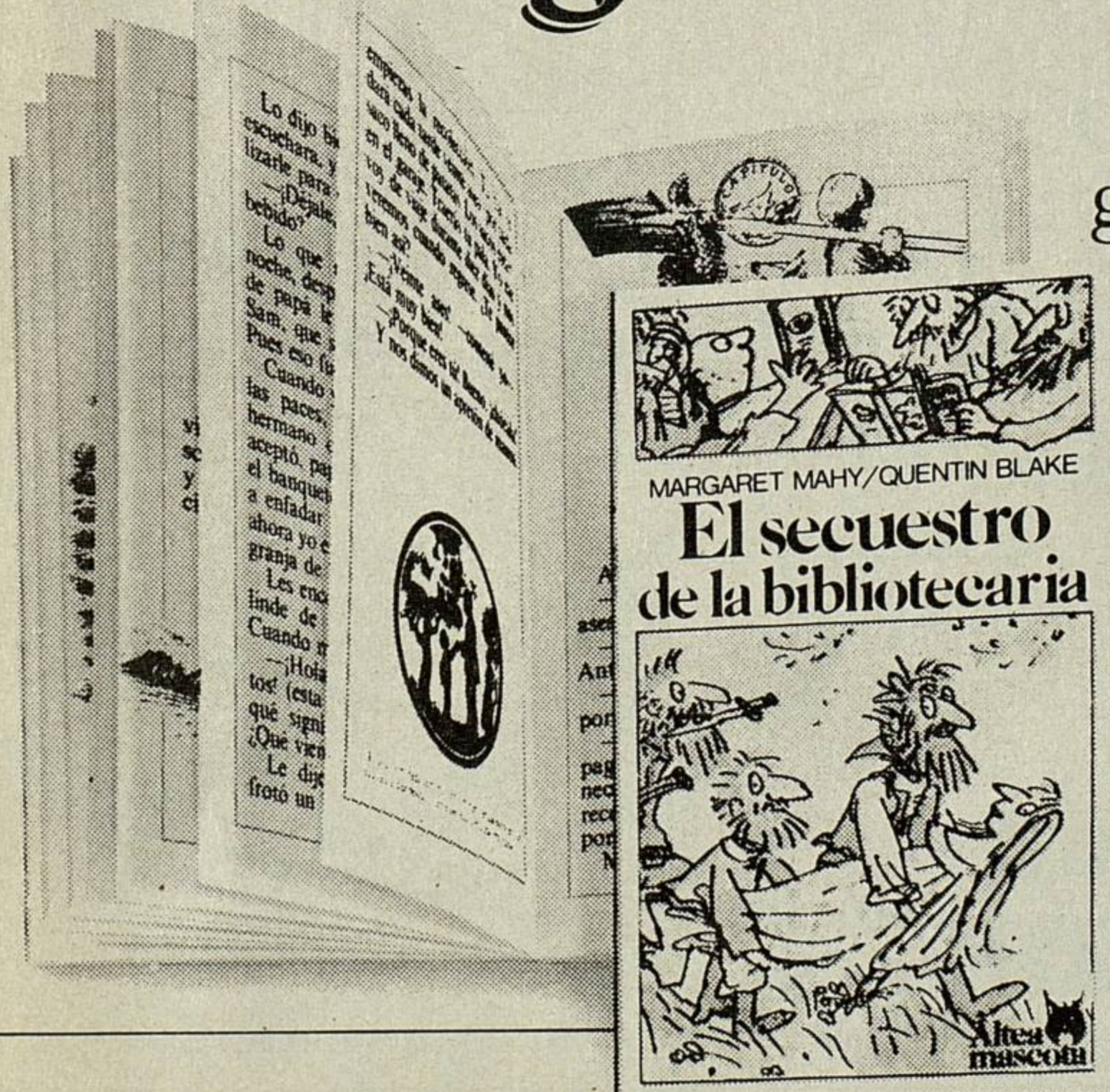
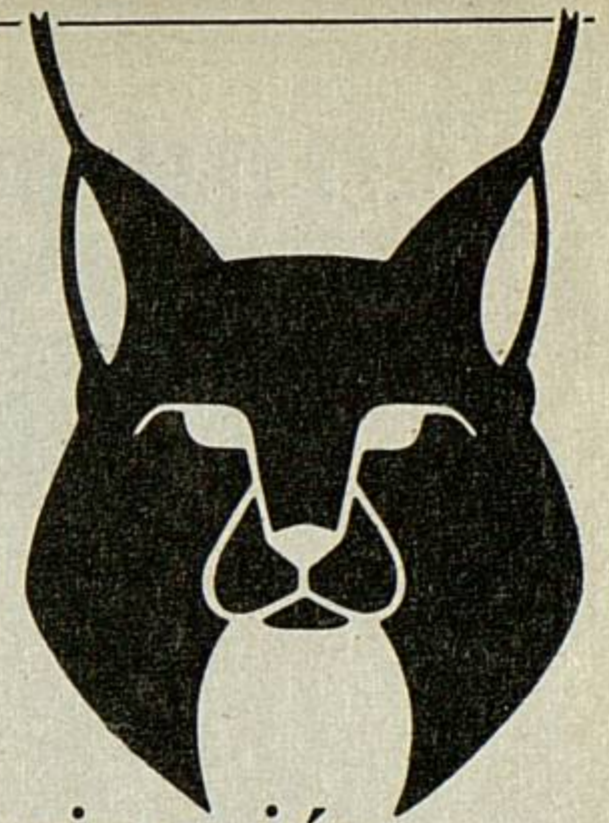
ponsabilidad era muy crecida pero quedaba compensada por la posibilidad de devolver la salud, de sentirse médico en toda la extensión de la palabra. Y había que verle, que le estoy hablando de cuando yo era chiquito, y el tío Baruque, como un dios omnipotente, recorría el término en su caballo alazán, nevase o apedrease. Ésta es, según rumores, la gran revolución que se cuece ahora en Madrid para resolver los problemas de la Seguridad Social: inventar a mi tío Fermín Baruque.

Pero a lo que iba, señora. Yo soy un enfermo saludable o, si lo prefiere, un enfermo que nunca se muere ni acaba de sanar del todo. En la tertulia me tienen por maniático. Mis hermanas, que gloria hayan, también me tenían por maniático, pero yo creo que lo mío, antes que manías, son alifafes, las goteras propias de la edad, si bien la edad de las goteras se ha manifestado temprano en mi caso. Como contrapartida puedo asegurarle que no recuerdo haber guardado cama por causa de enfermedad desde que era chiquito, allá en el pueblo, cuando mi difunta hermana Eloí-

na me llevaba un ponche a la cama y una aspirina para combatir las fiebres. ¡Cómo recuerdo aquella vieja cama de hierro, con laterales de finos barrotes negros, y un colchón de muelles, que chirriaba cada vez que yo me daba media vuelta! Junto a la cabecera había una mesita de noche de nogal veteado y, encima, un vaso de agua cubierto con un pañito y la palmatoria y, en el compartimiento bajo, un orinal blanco, de loza, con los bordes desportillados.

Las visiones de infancia, señora, no se esfuman, perduran a través del tiempo. Yo no olvido las misas dominicales en la ermita de abajo, durante el verano, cuando mi difunta hermana Eloína me enrollaba al cuello una gruesa bufanda de lana, aun en los días más cálidos, para preservar mi garganta de los cambios bruscos de temperatura. Desde niño he sido muy sensible al frío, o por mejor decir, al frío y al calor. Aunque de constitución pícnica, soy hipotenso y las temperaturas extremas me afectan mucho. A partir de octubre los pies se me enfrían y no reaccionan ya hasta bien entra-/PASA A PÁG. 94

Altea mascota un amigo en el bolsillo



grande como tu imaginación
y pequeño como tu bolsillo,
si buscas un nuevo amigo,
lee "un Mascota".

mascota literatura
para descubrir nuevos temas y autores

ediciones Altea
Príncipe de Vergara, 84 - Madrid-6

Distribuye ITACA: López de Hoyos, 141 - Telfs. 416 66 00 - Madrid-2
Avda. Fernández Márquez, s/n. Sant Adrià de Besos - Telf. 381 73 11 - (Barcelona)

DELIBES

VIENE DE PÁG. 93/do mayo. Y ¿qué decirle del calor? La canícula me muele, literalmente me hace polvo y, por las noches, en la cama, no puedo soportar la ropa. La alternativa es irresoluble: el calor de la colcha me impide conciliar el sueño, pero, si prescindo de ella, me enfrío. En todo caso, mi difunta hermana Eloína se equivocaba al arrebujarme la bufanda, porque mi garganta, aunque pagase las consecuencias, no era la puerta de acceso al frío. En un principio pensé que el frío entraba en mi cuerpo por los pies, fue cuando resolví ponerme calcetines altos de lana, pantorrilleras de las que usaban los pastores en mi pueblo. Más tarde que por la cabeza y aunque conservo un cabello fuerte y abundante, si que entrecano, me aficioné a la gorra de visera y con ella sigo. Éste es otro de mis muchos defectos. Remedio que adopto ya no sé dejarlo, se incorpora a mi modo de ser con carácter vitalicio, aunque los hechos evidencien su ineficacia.

Pero a lo que iba, con los años

descubrí que por donde yo me enfriaba, ¡pásmese usted!, era por los muslos, por la cara anterior de los muslos. Me enfriaba, por supuesto, sin sentir frío, lo que me obligó a ser prevenido y llevar en el bolsillo del gabán un chal con el que me arropaba los muslos cada vez que me sentaba. Esto originó no sólo una servidumbre sino un nuevo riesgo ya que si en alguna ocasión, por faso por nefas, no podía apelar al chal, inevitablemente cogía un resfriado, lo que, a su vez, me indujo a improvisar sobre la marcha nuevos procedimientos de abrigo, cosa que me ponía, con frecuencia, en situaciones embarazosas. Ahora recuerdo que almorzando en una ocasión en un restaurante de lujo con don José Miguel Ostos, presidente del Consejo, en los días que me escamotearon la dirección del periódico, sentí un cierto repeluzno, y aprovechando que don José Miguel estaba en los lavabos, me puse las dos servilletas, la suya y la mía, sobre los muslos. Cuando empezamos a comer, el *maitre* se disculpó y trajo otras, pero yo pasé la comida más pendiente de ocultar las tres servilletas que de

las palabras del presidente. ¡Y tantas situaciones semejantes como podría referirle!

Mi difunta hermana Rafaela, la menor, que era maestra de escuela y una mujer excepcionalmente bonita, siempre que venía por casa me aconsejaba lo mismo: "Uge, eso lo resolvías de una vez con unos calzoncillos largos, de felpa, como los que usaban padre y el abuelo". Pero todos tenemos prejuicios, señora, y uno de los míos es el de declinar una senectud prematura y los hábitos lamentables que ello comporta. Y no por presunción, como pudiera pensarse, sino por un principio estético elemental. Incluso ahora que estoy en el umbral de eso que llaman tercera edad, que yo sospecho que es la misma vejez de antes, me resisto a ello. Si claudico en estas cosas a los 60, ¿quiere decirme, señora, qué dejo para los 80? Esta actitud mía, dilatoria, abriendo perspectivas al tiempo, me infunde cierta seguridad. De modo que rehusé el consejo de mi hermana, lo cual no quiere decir, y usted perdone, señora, si desciendo a estas intimidades, que yo gaste esos calzoncillos esquemáticos, como

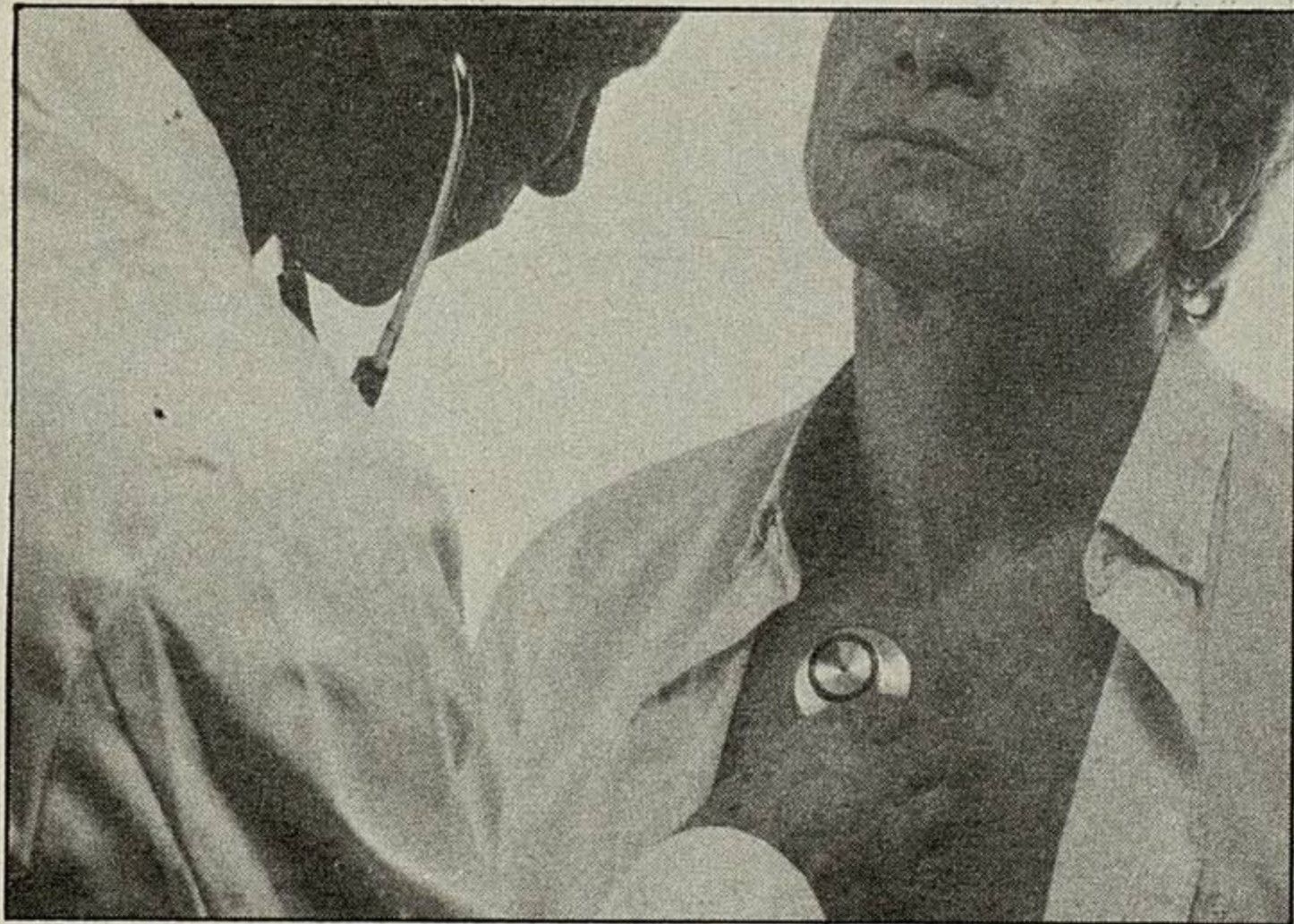
braguitas, que ahora se llevan, sino calzoncillos de pernils, blancos, holgados, a medio muslo, de los que se usaban antes de la guerra.

Una de mis fijaciones es, pues, la de cerrarle puertas al frío. El frío es alevoso y yo me sublevo cada vez que oigo decir al ministro del ramo, con esto de la crisis de energía, que es preciso ahorrar calefacción, que la temperatura en centros oficiales no debe sobrepasar los dieciocho grados, que, por añadidura, es más saludable. Y yo pregunto, ¿saludable, para quién? Hay quien genera calor dentro de sí y lo expande y quienes precisan recibirlo de fuera. Yo soy de estos últimos, hasta tal extremo que si, al acabar de comer, no coloco la palma de la mano durante media hora sobre mi estómago, éste se paraliza, no inicia la digestión. Una vez comenzada, el mismo proceso digestivo genera la temperatura necesaria para concluirlo. Mas la puesta en marcha hay que aplicarla desde fuera, lo tengo comprobado.

Otro día le hablaré de otros achaques de este su buen amigo que la saluda con afecto, E. S. ■

PONGA SU SALUD EN BUENAS MANOS

"En mi anterior Sociedad me asignaron un médico.



"El médico de cabecera que me asignaron en mi anterior sociedad no me entendía, y cambiarse era todo un problema.

Ahora, en ASISA, es más fácil. Aquí no me imponen ningún médico, ni el de cabecera ni los

especialistas. Yo elijo, libremente y en el acto, el que quiero. Tengo muchos donde elegir".

ASISA. Todas las ventajas de la medicina particular en una sociedad médica.

Ahora usted puede asegurarse con todos los derechos de asistencia, sin periodo de carencia.

Hasta el 30 de Noviembre.

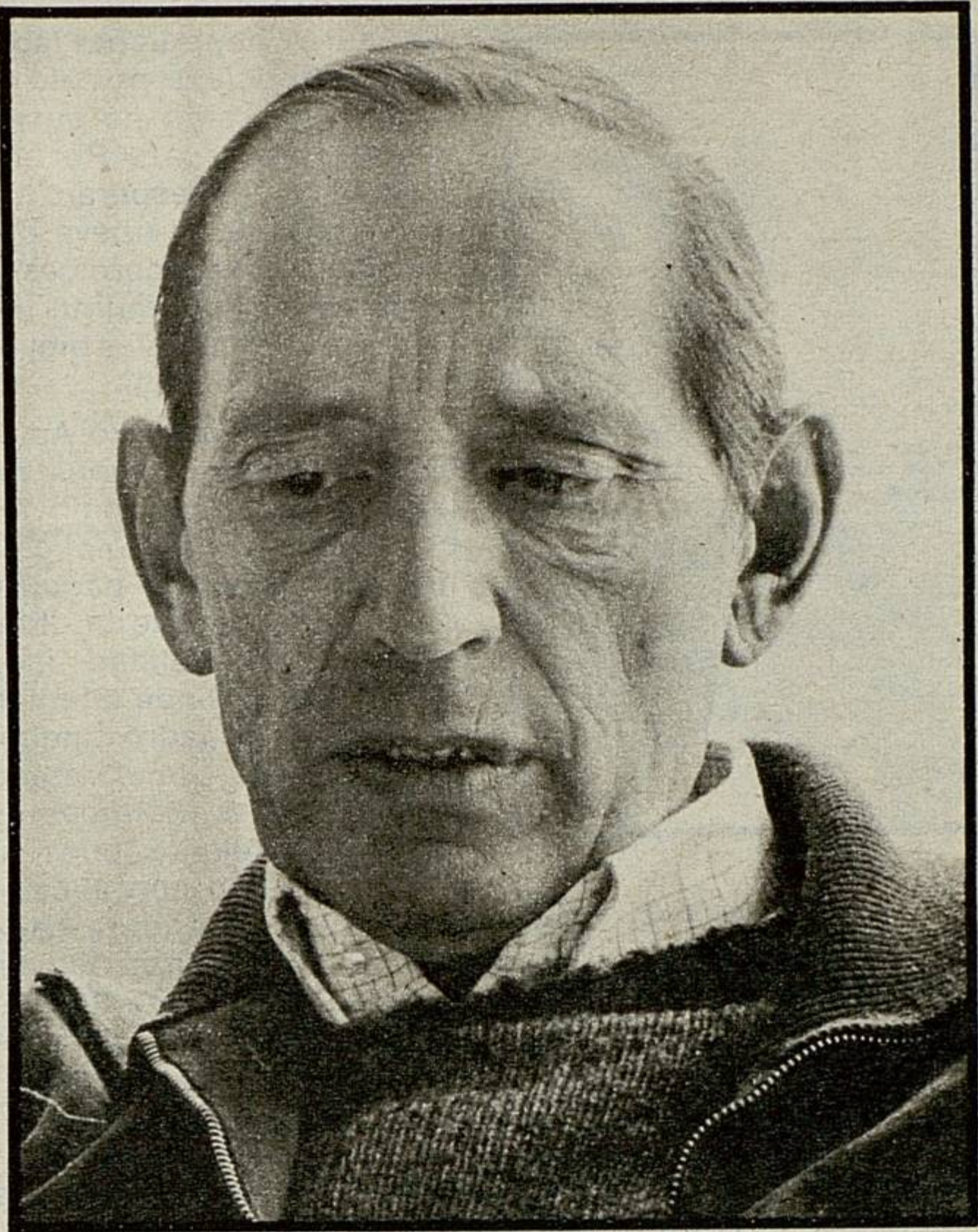
ASISTENCIA
SANITARIA
INTERPROVINCIAL



atención
a su salud.

ASISA - Servicios Centrales. Caracas, 12. Tel. (91) 419 01 91. MADRID-4. Delegaciones en todas las provincias.

FUNDACIÓN MIGUEL DELBES



MD

MIGUEL Delibes, nuestro novelista más cazador y, a la vez, cazador más novelista, en su última novela «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» (publicada en su colección Ancora y Delfín por Ediciones Destino) no habla para nada de la caza. Ni sus protagonistas —pocos, un hombre, una mujer (que mantienen entre sí correspondencia epistolar; aunque sólo se incluyan en el libro las cartas de él) y otros personajes secundarios, casi fantasmales— son cazadores, ni para nada se refiere el texto del libro al hecho, o al mundo, cinegético. Ni existe en él esa constancia, tan frecuente en la obra de Delibes, de *los trabajos y los días* cinegéticos, pues toda ella transcurre, como si se dijera, en un buzón y en ese etéreo mundo de la demanda epistolar, sin respuesta —nunca la llegaremos a conocer— más con desenlace.

La obra literaria de Miguel Delibes, hoy ya densa y ejemplar, se pudiera dividir en dos ambientes tratados que la caracterizan, dos medios por donde camina, seguro y silencioso, el pausado andar de un novelista (cazador): las novelas campesinas y las novelas ciudadanas. En una y otra parcela, más aún en la primera, como es natural, afloran las constancias cinegéticas. Pero se puede entender dentro de ellas, fácilmente estimable, una manera de —tan peculiar por otra parte (Delibes es un novelista inconfundible)— afrontar el

literatura

Las frustraciones sexagenarias de Delibes

A propósito de sus «Cartas de amor...» (*)

Delibes sabe lo que quiere cuando se pone ante las cuartillas para escribir de su mundo provinciano. Se sitúa en seguida en el corazón del personaje, y lo mismo da que sea un cazador furtivo, que un hombre montañés o un pastor que apenas sabe articular palabra. Este es el secreto no solamente de su dominio del castellano, sino de su conocimiento de los hombres que forman un entorno cordial, del que no abdica jamás.

Las *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* forman un libro que puede engañar precisamente por eso. Delibes no quiere escribir una obra artificial, sino con el cariño que tiene a la naturaleza viva, se aproxima a un personaje y lo refleja tal como es, sin afeites, con la transparencia castellana de su palabra y de su facilidad para la introspección, aparentemente despreocupada. El periodista jubilado que un día descubre en la antesala del doctor un anuncio que invita a entablar correspondencia sentimental, es un hombre que tiene todas las características de quien ha aprendido a escribir entre linotipias, que se ha encumbrado a los primeros puestos a través de las gacetillas, y que ha vivido siempre en la soledad de una soltería propiciada por dos hermanas acaparadoras y obsesionantes.

El hombre que escribe estas cartas de amor vive una periferia parecida a la del protagonista de *La tregua*, de Mario Benedetti, pero es mucho más directo, más castellano, más acunado en esas ciudades de provincias que tienen características cónicas e iguales: calle arriba, calle abajo; chamelo, julepe y dominó en el Casino. Es como un señor Cayo, pero de ciudad de menos de 50.000 habitantes, barrida por el viento frío, con la austera severidad de una vida que no sabe de oscuridades, sometida a la mirada inquisidora que atisba entre visillos. Y precisamente por ello, sometido a la rutina del artículo diario, el resumen de las noticias que va depositando el télex sobre la mesa, del caldo y de la manta que ha preparado la hermana en el piso húmedo de una calle sin ruido, es un hombre que descubre, de pronto, que refugiándose en la carta que sabe escribir con caligrafía de



● Delibes o el pequeño menester de soñar por correo.

perfecto pendolista, puede empezar a vivir la aventura que siempre soñó.

Delibes escribe cartas que parecen lugar común, pero no lo son, ni mucho menos. Porque el oscuro Eugenio es un hombre que se singulariza, precisamente, porque está muy definido en sus contornos. Su constante referencia a los achaques físicos —bien vulgares, por cierto—, su recuerdo constante de las «difuntas» hermanas, su capacidad de observación de lo minucioso, su propia osadía ante posibles entrevistas, su ingenuidad ante fotografías falseadas, su aceptación del fracaso final, son auténticas piezas de sinceridad y de captación de una manera de ser de tantos hombres anónimos que viven junto a nosotros, a los que ignoramos soberanamente cuando pasan por

nuestro lado, en un caminar de jubilado. El maduro periodista, que dejó su profesión para entrar en la categoría de los sin profesión, tiene tiempo suficiente para dedicarse al pequeño menester de soñar a través del correo. Y dejarse comer por su insospechada capacidad de enamoramiento utópico, reducido, sin embargo, a un diálogo sin originalidad y sin más trascendencia que el de una «voluptuosidad» de solitario sin ambiciones. Delibes acierta escogiendo el camino de lo simple, de lo aparentemente fácil, de lo que de alguna manera parece bajarle del pedestal de académico, para dedicarse a la crónica vulgar de la frustración amorosa de un sexagenario sin relieve. Pero es una pieza que sirve de relax, y hace comprender que en la vida somos muchos los que no pasamos más allá de la mediana, pero muy pocos los que están contentos con ella. Y el jubilado Eugenio es un modelo de plenitud en lo vulgar de lo cotidiano y de lo simple, en las ilusiones de un jubilado solterón...

No hay más en estas cartas, y creemos que precisamente por ello son válidas. Delibes conoce demasiado su oficio de escritor para saber que no ha publicado un libro de «boom» (qué mal suena este «boom») literario. Pero es una obra que se agradece, porque, entre otras cosas, aproxima a la psicología normal de un hombre de la tercera edad, a la que la mayoría llegaremos tarde o temprano, si no lo estorba alguna ojiva atómica, un conductor desaprensivo o un virus incontrolable. Lean estas *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*.

Cristóbal SARRIAS

Los «nacionales»

Al bueno de Vicente Gaos le concedieron el Premio Nacional de Literatura después de muerto; a Francisco Ayala, al fin, se lo otorgan cuando ya ha cumplido 77 años. Es un record de concesiones o de «descubrimientos» para un galardón que dicen (dicen) que es para dar a conocer a autores noveles y darles el empujón definitivo para su promoción. Algo no funciona, la verdad.

Francisco Ayala, dejando aparte estas consideraciones, es un hombre importante en nuestra literatura, y no exclusivamente por esta obra de madurez y recuerdos que le premian. Son muchos años los que lleva a costas el escritor de Granada para que ahora empecemos a descubrirle. Está inmerso en lo que quizás intuyó en su obra primeriza (tenía apenas 19 años) titulada *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*. Tragicomedia la suya hoy para quien se alimentó en la *Revista de Occidente* y en muchas décadas de

exilios. *Los usurpadores*, *La cabeza del cordero*, *Historia de macacos*, *Muerte de perro*, son algo más que una acumulación de títulos. Bienvenido a los escaparates el soñador de *El jardín de las delicias... Spain is different!*

El nacional de poesía ha ido a otro consagrado, Claudio Rodríguez. Un buen poeta, apreciado en los círculos minoritarios donde se estima la poesía. Analizado en muchas universidades «USA», en una de las cuales fue lector de español, Rodríguez representa el dominio de la lengua desde la entraña misma de lo que Bousoño llama casticismo. *Don de la ebriedad*, escrito cuando tenía 19 años, ya era candidato al premio por una madurez que no ha menguado. Su visión de Castilla, desde su Zamora natal, es de la austeridad y la riqueza de una poesía pura sin concesiones. Su obra, *Desde mis poemas*, galardonada, estará dentro de sus coordenadas de autenticidad y de exigencia. Lo esperamos.

C. S.

(*) Miguel DELIBES: *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, Destino, Barcelona, 1983, 129 págs.



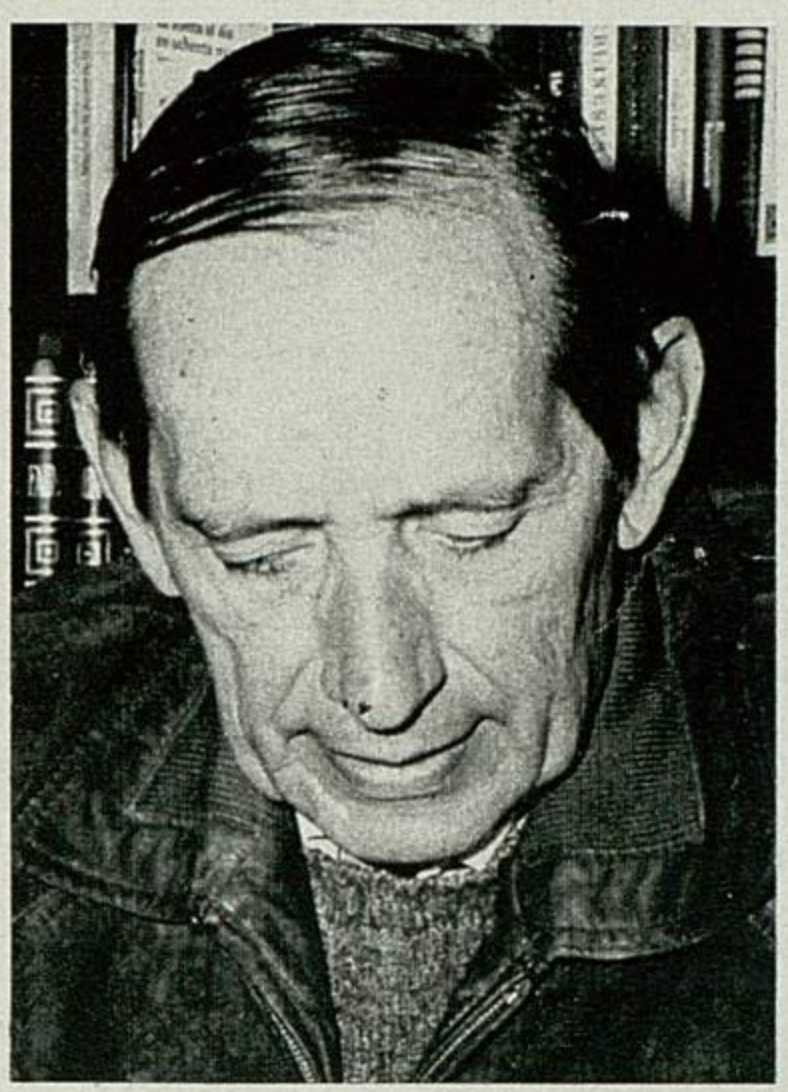
DELIBES Y EL AMOR DEL OCASO A propósito de sus "Cartas de amor..."

DELIBES se prodiga poco, pero se prodiga bien. Su austeridad castellana está siempre al filo de lo que puede interesar, y de lo que él puede decir, sin escapar demasiado de unas coordenadas de equilibrio y de mesura, como la que parecen pedir los horizontes iguales de la meseta, sin relieves que estorben en las proximidades y con el abrupto de las cordilleras en lejanía.

Sus **Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso** (*) son un modelo de equilibrio, de normalidad, de aprehensión de la realidad tal cual es. Yéndola a buscar, sin embargo, en situaciones extremas, como es su costumbre. Recordemos a su señor Cayo, a los cazadores furtivos, al protagonista de **Los Santos Inocentes...**

Eugenio es un jubilado sesentón, abrumado por la rutina. Ha vivido pendiente de sí mismo, acosado por dos hermanas absorbentes, solteronas ellas también, que le han mimado hasta sumergirle en la soledad. Y ese hombre que entró a trabajar como meritorio en un periódico de provincias, hasta llegar a ser subdirector del mismo, se encuentra de pronto con una pensión mediocre, sin trabajo, con muchas horas de ocio ante sí. Una vida de rutina en el trabajo, de lugares comunes en las frases que se escriben para las gacetas, y que se cambia por horas y horas de pensar en sí mismo, de no tener objetivos delante de los ojos. Y de pronto, en la antesala del médico, surge la nota que pide correspondencia sentimental, en una revista del corazón... Las cartas que va escribiendo Euge a esta señora madura que se ofrece para llenar su soledad serán el modo de penetrar en una psicología muy definida, que Delibes sabe evocar con la austera perspicacia del que ha observado mucho desde la proximidad de hombre

(*) Miguel Delibes: **Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso**. Destino, Barcelona, 1983, 177 págs.



abierto a los hombres que le rodean.

Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso es un libro diáfano, como todos los del escritor de Valladolid. Tiene el valor de un testimonio escrito desde la normalidad y vivido con todas las limitaciones y "tics" de quien es hijo de un trabajo cotidiano en una ciudad de provincias; alguien que se ha hecho a sí mismo, sin retóricas, con todos los lugares comunes de un

periodismo simple, que arranca de las páginas de sucesos y sigue el camino de los subalternos, siempre con la amenaza de los más brillantes, de los más influyentes, de los que acaparan los puestos de relumbrón. Euge es el anónimo que intenta salir de la oscuridad y deja que le vuele la imaginación, que necesita contar sus dolores de cabeza, sus reumas y sus molestias de estómago, y está siempre evocando a sus **difuntas** hermanas... para acabar siendo vencido, una vez más, por los que siempre han triunfado sobre él. Y por él mismo, porque es su manera de ser opaca, monótona, repetitiva, la que le lleva a soñar y a descalabrarse al final del sueño.

Delibes sabe lo que lleva entre manos. Escribe con vigor, aceptando el reto de ser tenido por poco original, cuando en realidad hace literatura verdad, no narrativa ficción, como alguno de sus coetáneos que se mantienen en la celebridad por sus exabruptos, sus obscenidades (según ellos mismos manifiestan) o sus originalidades for-

males. **Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso** son una muestra de buen hacer, de coherencia dentro de un estilo personal, del que no abdica su autor. Es una muestra, menor si se quiere, pero auténtica de que la literatura no está reñida con la verdad, con la observación de la minucia, con la búsqueda de lo que se da todos los días en los seres anónimos con quienes nos cruzamos. Son un encuentro con la posibilidad de ilusión en lo que llamamos la tercera edad, aunque sea en sus umbrales. Y también de la crueldad con que la vida trata a quien intenta permanecer en ella y ser sincero, sin sombras, y con el corazón en la mano. Delibes es sádico quizá con el bueno del periodista jubilado, pero es más sádica la mujer que juega con él —situación lúdica cruel, pero muy real— y que le resitúa en la soledad en que ha vivido siempre.

Por ello, la lectura de este libro de Delibes es la aproximación a un documento auténtico, posible, repetido, ignorado demasiadas veces. Y por ello también uno siente que convive con las emociones —pequeñas, pero muy humanas— de este pobre diablo reducido al silencio por los demiurgos de siempre. Delibes ha sabido darle vida a través de unas pocas, precisas cartas, donde lo normal, lo auténtico, prima ante todo, y la buena literatura tiene aquí expresión elemental y diáfana.

CRISTOBAL SARRIAS

"El último templario"*, reciente libro del escritor ferroviario ACERTADA INCURSION DE ERNESTO MENDEZ LUENGO EN LA NOVELA HISTORICA

ERNESTO Méndez Luengo es un escritor por vocación y un ferroviario profesional (ver "V. L.", número 170) que con notable mérito y constancia se ha abierto camino en el panorama literario español, en el que irrumpió en 1977, vía el quinto Premio Larra de memorias y ensayos sobre nuestra guerra civil 1936-39, con el salvoconducto de "Tempestad al amanecer", estupendo memo-



rial de la resistencia de Madrid (1), su ciudad de adopción y residencia.

Méndez Luengo es leonés, nacido en La Bañeza, circunstancia que no sería menester resaltar si no fuera porque el segundo de sus libros, reciente-

(*) "El último templario...". León, 1983.

(1) "Tempestad al amanecer" ("La epopeya de Madrid"). G. del Toro, editor. Madrid, 1977.